



Universidad Nacional Autónoma de México

**Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Pedagogía**

**Visibilizar la masculinidad a
partir de la literatura: un análisis
para la educación**

T E S I S

Que para obtener el título de
Licenciado en Pedagogía

P R E S E N T A

Diego Lentz Viramontes

ASESOR

Dr. Renato Huarte Cuéllar



Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi abue, inmejorable ejemplo de cariño, tenacidad y complicidad.
El destino te hizo mi abuela y la vida mi segunda madre.*

Agradecimientos

A mi mamá, referente obligado no por el hecho de ser mi madre, sino por la forma en la que ha sido mi madre. Gracias por la paciencia infinita en este y todos los momentos de mi vida, por los incontables sacrificios y el apoyo constante. Cuentas con todo mi cariño y admiración. Gracias por este logro compartido. Yo lo escribí pero tú lo hiciste posible.

A mi papá y mi hermano gracias por su apoyo en esos momentos de crisis donde pensé que este proceso no llevaría a ningún lado. Por buscar entender y convivir con mis enfados y omisiones. Gracias por estar allí cuando más lo necesité.

Al Dr. Renato Huarte por su acompañamiento constante y atinado. Por la paciencia y compromiso que me brindó desde antes de iniciar este recorrido. Por la solidaridad en los momentos de obscuridad que este proceso conlleva, donde nunca faltó la palabra más atinada para superarlo. Especialmente gracias por la empatía y sinceridad que te distingue al realizar la labor más bella, la de enseñar.

A la maestra Zaida Celis por creer en mí y apoyarme incondicionalmente en este camino profesional y personal. Gracias por brindarme tantas experiencias formativas en el día a día que hemos compartido y construido. Gracias por la sonrisa, las palabras y la empatía que le brindaste a un grupo de jóvenes que iniciaban su vida universitaria hace unos años, mismas con las que recibes año con año a nuevos jóvenes con proyectos y sueños por cumplir. Maestra es una palabra difícil de ceñir y utilizar, no obstante para mí, sin dudar, tú encarnas ese adjetivo que te caracteriza y distingue.

Al Lic. Julio Cesar Dozal, referente profesional que sin duda ha marcado mi camino. Gracias por contribuir a romper esquemas y paradigmas, gracias por mostrarme que otra educación es posible. Usted quiere tener una carpintería cuando sea grande y yo cuando sea grande quiero tener la claridad, compromiso y pasión profesional que usted tiene.

A la Mtra. Patricia Piñones y la Lic. Pamela Álvarez por los valiosos aportes, señalamientos y comentarios que contribuyeron a mejorar mis ideas, visión y estilo en este trabajo. Gracias por el tiempo y dedicación adquiridos con el fin de contribuir en este proceso formativo. Sin duda la experiencia no hubiese sido la misma sin su guía y colaboración.

A mis profesores de la licenciatura por todos los referentes, ejemplos y momentos que hicieron de esta etapa formativa un espacio de enriquecimiento profesional y personal. Gracias por su sinceridad y compromiso al señalar fortalezas y debilidades en mi formación. Especialmente gracias por señalarme otras realidades posibles. Particularmente agradezco al profesor Bernardo Lagarde quien en vida, siempre comprometido y congruente, buscó romper con los esquemas y concepciones que nos han diferenciado y clasificado en la sociedad. Gracias por contagiar esas ganas de buscar una sociedad más justa e inclusiva, una donde todos quepamos. Hoy en la muerte tus palabras suenan fuerte.

A Ashanty Herrerías, Karina Mejía y Yuri Molina cómplices en maldades y bondades, amigas y brillantes colegas. Este camino pudo ser diferente, pero nunca mejor de lo que fue a su lado. Gracias por la amistad que hemos construido a lo largo de estos años, por lo mucho que me enseñaron y por todo el cariño que me han mostrado. Tengan presente que es infinitamente correspondido.

A Anafrida, amiga de tantos años y amiga por tantas experiencias y cariño que hemos compartido. Gracias por la solidaridad, sinceridad y confianza que depositas en mí. Gracias por abrirme y darme un espacio cálido y cariñoso en familia. Gracias por el gusto de volvernos a ver la próxima vez. Este agradecimiento se extiende a Rebeca, Miguel y Majo.

A Germán Hernández por el solidario apoyo en este camino. Por todos esos momentos y charlas de encuentro y desencuentro que seguramente quedan plasmadas en este trabajo y en el tintero de lo pendiente. Gracias por invitarme a cuestionar y ver el mundo más allá de una disciplina, una ciencia o un momento.

Especial agradecimiento a la Sta. Cortez a quien le debo más de lo que un día podre pagar. Gracias por el apoyo incondicional que le has brindado a mi familia en los últimos tiempos. Gracias por el apoyo, el cariño, por estar allí y ser lo que usual e idealmente se conoce como familia.

No puedo dejar de agradecer a todos y cada uno de los estudiantes que en los últimos cuatro años han sido parte de la clase de Filosofía de la Educación en el grupo 1103. Juntos nos hemos construido y reconstruido. Gracias por los retos que me pusieron, por la sabiduría

que hay en cada uno de ustedes y por las magníficas experiencias que me ha dejado el conocerlos, leerlos y escucharlos. Gracias por formar parte directa e indirectamente de este proceso. Sin duda me brindaron más de lo que yo les pude brindar.

Finalmente agradezco a la UNAM por ser el espacio de reflexión y crítica que es y busca ser. Por buscar resistir a las condiciones que la contemporaneidad nos impone. Por todas las oportunidades y experiencias que me ha prestado. Por ser el espacio donde han nacido las voces que gritan y señalan algunas de las mayores injusticias.

Diego Lentz Viramontes
Mayo de 2018



José Clemente Orozco
Hombre en llamas,
Grabado

Colección Blaisten

ÍNDICE

Introducción	8
CAPÍTULO 1. Origen y desarrollo del cuerpo de estudio de la masculinidad	13
1.1 Masculinidad, un campo de estudio en conflicto	14
1.2 La perspectiva de género en los estudios de la masculinidad	18
1.3 Contextualización de la realidad patriarcal. Un punto de partida general en el estudio de la masculinidad	23
1.4 De la sociedad patriarcal y su modelo masculino	26
1.5 De los movimientos sociales al cuerpo de estudio	28
1.6 Categorías generales en los estudios de la masculinidad	31
1.7 Raewyn Connell. Una propuesta en términos de género	36
1.8 Los estudios de masculinidad en América Latina	40
CAPÍTULO 2. Género, masculinidad y literatura. Una mirada a dos obras de la literatura mexicana desde las masculinidades literarias	47
2.1 Género y literatura	47
2.2 Masculinidad y literatura	55
2.3 Masculinidad en la literatura. Los casos de <i>Pedro paramo</i> y <i>El laberinto de la soledad</i>	62
CAPÍTULO 3. Educación y masculinidad. Las posibilidades de la literatura en la formación de la masculinidad	90
3.1 Literatura y educación	90
3.2 Literatura y masculinidad	101
3.3 Educación: un fenómeno que conforma la masculinidad	106
Consideraciones finales	117
Obras consultadas	122

Introducción

¿Qué es lo que usualmente entendemos al decir o escuchar que la literatura nos lleva a otros mundos? Es una expresión que utilizamos para señalar el potencial que tiene un texto sobre nuestra imaginación al detonar la traducción de las palabras que componen los textos en imágenes específicas. Más concretamente nos referimos a la capacidad que tienen oraciones articuladas en ideas para removernos de nuestra realidad y atraparnos por un lapso en otra realidad. Dicho referente en torno a la literatura encierra un potencial casi ilimitado que nos permite contemplar en esos otros mundos una serie de imágenes que usualmente forman parte de nuestra cotidianeidad. No obstante, en ocasiones la literatura nos presenta imágenes tan ajenas a nosotros permitiéndonos contemplar algo hasta entonces desconocido. Las obras literarias se abren ante el lector enviando mensajes explícitos o sutiles que inminentemente producen una respuesta en él, exponiéndose así a una faceta de construcción que ofrece la literatura.

Dichas características a las que el lector se expone en el encuentro con la literatura posibilitan oportunidades formativas, que si bien requieren mayor énfasis en la lectura de los textos, están presentes ante el lector y en ocasiones pasan desapercibidas. Por tanto, la lectura de la literatura no se resume a un mero acto de encuentro con imágenes que trastocan nuestros sentidos o en la posibilidad de saber más sobre algo. En dicho ejercicio se gestan oportunidades para construirnos a partir de las nociones que los textos nos ofrecen.

En dicha lógica, decir que la literatura nos lleva a otros mundos es una consideración que hay que detenernos a apreciar desde el alcance que nos ofrece ese viaje a otros mundos más allá del mero acto contemplativo, sino considerando lo que nos puede enseñar la realidad de ese mundo literario. En concreto, la presente disertación aborda la posibilidad que el lector tiene como arquitecto de su lectura al visibilizar en la literatura nociones de realidad, para fines de la presente tesis, la masculinidad.

Ahora bien, a propósito de las nociones que conforman a la personas, la sociedad hoy por hoy presenta un sinnúmero de identidades puestas en juego en un espacio concreto. Esto quiere decir que las nociones que conforman a los sujetos se han diversificado y coexisten

entre sí. En este marco, las nociones respecto a lo masculino no son la excepción. Existen múltiples construcciones de la masculinidad coexistiendo en los espacios. No obstante, el problema radica al preponderar sólo una construcción de masculinidad sobre otras nociones construidas y asumidas en la sociedad. Más aun si la construcción de masculinidad que se privilegia niega la existencia y validez de las otras construcciones, perturbando los modos de vida de los sujetos que identifican su masculinidad en esas otras nociones.

En dicho sentido, resulta imprescindible problematizar la categoría de masculinidad, cuestión que los estudios de masculinidad han abordado desde múltiples interpretaciones y líneas de análisis en función de las disciplinas que retoman la categoría. Cabe decir que el estudio se presenta fragmentado ante la complejidad del campo de la masculinidad. La pedagogía poco ha ahondado en el tema, y considero, que los aportes que puede realizar no son sólo valiosos, son indispensables ante un constructor que delimita la conformación y nociones del ser humano.

Ante dicha observación, me siento atraído con el estudio de la masculinidad y su vínculo con la educación. Repensar las escala de valores, costumbres y conceptos sedimentados a lo largo de la historia y aprendidos a lo largo de nuestras vidas resulta una vía para superar las problemáticas que la masculinidad desde su concepción hegemónica plantea. En este sentido, considero que la pedagogía es uno de los campos propicios para el estudio de las masculinidades ante la premisa de que no se nace con una concepción de masculinidad, se forma y se construye a partir del aprendizaje. Sumando a dicha consideración, focalizar el desarrollo de la investigación en torno a la masculinidad es uno de los ejes que más luz arroja en torno a la conceptualización de la categoría. Realizarlo responde al interés por conocer el desarrollo y la consideración que ha sustentado a la masculinidad.

Como se mostrará en principio, los estudios sobre la masculinidad y su conformación teórica a pesar de ser relativamente nuevos consolidándose en la década los noventa, ven la luz a partir de la lucha por derechos civiles y las luchas de reivindicación feministas del siglo XX. A partir de las consignas de igualdad de derechos civiles y de género, se enfoca la mirada en la masculinidad, al poner en tela de juicio las dinámicas de los hombres en la sociedad, comenzando así el recorrido teórico que puso el acento en

diferentes matices de la masculinidad. Nelson Minello sintetizó dicho recorrido en tres periodos principales: los estudios de la década de los setenta, donde se resaltó el carácter esencial del sexo masculino; un periodo intermedio que centra su atención en la conformación de la masculinidad a partir de los primeros años de infancia; y, finalmente, los estudios consolidados en la década de los noventa que privilegian el enfoque de género en los estudios sobre la masculinidad.¹

Cabe señalar que privilegiar una dialéctica de la dominación de lo masculino sobre lo femenino puede en ocasiones centrar los intereses del estudio de dicha categoría de género, al invisibilizar otras áreas de exploración. Por ello, resulta importante enfatizar que si bien los estudios han explorado las múltiples transformaciones de la idea de lo masculino en relación a la condición privilegiada que posiciona a un género masculino sobre lo femenino, es cierto también que en los estudios ha quedado pendiente la discusión de la conformación e interiorización de la categoría. Resulta esclarecedor preguntarnos también por el proceso de conformación de la masculinidad y sus transformaciones como un ejercicio sugerente que nos lleve a esclarecer las condiciones de los géneros y las posibles vías de reconfiguración de las relaciones pensando en sociedades más inclusiva.

Los estudios sobre la masculinidad han explorado en la literatura un terreno fértil para rescatar, identificar y contrastar nociones de la masculinidad a partir del encuentro con rasgos, actitudes y características expresados en la literatura en torno a lo masculino.² Considero, sin embargo, que sigue siendo importante enfatizar la dirección de dichos estudios, así como las potencialidades y tensiones que se producen al llevarlos a la práctica.

En las siguientes páginas es mi intención explorar el potencial educativo que encierra identificar algunas nociones de la masculinidad en la literatura a partir de retomar dos obras de literatura mexicana: *El laberinto de la soledad* y *Pedro Páramo*.

Escritas y publicadas ente 1949 y 1955 en el marco del clímax nacionalista en México, estas obras abarcan contextualmente sociedades producto de los movimientos revolucionarios en el país, los cuales buscaron la reivindicación de oportunidades ante un

¹Cf. Minello, Nelson, *Masculinidad/es. Un concepto en construcción*, pp.12-13.

²Cf. Carabí, Ángels; Andrés, Rodrigo; Phillips, Bill; *et al.*, *Construyendo nuevas masculinidades: la representación de la masculinidad en la literatura y el cine de los Estados Unidos*, p.6.

régimen dictatorial encabezado por el Presidente Porfirio Díaz y las clases privilegiadas del país. La Revolución Mexicana fue el cimiento sobre el cual se construyeron conceptos que sustentaron el proyecto nacionalista.³ Uno de estos conceptos es el de hombre mexicano, el cual buscó exaltar la noción particular y única de hombre conformado por significados y actitudes que delimitan sus relaciones en lo personal y colectivo. Dichos rasgos son señalados por Octavio Paz en su obra donde los visualiza a partir del imaginario social que categoriza a los hombres a partir de dicha noción idealizada, delimitando así una noción concreta de la masculinidad del mexicano.

Por su parte, Juan Rulfo plasma en su novela una realidad fantástica creada al retomar elementos propios de México posterior a la Revolución, en concreto, la región de Jalisco de donde es originario. Juan Rulfo, en entrevista con Joseph Sommers, reveló que si bien no utilizó como modelo a ninguna persona conocida por él para la creación de sus personajes, si se basó en la devastación geográfica y humana que caracterizó a la zona de Jalisco durante su juventud.⁴ Dicha entrevista leída anteriormente a la presente disertación, debo decirlo, despertó el interés por saber si la novela reflejaba alguna noción concreta de masculinidad. Cabe señalar que la novela, en efecto, refleja nociones de masculinidad que determinan ciertas dinámicas en la trama de la obra.

Por tanto, en la presente tesis pretendo aproximarme a algunas nociones de masculinidad presentes en dichas obras a partir de la construcción nacionalista del hombre mexicano. En concreto el objetivo de la presente investigación recae en analizar algunas concepciones de masculinidad que se derivan de las obras *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz enmarcando sus trabajos en relación a las principales concepciones de la masculinidad. A la par de dicho acercamiento, se busca hacer explícito el papel que la educación podría tomar en el estudio de las masculinidades.

En este sentido, la estructura de la tesis es la siguiente. Se ha dividido en tres capítulos donde se acentúa la masculinidad, la literatura y la educación. El primero de ellos, “Origen y desarrollo del cuerpo de estudio de la masculinidad”, aborda brevemente los

³Cf. Vizcaíno, Fernando, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*, p.19.

⁴Cf. Sommers, Joseph, *Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)*, pp.6-7.

orígenes en torno al estudio de la masculinidad en el marco de algunos movimientos sociales y sus principales consignas durante el siglo XX. Es a partir de dicho origen que se puede trazar una ruta de las principales corrientes teóricas que han retomado a la masculinidad como objeto de estudio. A la par se esboza brevemente el modelo patriarcal de la masculinidad, buscando responder cómo ha impactado dicha noción en el cuerpo teórico de la categoría. Posteriormente, se abordan algunas problemáticas principales que enfrentan hoy los estudios sobre la masculinidad en relación al enfoque de género y la propuesta de estudio de la categoría que propone Raewyn Connell. Finalmente, el capítulo centra su desarrollo al señalar algunas líneas que los estudios sobre la masculinidad han retomado en países de América Latina, comprendiendo así una mirada general a los estudios sobre la masculinidad.

Posteriormente, el capítulo dos titulado “Género, Masculinidad y Literatura. Una mirada a dos obras de la literatura mexicana desde las masculinidades literarias” centra su atención en el papel que las construcciones de género han tenido en los referentes humanos para expresar miradas de la realidad en concreto. Este punto permite retomar una rama particular de los estudios sobre la masculinidad, las masculinidades literarias. Finalmente y con la ruta trazada, el capítulo centra su atención en las nociones de masculinidad presentes en los textos *El laberinto de la soledad* y *Pedro Páramo* enmarcando las obras contextualmente en las realidades en México.

Por último, el capítulo tres “Educación y masculinidad. Las posibilidades de la literatura en la formación de la masculinidad” articula la experiencia que ofrece la lectura de la literatura como un espacio de encuentro entre el lector y el texto, traduciendo dicha experiencia como la posibilidad de encontrar sentidos concretos en las obras que detonen una experiencia formativa en el lector. A partir de dicho planteamiento se retoman las posibilidades de encontrar sentidos en los textos que conlleven a la formación de la categoría de la masculinidad alejándola de la concepción hegemónica. Finalmente se plantean algunas vías que contribuyen en el proceso formativo personal y colectivo en torno a la categoría de la masculinidad.

CAPÍTULO 1. Origen y desarrollo del cuerpo de estudio de la masculinidad

Actualmente vivimos un periodo tremendamente dinámico donde los contrastes entre lo nuevo y lo viejo, escalas de valor empleadas comúnmente para referirnos al choque de dos generaciones diferentes, se ven constantemente enfrentados en una realidad con exigencias muy concretas en cuanto profesionalización, estatus económico, habilidades y aptitudes. En esta dinámica la masculinidad y la feminidad no son la excepción.

El creciente avance de los posicionamientos críticos durante buena parte del siglo XX puso en juego preguntas y problemas sobre los varones, las cuales no eran comunes o simplemente no se cuestionaban en otros momentos de la historia. Hace apenas tres décadas no se contemplaban cuestionamientos sobre los hombres respecto a su paternidad, sus emociones, relaciones afectivas, sus roles en la ámbito domestico, entre otros muchos aspectos, que hoy por hoy son motivo de reflexión y análisis desde diferentes miradas. En respuesta ante tales inquietudes, los análisis de la masculinidad han sentado las bases para impulsar el debate en ámbitos que solo habían sido ligados a las mujeres y la feminidad, si bien desde una inquietud por develar las acciones y costumbres de los hombres en el mundo de lo público y lo privado, la intencionalidad igualmente ha recaído en identificar el papel de los hombres, ante los grandes retos de la agenda internacional: educación, salud, demografía y los derechos humanos. Cabe señalar que a lo largo de la historia no han sido pocos los intentos por tratar de ver a la masculinidad no solo como un tema, sino también como un problema, como abordaré más adelante.

A pesar del la creciente inquietud por el estudio de la masculinidad, sus relaciones y conflictos, el concepto en torno a la masculinidad presenta una serie de dificultades respecto al uso tan diverso que se le ha dado, haciendo que los análisis de la cuestión se presenten confusos y en ocasiones dispersos. A la par de dicho señalamiento, es preciso señalar que al enfocarse en los hombres y sus problemáticas, muchas veces se deja de lado el papel de las mujeres y su injerencia en relación con las temáticas de la masculinidad, es decir se omite su papel y participación en el marco de las relaciones.

Ahora bien, hoy en día es común encontrar el término masculinidades, no como una concepción individual, sino como “prácticas institucionalizadas en relación a las estructuras

de poder.”⁵ Claramente representa un gran avance el concebir la masculinidad como un aspecto plural y diverso. No obstante, el acuñar el término masculinidades lejos de resolver la problemática, acarrea un devenir conceptual sumamente confuso, ya que si bien es cierto que no existe una masculinidad homogénea sino diversas representaciones y modelos construidos desde distintas clases sociales, culturales, y étnicas, también lo es que las masculinidades múltiples se asuman como las diversas formas ser hombre y las múltiples prácticas consideradas masculinas lo que nos lleva a realizar y concebir únicamente las problemáticas descriptivamente, lejos de buscar una concepto analítico que dé cuenta de las magnitudes y diversas aristas en torno a la masculinidad.

1.1 Masculinidad, un campo de estudio en conflicto

La masculinidad es un concepto que se presenta cotidianamente en la sociedad en imágenes, en prácticas, o bien, en el lenguaje mismo. En cuántas ocasiones utilizamos este concepto y en qué situaciones lo aplicamos son cuestionamientos que rara vez nos hacemos. La masculinidad se nos presenta como un imaginario finito, es decir, al referirnos a un hombre como masculino, estamos resaltando ciertos elementos que se le han sumado al concepto a lo largo del tiempo, sin pensar el origen de dichos atributos y mucho menos la consecuencia de aplicarlos. En ese sentido, considero que si pensamos en una sola masculinidad acabada, estamos negando todo aquello que se despega del término, somos ciegos ante las otras formas de asumir y vivir la masculinidad.

Al adentrarnos al estudio de la masculinidad podemos encontrar un devenir conceptual, en ocasiones difuso, al aproximarnos al tema. Cabe señalar que dicha problemática conceptual responde a la delimitación que desde diferentes disciplinas y a partir de diferentes perspectivas teóricas se ha marcado ante la masculinidad, su cuerpo de estudio, sus relaciones y conflictos sociales. Las fronteras teóricas y metodológicas, desde la propia o ajena disciplina lejos de nutrir y complejizar el cuerpo de estudio, lo fragmentan haciendo de él un cúmulo de información utilizado de manera indistinta. Es decir, podemos encontrar concepciones de corrientes tan dispares en un mismo estudio, o bien, se construye

⁵Guevara, Elsa, *La masculinidad desde una perspectiva sociológica. Una dimensión de orden de género*, p. 76.

y delimita el objeto de estudio para abordar lo evidente de las problemáticas en torno al tema, sin profundizar en sus múltiples relaciones entre cuerpos de estudio.

Sumando a la cuestión, Nelson Minello ha retomado el estado de la cuestión referente al capo teórico de la masculinidad planteando los retos que enfrenta la investigación teórica de la masculinidad actualmente. Minello, en un artículo para la revista *Estudios Sociológicos*,⁶ identifica y propone tres ejes fundamentales pendientes para abordar y construir el campo de la masculinidad, los cuales se resumen en: asumir a la masculinidad como un concepto en constante construcción, comprenderla en términos de género, y llevar el concepto más allá de su campo empírico con miras a concebirlo como una herramienta analítica.

En este sentido, si pensamos la masculinidad como un concepto en construcción, se antepone el no verla como una verdad absoluta y acabada, sino como un constructo concreto en un contexto donde las dimensiones, variables e indicadores no están generalizados ni establecidos por completo.⁷ Al respecto, tanto Scott Coltrane⁸ y Lynn Segal⁹ apuntaron en la urgencia de delimitar el campo teórico de la masculinidad desde una mirada que dé cuenta del constructo en sí. Indican que verla como una categoría borrosa, implica la necesidad de profundizar en las investigaciones empíricas tomando en cuenta y como punto de referencia el cuerpo teórico disponible con el fin de resaltar solida y rigurosamente aspectos de la masculinidad desde una categoría que dé cuenta de las particularidades. Es relevante señalar que tanto Coltrane como Segal realizan dicho señalamiento a principios de la década de los noventa, década donde el enfoque de la perspectiva de género comienza a despuntar en los estudios de la masculinidad así como los de la feminidad discutiendo su relación con el cuerpo, la sexualidad, así como las prácticas y conductas de los sujetos en espacios concretos. Por consiguiente, actualmente dado el avance teórico conceptual de los estudios de género y la masculinidad contamos con una gama más amplia para delimitar y abordar los estudios. Dicho señalamiento no implica que el estudio haya concluido sino todo lo contrario, ya que contamos con herramientas y

⁶Cf. Minello, Nelson, *Notas de investigación. Los estudios de masculinidad*, p. 715.

⁷*Ibid.*, p.716.

⁸Coltrane, Scott, *La teorización de la masculinidad en la ciencia social contemporánea*, p. 48

⁹Segal, Lynne, *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, p. 18

delimitaciones más concretas para análisis de la masculinidad al dar cuenta sus relaciones en contextos muy concretos de la sociedad.

En este orden de ideas, comprender la masculinidad en términos de género resulta valioso, ya que delimita el objeto lejos de una concepción esencialista, la cual parte de considerar y explicar a los varones en sí mismos lejos de sus relaciones y conflictos, mismos que Minello considera “la intersección de los géneros donde se define la masculinidad”¹⁰, considerando la interacción de los sujetos con sus entorno y dejando atrás el considerar la masculinidad como una característica con la que los sujetos nacen. En otras palabras, la perspectiva de género implica considerar que ser hombre o mujer es un constructo no predeterminado.

Es puntual señalar que la perspectiva de género no aboga por realizar estudios sin una delimitación rigurosa, ya que plantea retomar la complejidad de actores que interactúan y permean al objeto de estudio. Por tanto, cualquier estudio que se apegue a la perspectiva de género por principio debe considerar fundamentalmente el contexto social, cultural y económico, así como reconocer la división genérica presente en la sociedad. Cabe señalar que actualmente la perspectiva de género en los estudios de la masculinidad es el enfoque teórico más fértil, dadas las múltiples relaciones que propone para delimitar a la masculinidad.

Por último, el desvincular la masculinidad de un concepto únicamente empírico permitiría comprender su construcción tanto el plano individual como el social, en relación a los significados culturales.¹¹ En otras palabras, entender la masculinidad como herramienta analítica y no sólo como un concepto empírico, posibilita abordar la complejidad de interrogantes en torno a ella mediante la construcción de conceptos, sujetos a comprobación, inmersos en una realidad específica donde la cultura, la jerarquía social y la educación intervienen.¹² De igual forma, es puntual situar a la masculinidad, si bien como parte de la construcción de género, como un concepto con cierta autonomía, misma

¹⁰*Ibid.*, p.717.

¹¹*Cf. Idem.*

¹²Hawkesworth, Mary. *Confundir el género*, p. 6. y Scott, Joan, *El género, una categoría útil para el análisis histórico*, p.1056.

que debe ser tomada en cuenta dadas sus particularidades. Es decir, al estudiar la masculinidad podemos encontrar construcciones de género alternas en función de diversos grupos específicos en torno a ella, no obstante, todos estos grupos compartirán rasgos histórico-culturales de la masculinidad.

En contraste, el filósofo británico Victor Seidler aborda la masculinidad desde la realidad de vivencias y emociones de los hombres a partir de las consecuencias de sus vínculos con tradición filosófica occidental. En su obra *Man Enough, Embodying Masculinities*,¹³ sostiene que la masculinidad está ligada a la racionalidad desde la consolidación del movimiento de la Ilustración y por tanto, cuestiona el estudio de las masculinidades desde la perspectiva teórica clásica de investigación. Seidler propone y señala la necesaria introducción y generación de metodologías de investigación que retomen el sentir emocional que la visión clásica descalcificó, ya que considera que la violencia generada a partir de las consideraciones de masculinidad occidental, no solo se traduce en una serie de privilegios para los hombres, sino también en una fuente de prejuicios en el actuar emocional de los hombres en torno a la masculinidad.

En este orden de ideas Seidler propone tres líneas de análisis partiendo del impulso que marcaron las corrientes feministas de la segunda mitad del siglo XX, retomados por Ana Amuchástegui y Marta Rivas a partir del seminario *Aproximaciones teóricas a la masculinidad*, convocado por la UAM y El Colegio de México. Dichas líneas en suma son: los varones que reconocen su malestar ante el concepto de masculinidad hegemónico; el segundo se aboca a la liberación masculina, donde se reconoce el malestar de los varones ante su rol y sus derivadas limitantes. Por último, el modelo que refuta el análisis de la masculinidad solo desde una lectura del poder, donde se reconoce las contradicciones del día a día que enfrentan los varones en relación a la masculinidad dominantes. Es en esta veta donde el estudio de las emociones de los sujetos cobran fuerza al estudiar la experiencia.¹⁴ Retomar la experiencia formativa de la categoría de la masculinidad desde lo individual y regional en relación a modelos hegemónicos de la categoría, ha abierto una

¹³Seidler, Victor, *Man Enough. Embodying Masculinities*, p.4-5.

¹⁴Amuchástegui, Ana y Rivas, Marta, *Las construcciones culturales de la masculinidad*, pp. 11-12.

veta de análisis al exponer relaciones usos y costumbres contextuales de la construcción de otras formas de asumir la categoría en una realidad cultural específica.

En lo personal considero que ambas posturas tienen puntos reconciliables. Comparto la urgencia de consolidar a la masculinidad como una categoría para el análisis, misma que dé cuenta de las problemáticas en torno a ella. No obstante, no demerito el valor que la experiencia, sus simbolismos y significados en torno a la masculinidad pueden ofrecer para la comprensión de problemáticas en torno a la cuestión, ya que en ella encontramos una fuente nutrida que hace constar y dar pauta del cómo se vive y entiende la masculinidad en contextos determinados. A la par de este planteamiento es puntual señalar el uso de los estudios etnográficos en dos vertientes, como un primer acercamiento con casos específicos, recabando las múltiples experiencias de los sujetos en relación al cómo viven y asumen la masculinidad. A la par y como segunda vertiente, es posible pensar a la masculinidad como una sección de una historia general, cargada de matices, símbolos y razones, mismos que responden a una configuración concreta de la sociedad que se ha construido a lo largo del tiempo.¹⁵ Es decir los estudios etnográficos ofrecen la posibilidad de recrear históricamente la evolución de la masculinidad en una zona específica.

No obstante, a pesar de los retos señalados, los estudios en torno a la masculinidad han logrado posicionarse como una línea de investigación con gran caldo en la actualidad. A pesar de la desvinculación de los múltiples campos de estudio que abordan la cuestión, los avances respecto al tema resultan significativos dado que no son pocos los campos que han adoptado la perspectiva de género para fundamentar las vastas propuestas. Esto ha abierto la pauta para lograr una interdisciplinariedad que logre nutrir y dar respuestas a las problemáticas de la masculinidad.

1.2 La perspectiva de género en los estudios de la masculinidad

La perspectiva de género en los estudios de la masculinidad ha consistido en un planteamiento muy concreto que se manifiesta en diversas aristas en torno al dejar de considerar al hombre como representante absoluto de la humanidad, es decir, considerar a

¹⁵. Nelson Minello, *Notas de investigación. Los estudios de masculinidad*, p. 716.

la masculinidad como una categoría diversa al ser una construcción no esencialista, misma que conlleva una historia concreta en un marco social particular.

Hoy por hoy la mayoría de los estudios sobre la masculinidad son concebidos desde la perspectiva de género, la cual parte del conocimiento de que las sociedades se estructuran y construyen su cultura en torno a los diferentes roles de género que desempeñan los hombres y las mujeres, atribuyendo significados a las acciones que los mismos desempeñan. Ahondando dicha perspectiva, resulta imperioso plantar qué es el género. Joan Scott concibe el género como “el conjunto de ideas, creencias y atribuciones sociales que se construyen en cada cultura y momento histórico con base en la diferencia sexual”¹⁶. Actualmente, la atención puesta en los estudios culturales en torno al género, hacen evidente que la lógica de construcción simbólica, normativa y económica, se reconstituye en función de los intercambios materiales y simbólicos de los sujetos y su entorno. Por ello, es vital considerar la fragmentación y reconstrucción de las relaciones de género, así como de las identidades sexuales.

El uso conceptual del género en algunos estudios sobre la cuestión representa una categoría útil para señalar las diferencias culturales al sumergirnos en la masculinidad y la feminidad, sus organizaciones de poder así como sus diversas representaciones.¹⁷ Dadas las dimensiones del concepto, el género se presenta en construcción a la par del concepto masculinidad, por lo que resulta común utilizarlo indistintamente. Ambos responden a una construcción, misma que requiere un apuntalamiento teórico para su uso en los estudios al respecto.

Es común encontrar en los estudiosos de género una base teórica apegada al constructivismo, el cual sostiene “que las personas forman o construyen gran parte de lo que aprenden y comprenden”¹⁸. Concretamente retomado desde su rama dialéctica, el constructivismo sostiene que la construcción de “conocimiento se deriva de las interacciones entre las personas y sus entornos”¹⁹. Por tanto, los estudios de género

¹⁶Scott Joan, *El género: una categoría para el análisis histórico*, p.1069.

¹⁷*Ibid.*, p. 1073.

¹⁸Schunk, Dale, *Teorías del aprendizaje. Una perspectiva educativa*, p. 229.

¹⁹*Ibid.*, p. 236.

encuentran en dicha teoría del aprendizaje una base importante dado que esta privilegia la conformación de los sujetos permeados por diversas influencias sociales cultural y educativas, el problema principal de esta línea de los estudios de género es que en ocasiones no se matiza qué es lo que se construye.

En este orden de ideas, Ian Hacking identifica y aborda esta problemática y señala que “lo que realmente es construido no son las personas individuales, sino estas personas dentro de una determinada clasificación de género”²⁰ a la par de otros procesos de construcción en los seres humanos. Considero que este señalamiento no debe perderse de vista al abordar las múltiples problemáticas que se manifiestan en las sociedades remitidas a su pasado y estructura social patriarcal, misma que abordaré más adelante.

Partiendo del principio de construcción del que la perspectiva de género se ha valido en los últimos años, considero que no podemos hablar de una sola perspectiva de género, ya que en su justificación podemos encontrar diversas conceptualizaciones al respecto. Los estudios de género en México han sido retomados desde diferentes conceptualizaciones, mismas que responden a los fines de la investigación y la disciplina desde donde se realizan.

Por un lado, la perspectiva de género se ha concebido a manera de red de relaciones sociales que atraviesan a los sujetos inmersos en determinado espacio como han resaltado Carmen Ramos Escandón²¹, así como Lourdes Benería y Martha Roldan al definir el género como “una red de creencias, rasgos de la personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades, que diferencian al hombre de la mujer mediante un proceso de construcción social que tiene una serie de aspectos distintos”²². La perspectiva de género vista a manera de red matiza las distintas dimensiones que los individuos incorporan y asumen al relacionarse con otros individuos.

²⁰Hacking Ian, *¿La construcción social de qué?*, p. 148.

²¹Ramos Escandón, Carmen, *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, p.12.

²²Benería, Lourdes y Roldan, Martha *Las encrucijadas de la clase y el género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de unidad domestica en la ciudad de México*, p. 24.

Por otro lado, la línea conceptual que han destacado autores como Marta Lamas²³ matiza la perspectiva de género como una construcción social de significados respecto a los roles sociales, prácticas, valores, entre otros, que la sociedad asume, establece y sedimenta. En la misma línea, Fátima Flores Palacios aborda la cuestión. No obstante, concretiza el entendido de la perspectiva de género como un sistema ideológico respecto a las múltiples diferencias sexuales.²⁴ Es decir, para dicha autora el género es una categoría que manifiesta dos imaginarios concretos en la sociedad, entendidos como lo propio para el hombre y lo propio para la mujer socialmente establecido y reproducido. Por tanto la perspectiva de género identifica las nociones ideológicas de los sexos.

Cabe señalar que el género en los estudios sobre la masculinidad generalmente “se refiere a una categoría de análisis que permite identificar la forma en que se organizan las relaciones sociales con base en la diferencia sexual”²⁵, misma que originalmente fue propuesta para el análisis de los significados culturales en contextos muy determinados. Por esto se puede afirmar que no hay géneros concretos, sino ideologías muy específicas manifestadas en representaciones sociales respecto a los géneros en estrecha relación con las categorías duales de lo masculino y lo femenino.

En otras palabras, el género es la categoría que expresa la construcción que nos perfila a partir de nuestras experiencias en el marco cultural donde nos desarrollamos. El sexo biológico, dadas las diferencias fisiológicas, conforma una primera pieza en nuestro armazón de género²⁶, a la cual se le suman numerosas prácticas y simbolismos que asumimos a lo largo de nuestras vidas a partir del entorno en el que nos desarrollamos. En este orden de ideas, la educación y los procesos que la componen resultan indispensables para conformar nuestro género. Es a partir de ella que adquirimos hábitos, conceptos, perspectivas y significados, así como innumerables elementos, en ocasiones sumamente sutiles, que nos conforman como personas en lo individual y en lo colectivo.

²³ Lamas, Marta, *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género*, p. 322.

²⁴ Flores Palacios, Fátima, *Psicología social y género. El sexo como objeto de representación social*, p. 17.

²⁵ Guevara, Elsa, *op, cit*, p. 80.

²⁶ Utilizo la metáfora del armazón ya que en lo personal considero expresa y simboliza a la categoría de género pertinentemente. El armazón que nos sostiene y permite construirnos y posicionarnos de cierta forma ante la sociedad.

La masculinidad y el género son dos categorías con fronteras delimitadas y constante construcción. No obstante, coexisten y se retroalimentan. La masculinidad es una expresión más de nuestro género, misma que se manifiesta de diversas maneras.

Con base en lo hasta aquí señalado es importante tener presentes algunas particularidades del género al abordar los estudios de la masculinidad. Ahora bien, el género en tanto construcción encierra gran parte de las experiencias que las personas van recabando a largo de sus vidas al realizar una delimitación de significados de múltiples situaciones que permean a las persona en diferentes espacios de la sociedad. Dicha construcción del género va acompañada indudablemente de los simbolismos y concepciones propias de una región concreta, delimitando la forma de ver y entender el género de los sujetos.

La delimitación de los géneros desde una concepción binaria manifiesta el entender que es concretamente lo que es un hombre y una mujer así como lo que se entiende por masculino y femenino desde concepciones concretas e idealizadas puntualmente, generando en muchos casos miedo por los otros, por lo desconocido, por lo fuera de lugar en la sociedad, es decir, lo diferente a las categorías del deber ser del hombre y la mujer. En este sentido se han abierto brechas entre diferentes grupos con géneros particulares y diferentes a los establecidos, agravando la violencia, el repudio y el negar la diversidad de construcciones de género. Qué papel ha tomado la educación en estos procesos y qué injerencia puede tener para pensar otras formas de relación con los otros son cuestionamientos que desde la disciplina comenzamos a realizar.

Nos provoca extrañeza y miedo el transexual, el obrero, el ciudadano de un lugar que nos han dicho es diferente y peligroso, la mujer o el hombre que lleva el estigma de criminal, el homosexual, el pobre, el rico y el loco. Todos ellos, entre otros, viven y asumen una construcción de género particular que el sistema patriarcal ha negado al anteponer una delimitación particular de los géneros, donde el hombre, con cierta masculinidad idealizada, se posiciona sobre todos los otros constructos de género.

1.3 Contextualización de la realidad patriarcal. Un punto de partida general en el estudio de la masculinidad

La concepción de hombre y mujer ha respondido a una creación histórica elaborada por los seres humanos desde sus fases más tempranas en un proceso denominado patriarcado, mismo que se sedimentó y fortaleció con las complejas estructuras sociales desde su núcleo más básico, la familia.

La familia, desde sus múltiples formas de estructuración a lo largo de la historia, ha constituido el entorno primario desde el cual se transmiten “las funciones y la conducta que se consideraba eran las apropiadas a cada sexo venían expresadas en los valores, las costumbres, las leyes y los papeles sociales –como también- las principales metáforas que entraron a formar parte de la construcción cultural y el sistema explicativo patriarcal.”²⁷

Dicha escala de valores y significados patriarcales persiste en nuestros días, adaptada y complejizada, en función de las sociedades contemporáneas. En este orden de ideas, el planteamiento del sistema patriarcal está acompañado de dos conceptos indispensables para profundizar la base de los estudios género respecto a la masculinidad y la femineidad: la clase y el poder. Acerca de la clase, Gerda Lerner considera que un punto de partida para aproximarnos los estudios del sistema patriarcal es el tomar en cuenta que cada estructura social, en cualquier momento de la historia, está compuesta por dos clases primarias distintas: los hombres y las mujeres, delimitadas desde los inicios del sistema en el periodo arcaico de la humanidad.²⁸ Es decir, la clase no es un concepto aislado del género, sino que se expresaba en términos de género, dado que la humanidad comenzó a segmentar a la sociedad en estratos, partiendo de la diferencia, y la primera diferencia perceptible en todo grupo social es la existente entre ambos sexos.

Respecto al poder, gran parte de los autores toman como punto de partida la concepción weberiana, la cual explica al poder como un elemento que tiene todos los hombres y ejercen contra las mujeres, en consecuencia, clasificándolas y dominándola. Al respecto Teresita De Barbieri señala que el poder, entendido desde la línea que señala Max

²⁷Lerner, Gerda, *La creación del patriarcado*, p. 110.

²⁸*Ibid.*, p.13.

Weber, está asociado a los roles que desempeñen los sujetos,²⁹ es decir, las acciones propias de los grupos sociales conllevan una estructura de poder que permite dominar a otros grupos que desempeñan un rol diferente, ya que como describe el mismo Weber, la dominación es “un caso especial del poder[...] -en el cual- como ocurre en otras formas del poder, en la dominación no existe de ningún modo una tendencia exclusiva o siquiera constante, por parte de sus beneficiarios, a perseguir intereses puramente económicos o a ocuparse preferentemente de bienes económicos.”³⁰

La dominación entendida como una clase de poder es una construcción histórica que permitió arraigar la superioridad de los hombres sobre las mujeres y otros hombres, considerados por la lógica patriarcal diferentes y por tanto inferiores. Cabe señalar que la idea de dominación que propone Weber considera el canon patriarcal no como un mandato ajeno al dominado. Todo lo contrario, ya que es “un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta ("mandato") del "dominador" o de los "dominadores" influye sobre los actos de otros (del "dominado" o de los "dominados"), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato ("obediencia”).”³¹

En este orden de ideas resulta enriquecedor considerar la dominación como un elemento asimilado en las sociedades, en consecuencia, factor para las nociones construidas e interiorizadas de masculinidad-feminidad y a la par de ello sus concepciones, roles sociales, su educación y su valor cultural en las sociedades.

Al respecto, Pierre Bourdieu plantea que “la fuerza especial de la sociodisea masculina, -consiste en que- legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada”³². En ese sentido, la dominación está justificada y legitimada, ya que las diferencias corporales están inmersas en los esquemas de pensamiento y estructura social que parten de una realidad biológica en un marco de pensamiento androcéntrico.

²⁹De Barbieri, Teresita, *Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género*, p.18.

³⁰Weber, Max. *Economía y sociedad*, p.695.

³¹*Ibid.*, p.699.

³²Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, p.37. La sociodisea se refiere a grandes rasgos a la justificación del orden social tal cual es, amparando los males que lo permean naturalizándolos.

El modelo patriarcal se vale de un sinnúmero de herramientas que articulan la dominación y clasificación sexual desde diversos parámetros como el poder. No es fortuito en la lógica patriarcal que la condición biológica con la que nacemos nos delimite en el alcance, manejo y capacidad para ostentar el poder.

Con base en lo anterior, Julio Gonzales Pagés señala al patriarcado como un sistema complejo, donde las relaciones sociales, políticas, económicas y sexuales, puestas en los marcos institucionales, públicos y privados, garantizan la legítima dominación del hombre sobre la mujer, apropiándose de su fuerza productiva y reproductiva, así como de sus cuerpos, mediante métodos pacíficos o violentos.³³

El sistema patriarcal arraiga consigo una conceptualización de los sujetos, hombre y mujer³⁴, que se hace manifiesta en las dimensiones sociales a lo largo de la historia. Al respecto, Gerda Lerner señala lo siguiente: “Las funciones y la conducta que se consideraba que eran las apropiadas a cada sexo venían expresadas en los valores, las costumbres, las leyes y los papeles sociales –de igual forma- las principales metáforas que entraron a formar parte de la construcción cultural y el sistema explicativo.”³⁵

En este orden de ideas, la carga cultural en torno a los hombres encierra ciertas características y conductas, que en diferentes momentos han sido punto de contraste ante las otras formas de vivir la masculinidad, mismas que atentan contra la legitimidad del sistema, es decir no empatan del todo con el ideal masculino expresado en heterosexualidad, fortaleza, proveedor, valentía, entre otros.

En esta lógica, la ideología patriarcal no sólo posiciona a las mujeres en un plano de desigualdad de derechos y concepciones en los diversos espacios en los que se desenvuelven en relación a los hombres. De igual forma, los hombres se ven restringidos, segmentados y limitados ante otros hombres con ciertas características propias del un modelo de hombre ideal. No obstante, tanto hombre como mujeres quedan orillados a vivir

³³González Pagés, Julio, *Macho varón masculino. Estudios de masculinidad en Cuba*, p.21.

³⁴Es puntual señalar que en estas líneas me refiero al hombre y a la mujer, singularmente, dado que se idealiza a ambos sujetos, mediante el deber ser patriarcal, negando la diversidad, y las otredades.

³⁵Lerner, Gerda, *op. cit.*, p. 201.

y asumir roles puntuales. De lo contrario se confrontaría a la sociedad al presentar características propias del sexo contrario.³⁶

En síntesis, el precepto ideológico patriarcal no solo debe entenderse como el mecanismo que constituye y da respuesta a la diferencia entre hombres y mujeres desde la categoría biológica. De igual modo profundiza y estrecha las múltiples manifestaciones de dominación, oprimido-poder-opresor.

Es ante esta confrontación que los estudios de la masculinidad, así como los de la femineidad, adquieren un sentido, mismo que buscan encontrar las raíces del por qué se nos ha conformado en esta lógica, buscando sentidos, significados, procesos y costumbres, y a la par de ello, repensar nuevas formas no coercitivas de construir y asumir, o no, la masculinidad.

1.4 De la sociedad patriarcal y su modelo masculino

A lo largo del devenir histórico, los diversos contextos y sociedades han conformado un ideal de hombre y mujer acorde al sistema patriarcal. Dicho ideal, no estático y en constante adaptación y reformulación, ha trascendido hasta la contemporaneidad delimitando la idea de lo correcto en tanto ser y hacer de los hombres y mujeres, traducido en roles sociales. Dicha idealización de los cuerpos, prácticas e imaginarios han sido la base de contraste para despreciar y repudiar a los otros, a lo diferente.

La conformación de la masculinidad y su fórmula idealizada fue durante siglos una labor indispensable en la educación y formación de los hombres y las mujeres. Los hombres desde su nacimiento han aprendido a vivir de acuerdo con los estándares de masculinidad aceptados socialmente, logrando que el sujeto se desenvuelva idealmente. Por su parte, gran parte de las mujeres a lo largo de la historia y hasta el día de hoy igualmente asumieron la masculinidad y las prácticas aceptadas en torno a ella, reconociéndolas, transmitiéndolas y naturalizándolas. Este imaginario de concepciones en torno a los sexos y sus prácticas ha respondido a las condiciones culturales que delimitó el sistema y a su vez de las cuales se fortaleció.

³⁶Lagarde, Marcela. *Cautiverio de las mujeres: madres, esposas, monjas, putas, presas y locas*, pp.92-93.

En este orden de ideas, Celia Amorós señala que la idea del patriarcado familiar se reformuló en la configuración patriarcal de las sociedades desde un sistema que jerarquiza asimétricamente las relaciones entre hombre y mujeres, principio que se impregnó en la conformación de las sociedades modernas y sus estructuras.³⁷ En dicho marco, los sistemas económicos, políticos, sociales y educativos que hoy conocemos, responden a la línea patriarcal que matizó a las sociedades en sus inicios más tempranos, complejizándose y refinando los mecanismos de segmentación entre clases y géneros a lo largo de la historia de las civilizaciones. Esto implica que la estructura patriarcal arcaica donde el padre era la autoridad del grupo se complejizó al asumir este principio en la conformación general de los Estados, “institución que no representa al conjunto social, sino que expresa el poder de los varones, [...] el cual es heredero.”³⁸ Cabe apuntar que dicho señalamiento no implica entender al Estado como una construcción política exclusiva que solo contempla a los hombres, implica entenderlo como una construcción política, no estática, permeada por algunos ejes históricos patriarcales que han sido heredados por los grupos de poder dominante a lo largo de la historia y los diferentes contextos.

Hoy somos el resultado de los innumerables cambios que trascendieron las formas de organización social y cultural de nuestros antepasados. No obstante, con los múltiples intentos por cuestionar dicha organización, salieron a la luz muchos hilos del sistema patriarcal que llegan hasta nuestros días, haciendo necesario ahondar en el pasado para dar respuesta al por qué de los cánones, estereotipos, opresiones y modelos delimitados en torno a la masculinidad y la feminidad. Por ejemplo, el acceso a oportunidades laborales donde se privilegia el sexo y una expresión de género concreta, la configuración de la ley respecto a paternidad y maternidad y el sentido de la misma, la exclusión de grupos concretos respecto a sus sexo y género, entre muchas otras problemáticas son algunas líneas que desde hace unas décadas se ponen en duda.

Tanto la feminidad como la masculinidad han sido idealizadas y transmitidas, matizando los parámetros, desde las instituciones sociales. En este sentido la diferencia socio-cultural entre ambos conceptos queda resaltada en dos polos, idealizados y aprobados

³⁷ Amorós, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, p.68.

³⁸ *Ibid.*, p. 72.

socialmente mediante el mandato social, el cual norma la escala de valores sociales, es decir la noción colectiva de lo aceptable y reprochable, donde el varón se asume como dominador y la mujer como subordinada, configuración patriarcal, que atraviesa a la humanidad desde sus inicios.

Es puntual señalar que la estructura social va ligada al devenir histórico de la humanidad y sus múltiples manifestaciones y variaciones contextuales, traducidas en el bagaje cultural. Esto quiere decir que la carga cultural construida a lo largo del tiempo es un pilar indispensable para el orden social establecido. Sumado a lo anterior, es preciso cuestionar y entender la complejidad de las prácticas, espacios y momentos educativos, en los que las sociedades transitan para transmitir y perpetuar la estructura y el orden social.

A partir de los actos educativos que nos permean es que vamos delimitando nuestro actuar, conformando nuestra visión ante un mundo previamente delimitado por las generaciones previas. Es a través de los procesos educativos de los que somos parte, que aprendemos a tomar ciertos roles y reproducir ciertas prácticas propias de lo que sexualmente debemos ser, según el mandato social. En este sentido nuestro libre albedrío, ya no es tan libre. Si no explotamos la capacidad de cuestionarnos durante nuestro constante proceso educativo, solo logramos opacar nuestra visión de las diversas posibilidades y potencialidades que tenemos como seres humanos.

Los mensajes a los cuales nos vemos constantemente expuestos indudablemente cargan una ideología, misma que nos perfila y forma con ciertas características, dejando de lado así, el proceso de análisis personal, de constante cuestionamiento, de auto reflexión, que conlleva una auto-formación. Es decir, el educarse para perfeccionarse.

1.5 De los movimientos sociales al cuerpo de estudio

Los estudios de la masculinidad y su conformación teórica son relativamente nuevos. Es en la década de los noventa que las reflexiones en torno a los hombres centran su quehacer en diversos espacios sociales.³⁹ No obstante, la construcción teórica y política de la masculinidad carga consigo un devenir teórico a la par de las corrientes feministas y

³⁹Elsa Guevara, *op. cit.*, p.74.

movimientos por los derechos civiles⁴⁰ que impregnaron a la sociedad y a la academia desde los movimientos sociales y las luchas que marcaron un parte aguas en diversos países y sociedad en la segunda mitad del siglo XX.

Los movimientos reivindicativos, liderados bajo las consignas de igualdad y respeto mutuo entre géneros, apostaron por un cambio en el orden político y social desigual, con raíces profundas, históricas, legitimadas por el sistema patriarcal. Es a la luz de estos movimientos que los estudios sobre la masculinidad, realizados en la década de los sesenta del siglo XX principalmente desde la lectura anglosajona, que se enmarcó la desigualdad de género y sus relaciones con mecanismos violentos de segmentación social. Al respecto, Àngels Carabí resalta el eje presente en las consignas de los movimientos sociales y posteriormente en los estudios de la masculinidad:

Este proceso de afirmación –presente en los movimientos sociales- implicaba, de manera indirecta, cuestionar la hegemonía del hombre heterosexual, cuya ideología ha sido transmitida por la filosofía, la literatura, la arquitectura, el cine, la historia, la medicina, la política, los medios de comunicación, etc., fue puesto en tela de juicio por los movimientos sociales de los años sesenta y sus valores, dichos universales, sujetos a revisión.⁴¹

Cabe mencionar que las manifestaciones por la búsqueda de la emancipación de la mujer, en los movimientos feministas, atrajeron a un grupo considerable de hombres que comenzaron a poner en tela de juicio las diversas dinámicas de los hombres en relación a los procesos socio culturales. Las décadas de los setenta y ochenta fueron un terreno fértil para los primeros estudios sobre la masculinidad, resaltando diversas perspectivas: *a)* conservadora o fundamentalista machista, en dos vertientes la naturaleza biológica y el dictamen religioso; *b)* por los derechos masculinos, o denominados *Men's rights*, corriente de estudio que centra sus análisis bajo la premisa de que los varones tienen derechos específicos dando cabida a simpatizantes pro patriarcado y un grupo de hombres que buscaban la reivindicación del varón y sus derechos igualitarios en la sociedad; *c)* la mitopoética buscó resaltar el análisis en torno al proceso de feminización de los hombres, desde la poesía y el arte, sin dejar de lado la polarización esencialista de los sexos; y *d)* la

⁴⁰El movimiento se forjó en los Estados Unidos a finales de los años cincuenta, impactando activamente en otros países. Los simpatizantes del Movimiento denunciaron el racismo y reclamaron la igualdad racial entre blancos y no blancos.

⁴¹Carabí, Àngels, *op. cit.*, p.3.

pro feminista, a la par de las teóricas feministas de los años setenta; e) los *Men's Studies*, incorporando la categoría de género a sus análisis desde las perspectivas críticas.⁴² Dichos estudios discuten y cuestionan el papel del hombre como representante absoluto de la humanidad, adoptando el estudio de la masculinidad y sus experiencias particulares en cada sociedad, partiendo de un análisis socio-histórico-cultural.⁴³ Desde el surgimiento de los *Men's Studies*, se planteó estudiar al hombre como hombre desde la complejidad de su entorno, “argumentando que atravesaban por una crisis identitaria como consecuencia de las transformaciones socioeconómicas y culturales, lo cual cuestionaba su autoridad y su desempeño como únicos proveedores”⁴⁴ bajo la lógica legitimada por el sistema patriarcal en las sociedades occidentales.

Visto de otro modo, el estudio de la masculinidad históricamente se ha construido como un campo de estudio multidisciplinario que se presenta fragmentado. Los estudios se han nutrido de aportaciones teóricas, principalmente desde la biología, la antropología, la sociología y la psicología. No obstante, el papel que jugaron los movimientos sociales y sus consignas respecto al tema es un hito que detonó la construcción y el ensamble del gran armazón teórico de la masculinidad. Hoy en día, con nuevas consignas, los movimientos sociales son uno de los frentes principales para detonar la discusión en torno a los malestares de muchos temas que alberga la sociedad, y en particular las cuestiones ligadas al género, la masculinidad y femineidad de los sujetos y su libre expresión, toma un valor sumamente relevante en la agenda de la protesta y la búsqueda por superar dichos malestares. Resultan necesarios todos los esfuerzos para lograr establecer puentes para el dialogo entre las iniciativas sociales y los diverso grupos académicos que abordan la cuestión. Ambas partes buscan poner en discusión la problemáticas en torno a la masculinidad, punto en común que permite un flujo de conocimientos y experiencias que dan partida a cuestionamientos que siembran la inquietud por superar la violencia y la jerarquización de en la sociedades. Las realidades que ayer consideramos utópicas son hoy el motor que nos impulsa a trabajar en la cuestión.

⁴²González Pagés, Julio, *op. cit.*, p. 29.

⁴³Minello, Nelson, *Masculinidad/es un concepto en construcción*, p. 11.

⁴⁴Hernández, Oscar, *Debates y aportes en los estudios de masculinidad en México*, p.234.

1.6 Categorías generales en los estudios de la masculinidad

A la luz de lo ya mencionado, en el plano teórico se han realizado múltiples construcciones que han nutrido el *corpus* de conocimientos de la masculinidad. Dicha construcción surge con el fin de dar respuestas y ayudar a comprender la problemáticas respecto a las relaciones asimétricas en torno al poder, analizando a la masculinidad como una categoría que se encuentra interiorizada en los hombres y las mujeres, y a su vez en los simientes de las instituciones que conforman la sociedad.

Kenneth Clatterbaugh resaltó las principales concepciones de la masculinidad que han permeado el estudio de la misma, basándose y resaltando los tintes sociopolíticos desde donde se ha construido una noción conceptual para abordar la cuestión. A continuación se plantean las principales nociones de la masculinidad en los múltiples estudios teóricos que Clatterbaugh consideró:⁴⁵

- a) Conservadoras: donde se resalta la superioridad de los varones, por aspectos naturales, es decir se ve a la masculinidad como un atributo propio de los hombres que los legitima biológicamente a ostentar superioridad ante las mujeres. De esta forma se identifica el papel de proveedor y protector, en un sentido económico y biológico.
- b) Profeministas: apegada a los movimientos y metodologías emancipadoras en contra de la dominación, planteando a la masculinidad como un constructo social, mismo que debe ser sustituido, o bien, matizado en busca de la igualdad de derechos.
- c) Derechos de los varones: plantean las injusticias que los hombres viven, y buscan la lucha para la consolidación de lo que se considera sus derechos. En esta línea podemos resaltar toda la producción desencadenada por los *Men's rights*. Es decir, se conceptualiza la masculinidad desde el campo legal, buscando construir conceptos amparados en los derechos y nuevas situaciones en lo público y lo privado que la contemporaneidad puso en juego, como los derechos paternales.
- d) Del desarrollo espiritual o mitopoéticas: en ellos la masculinidad parte desde una visión natural, que justifica la realidad, sin tomar en cuenta el constante devenir histórico y al ser humano como ser construcción y de posibilidades.

⁴⁵Cf. Clatterbaugh, Kenneth. *Contemporary Perspectives on Masculinity*, pp. 109-115.

- e) Enfoques socialistas: la masculinidad se construye en estrecha relación con la estructura de clases sociales. Es vista como el costo de la alienación del hombre.
- f) Por grupos específicos: donde resaltan los grupos de varones minoristas, como homosexuales, grupos étnicos, religiosos, entre otros, distinciones particulares de vivir y asumir, o no, su masculinidad.

La propuesta de Clatterbaugh hace constar los múltiples matices que adquiere el concepto de la masculinidad en los estudios teóricos desde diversos escenarios como los movimientos sociales, las legislaciones, y preceptos dogmáticos. A partir de las clasificaciones de dicho estudio se pueden identificar las múltiples concepciones que ha adquirido la masculinidad en las propuestas que han abordado la cuestión, ya que desde la delimitación de cada una el concepto ha adquirido una delimitación que incorpora elementos particulares. Por ejemplo, las nociones conservadoras retoman la masculinidad como un elemento presente en cierto modelo de hombre, en contraste con otras manifestaciones de la masculinidad que se retoman a partir del análisis por grupos específicos. A la par, la visión socialista retomó la masculinidad como un elemento presente en todos los hombres. El acento en dicha corriente recae en las particularidades de la masculinidad a partir de la clase social y su delimitación histórica, esto es la concepción de la masculinidad de la clase media no es equivalente a la concepción de la misma en los estratos más bajos de la sociedad.

La propuesta de Clatterbaugh respecto a la delimitación de los conceptos específicos de masculinidad propios de cada una de las líneas de estudio que han abordado la cuestión es trascendental para los estudios posteriores, ya que por un lado manifiesta la evolución del concepto a lo largo del siglo XX. Por otro lado, hace explícito el alcance conceptual de los estudios al identificar qué elementos retoma cada postura para conceptualizar y abordar la masculinidad. Clatterbaugh valoró el alcance del objeto de estudio de la masculinidad desde cada postura, ya que la masculinidad como objeto de estudio ha sido retomada de muchas formas y con fronteras conceptuales específicas que en principio pueden no ser universales para el estudio de la categoría general.

A partir del trabajo de clasificación realizado por Clatterbaugh Nelson Minello retoma la cuestión acotando las posturas de los estudios de la masculinidad en una escala general en correlación con diversos momentos históricos y las concepciones de masculinidad planteadas por Clatterbaugh.

En este orden de ideas la propuesta de Minello comprende tres líneas generales de los estudios, las cuales en síntesis comprenden en primer lugar a los estudios previos a la década de los setenta, mismos que responden a la teoría de roles la cual retoma a la masculinidad como un elemento particular de la sociedad exclusivo de los hombres. Dicha teoría “no reconoce el conflicto, se plantea fundamentalmente el ámbito individual y supone diferencias más que relaciones entre los sexos y, por tanto, ámbitos exclusivos para cada uno de ellos.”⁴⁶ Concebir la masculinidad en dichos términos implicó que algunas de las líneas de investigación apegadas a la teoría de roles expusieran fundamentalmente las diferencias esenciales entre los sexos, retomando escenarios concretos en los que se desempeñaban hombres y mujeres. Cabe señalar que la masculinidad se entendía como un elemento esencial en los hombres. Concretamente, se concibió a la misma como un elemento estático puntualmente delimitado al no reconocer el conflicto, entendido este como todo el proceso de construcción de la masculinidad influido por diversas fuentes sociales.⁴⁷ Sumando a la cuestión, gran parte de los estudios previos a la década de los setenta en el marco de la teoría de roles parten de un concepto de masculinidad descrito por Clatterbaugh como conservador, o bien del desarrollo espiritual ya que se aborda la cuestión, explicando la masculinidad y sus manifestaciones como un elemento natural en los hombres y por tanto en la sociedad.

Posteriormente y permeados por los enfoques psicoanalistas feministas cuyo eje central fue el refutar “la tendencia freudiana a adoptar el supuesto pesimista de que una psicología de género patriarcal es inevitable e inmodificable,”⁴⁸ considerando a la diferenciación psicológica femenina y masculina como resultado de sus raíces en las estructuras patriarcales, los estudios de la masculinidad centraron su atención en la conformación de la masculinidad en estrecha relación con los primeros años de la infancia.

⁴⁶Minello, Nelson, *Masculinidad/es un concepto en construcción*, p. 13.

⁴⁷*Ibid.*, p.14.

⁴⁸Ferguson, Ann, *Psicoanálisis y feminismo*, p.166.

Asimismo, propusieron líneas de acción en función de la crianza, donde el acento se centró en la intervención de los padres, varones, en los primeros años de desarrollo de los sujetos.⁴⁹ Cabe señalar que muchos de los estudios realizados desde el enfoque señalado enmarcaron la masculinidad como una característica social misma que debe ser revalorada en función de la igualdad de derechos entre sujetos.

Por último, Minello concede que los estudios basados en la perspectiva de género son una tercera línea general que comienza a ganar terreno durante las décadas de los ochenta y noventa al retomar las problemáticas concretas de la masculinidad en estrecha relación a su contexto. La perspectiva de género en los estudios sobre la masculinidad retoma diversos ejes de análisis como “el conflicto, el carácter relacional de la masculinidad, la necesidad de estudiar las relaciones de poder, de analizar el carácter histórico del género y el problema fundamental de la subordinación de la mujer.”⁵⁰ Dichos ejes han implicado numerosos retos al repensar la masculinidad como un concepto que dé cuenta de la diversidad de manifestaciones en torno a la categoría, así como el visibilizar las problemáticas en torno a los géneros y el contexto.

Como se apunta hasta este momento, la interpretación explicativa que se le ha dado a la masculinidad ha respondido a una gama de enfoques, momento históricos y corrientes particulares dese las cuales se han conformado nociones concretas de masculinidad al abordarse. Cabe señalar que la fragmentación del estudio de las masculinidades recae, por un lado, en las diversas nociones del concepto. La falta de consenso entre las disciplinas que abordan la cuestión ha polarizado el estudio al no contemplar el necesario trabajo multidisciplinar que requieren los estudios sobre el tema.

Ahora bien, buena parte de la investigación en torno a la masculinidad cataloga a la misma como una construcción cultural, misma que podemos identificar en dos vertientes, de acuerdo con Guevara: *a)* “construcción generalizada, misma que comparten los hombres en distintas sociedades y grupos humanos, por tanto transcultural; *b)* construcción específica, abocada a todos los significados de ser hombre dentro y entre culturas.”⁵¹ En

⁴⁹ Minello, Nelson, *Masculinidad/es un concepto en construcción*, p 14.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁵¹ Guevara, Elsa, *op. cit.*, p.74.

este orden de ideas y a la par de esta última, es puntual señalar que al referirnos a la masculinidad, existen diversas tipologías que varían de acuerdo a los contextos sociales. Por tanto, no es fortuito el uso del término masculinidades en ciertos estudios o líneas de investigación,⁵² las cuales, con el paso de los años, han trascendido la academia, en mayor o menor medida, manifestando una traducción en nuevos modelos de masculinidad, o bien nuevas formas de ser y sentirse hombre, buscando no resaltar el modelo hegemónico de la masculinidad en las sociedades.

La masculinidad es un concepto que atraviesa transversalmente a las culturas. Cada cultura construye un imaginario en torno a ella y por tanto, cada periodo de la historia ha sido permeado por dicho imaginario, en lo general y en cuestiones particulares a la realidad social. En este sentido Matthew Gutmann⁵³ plantea que la antropología en sus inicios ya hacía evidente la relevancia del estudio de la masculinidad y la feminidad, claves para la conformación de la masculinidad moderna y la división de géneros. Por ejemplo, el acercamiento a los rasgos culturales propios de una comunidad manifestaba las diferencias socialmente construidas por el grupo respecto a los hombres y a las mujeres.⁵⁴ Con la implementación de la perspectiva de género, la antropología identificó nuevas categorías para el análisis de las sociedades y sus imaginarios en torno a las nociones de hombre y mujer, así como de masculinidad y feminidad.

En este sentido, los análisis sobre los hombres, permeados por el género constituyen la antropología de la masculinidad. Gutmann presenta cuatro concepciones en torno a la masculinidad, mismas que, como refiere el antropólogo, se utilizan conjuntamente para abordar la temática. En dicha lógica, la masculinidad puede ser clasificada de la siguiente manera: “Cualquier cosa que los hombres piensen y hagan; todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres; algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres; la masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres.”⁵⁵

⁵²González Páges, Julio, *Masculinidades en movimiento, Manual instructivo para el trabajo con grupo de varones*, p.9.

⁵³Gutmann, Matthew, *Tráfico con hombres. La antropología de la masculinidad*, p.35.

⁵⁴*Ibid.*, p. 38.

⁵⁵*Ibid.*, p.49.

Las concepciones marcadas por Gutmann delimitan la relación que se le ha dado a la masculinidad en relación con los hombres. Es decir, el autor presenta las líneas que han marcado el estudio de la masculinidad desde la antropología donde se ha resaltado el vínculo del constructo de la masculinidad con hombres. Cabe decir que dichas nociones parten de un principio cultural en función de las concepciones esencialistas de las sociedades, mismos que Raewyn Connell⁵⁶ descarta, dado que no hay acuerdo en ese núcleo que se ha denominado masculinidad,

Como se apunta hasta aquí, el estudio de la masculinidad durante buena parte del siglo XX delimitó la cuestión visibilizando la categoría en los seres humanos desde diferentes miradas que, si bien polarizaron las posturas en torno al tema explicando la categoría de acuerdo a ideologías particulares, manifestaron un conjunto teórico importante que ha generado múltiples preguntas suscitadas a partir de la complejidad de la masculinidad en términos generales y particulares. En este orden de ideas, el enfoque de género ha abierto líneas de análisis que buscan explicar dichas preguntas, articulando la relevancia de la categoría en función de diferentes prácticas y roles manifestados en las sociedades. Raewyn Connell, socióloga australiana ha puesto énfasis en el estudio de la masculinidad como una categoría propia de la sociedad, misma que se explica en términos de género al manifestar una construcción particular de los sujetos en relación a su contexto, propuesta que se aborda a continuación.

1.7 Raewyn Connell. Una propuesta en términos de género

Raewyn Connell en su obra *Masculinities and Globalización* plantea abordar a la masculinidad desde una mirada analítica del concepto general expresada mediante el género, misma que no niegue la diversidad de concepciones y representaciones múltiples en torno a la masculinidad visibilizadas en el marco de los procesos de la globalización.⁵⁷

Es en esta línea que Connell señala la masculinidad como una dimensión del género que se manifiesta en las relaciones sociales, posibilitando diversas situaciones para las personas, ya que considera las masculinidades como la configuración de las prácticas

⁵⁶Es preciso señalar que la autora optó por realizar un cambio en su género y posteriormente de sexo, por lo que mucha de su obra se encuentra registrada con el nombre de Robert Connell.

⁵⁷ Connell, Robert, *Masculinidades*, pp. 4-5.

estructuradas por las diversas relaciones de género, que en principio son un proceso político y median la dirección de cambio social.⁵⁸ Las múltiples identidades de género, donde la masculinidad va arraigada, se ponen en juego en un espacio concreto, donde los cuerpos e imaginarios conviven en un espacio tiempo concreto. Por tanto, para Connell la labor de reconocer la diversidad de masculinidades y sus identidades no es suficiente, el punto central está en analizar las relaciones entre diferentes formas de masculinidad, con miras a resolver las problemáticas en torno a ellas.

La autora elabora su propuesta planteando una categorización previa de los diversos estudios en torno a la masculinidad respecto a los posicionamientos teórico-filosóficos, los cuales en concreto son: a) esencialistas, las cuales rescatan un rasgo universal en función de la masculinidad, es decir, se habla de un núcleo en cada sujeto: la masculinidad; b) positivistas, abocadas a los rasgos y conductas de los varones; c) normativas, como su nombre apunta, son las normas o el deber ser de un hombre. Es la base de la teoría de los roles sexuales; d) lingüística, que define a la masculinidad partiendo de un sistema simbólico.

Partiendo de dicha categorización de los estudios, Raewyn Connell plantea su propia clasificación poniendo en el centro la estructura de género y las relaciones de poder, las cuales hombres y mujeres adoptan influyendo en las prácticas que desempeñan cotidianamente, en sus experiencias corporales o, dicho de otro modo, las formas en las que vemos los cuerpos en espacios concretos. Asimismo, la forma en la que valorizamos y vivimos con dichos cuerpos, y la cultura siendo el gran marco de referencia al estar expresados los valores y simbolismos propios de las sociedades.

En este sentido, al hablar de masculinidad y feminidad se alude a una configuración de las prácticas de género que atraviesan la vida individual y social. De acuerdo con Connell, la estructura de género se organiza en cuatro dimensiones, en las cuales la masculinidad se inserta en las relaciones de poder, la producción, las emociones y la simbolización:⁵⁹

⁵⁸ *Ibid.* p 12.

⁵⁹ Cf. Connell, Robert, *Gender and Power*, pp. 86-90.

- a) Las relaciones de poder: el poder en términos de orden de género es el concepto central para comprender la estructura y mandato social, ya que permite abstraer la estructura del sistema patriarcal y los mecanismos de control que ejercen los hombres sobre las mujeres y otros hombres de clase sociales diferentes, el ejercido por el Estado, las personas morales, o la legislación. A la par de esto, se posibilita la identificación de las resistencias, las diferencias y los matices que manifiestan los grupos sociales, así como su impacto. Este punto está muy en sintonía con el análisis de las relaciones de poder de Bourdieu desde la perspectiva sociológica.
- b) Las relaciones de producción: en las posibilidades del orden de género, el hablar de la dimensión de producción en función de la división sexual del trabajo hace explícito el valor y jerarquización que se da a determinadas actividades de los hombres y las mujeres en relación a los significados de masculinidad y la feminidad. Lo asignado y aceptado en el orden social. Esta visualización permite identificar las asimetrías y desventajas de las personas determinadas por su sexo biológico respecto al ingreso, campo laboral, acceso a la educación, entre otras. Hablar de las relaciones de producción pone en discusión los roles, prácticas e imaginarios presentes en las esferas de lo público y lo privado y lo que socialmente se ha distinguido como propio a cada una. Es en este punto donde las desigualdades en torno a los géneros se hace visible al abordar problemáticas en relación al acceso de oportunidades de acuerdo con la construcción de género de las personas
- c) Las relaciones emocionales: Las cargas emocionales que histórica y culturalmente se le han atribuido a lo masculino y a lo femenino se ven expresadas en el orden de género, ya que en estas dimensiones se expresan y convergen los deseos, las expresiones emocionales, y los significados del erotismo. Cabe señalar que estas dimensiones no sólo se expresan en lo personal, también en lo colectivo llevándolo al terreno de las instituciones públicas. Hay estrecha relación entre las emociones y la sexualidad en la forma en la que la vivimos y ejercemos con los otros. Dicho punto pone de manifiesto un constructo particular de los géneros en cuanto a la forma en que las emociones se expresan. Para Connell la delimitación de las emociones está estructurada de acuerdo a

lo propio para los géneros históricamente y en función de circunstancias propias⁶⁰ para cada estrato social.

- d) Las relaciones simbólicas: los significados son el punto primordial mediante el cual nos identificamos y logramos expresarnos en conjunto, no cabe duda que la sociedad se compone de un mundo de consideraciones avaladas y transmitida. La masculinidad y los significados en torno a ella constituyen una pieza clave para toda relación de género. Si bien es cierto que cada cultura conformó sus propios esquemas interpretativos, Connell apunta a que en todas ellas la autoridad es masculina, más no propia o exclusiva los hombres.⁶¹ Cabe señalar que las relaciones simbólicas atraviesan la totalidad de la comunicación de las sociedades, es decir se manifiestan en los lenguajes, en las artes, en los ritos, y en las actividades cotidianas como el trabajo o la formación académica. Como se apunta hasta aquí, el sistema de interpretación que realizamos que nos remite el hablar de los hombres y las mujeres, va acuñado de una carga histórica.

La clasificación propuesta por Connell descarta toda noción esencialista de masculinidad, ya que descarta toda idea de masculinidad como núcleo particular de los hombres y antepone que la masculinidad es una construcción interiorizada por hombres y mujeres en el marco de la exigencia social. La construcción de la masculinidad está permeada la exigencia contextual. En este sentido, pensar la masculinidad como una categoría que se expresa mediante el género es vital para abordar los estudios de masculinidad desde una perspectiva género.

Ahora bien, si partimos de que el desarrollo de los hombres y mujeres es un constante proceso que se conforma día con día, es indispensable pensar en él proceso de conformación de género y de la masculinidad inserta en él. En este orden de ideas, pensar a la masculinidad como un constructo que se forma a través del tiempo y no como un elemento estático, antepone la capacidad de construirla a lo largo de nuestras vidas de acuerdo con nuestra edad, los espacios en los que nos desarrollamos y las experiencias que adquirimos. Masculinidad es una categoría que podemos formar, reflexionar y aprehender.

⁶⁰*Ibid.*, p. 87.

⁶¹*Ibid.*, p. 89.

Con base en lo anterior, la masculinidad es una categoría humana en constante cambio. Por tanto, es vital delimitar las nociones contemporáneas de la misma así como las concepciones previas en culturas y grupos determinados, ya que al ser una construcción socio-histórica cambiante de acuerdo al contexto,⁶² quedan muchos hilos conceptuales que dan ruta a un imaginario previo, una noción general estructurada en nuestra historia cultural que merece y debe ser reflexionada.

Hoy por hoy resulta indispensable el identificar los quiebres y transformaciones relevantes de nuestro contexto, dadas las nuevas formas de relación de poder en todos los espacios sociales. No soy escéptico ante las nuevas realidades y logros que los movimientos sociales y la academia ha venido construyendo en el recorrido que hemos visto hasta este punto. No obstante, estos cambios arrastran consigo la concepción y vivencia de nuevas identidades de género y expresiones de la masculinidad en conflicto debido a varios factores como el choque generacional, sus mecanismos de legitimación y la reconfiguración de un orden social incierto.

1.8 Los estudios de masculinidad en América Latina

A la luz de lo ya mencionado, en América Latina los estudios de la masculinidad tienen su origen en la década de los ochenta y su posterior arraigo durante toda la década de los noventa en la región, y al igual que en los países europeos o los Estados Unidos de América, el hombre y la masculinidad se plantearon como objeto de estudio.

Los estudios en esta región, dada la temporalidad, coinciden con la creciente popularidad de adoptar la perspectiva de género como enfoque teórico.⁶³ No obstante, son influenciados por las corrientes feministas y las corrientes teóricas anglosajonas en particular los *Men's Studies*. Así se acuñó el género como una categoría analítica fértil para articular las relaciones y diferencias entre otros géneros. Es puntual señalar que los primeros estudios con perspectiva de género llevan implícita la influencia de los roles sexuales, perspectiva que había sido vigente buena parte del siglo XX en los Estados Unidos e Inglaterra.

⁶²Connell, Robert, *Masculinidades*, p 17.

⁶³Teresa Valdéz y José Olavarría, *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, pp.8-9.

Apuntando a la cuestión, Mara Viveros Vigoya, investigadora del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Humanas en la Universidad Nacional de Colombia, cuyas líneas de investigación han profundizado las relaciones de género y la masculinidad, recupera cuatro ejes temáticos desde donde los grupos académicos en Latinoamérica ha trabajado la masculinidad y su relaciones de género así como los estudios sobre los hombres: 1) la paternidad y sus relaciones e imaginarios; 2) la masculinidad heterosexual en diversos ámbitos; 3) la sexualidad masculina y la salud reproductiva y 4) las fronteras de la sexualidad masculina.⁶⁴ A la par, Nelson Minello coincide en los anteriores ejes temáticos y valora dos más: la violencia doméstica y el machismo. En estrecha relación, plantea un énfasis en las investigaciones con carácter basado en la experiencia o la vivencia recabada en casos muy concretos más allá de la producción o constructo teórico de las masculinidades. Podemos decir que es notorio el énfasis etnográfico de los estudios respecto a las regiones.⁶⁵

En este orden de ideas, considero que los tópicos mencionados en las pasadas líneas manifiestan directamente la historia a la que responden las sociedades en Latinoamérica, mismas que han conformado sus identidades e imaginarios en torno a la masculinidad a partir de una serie de hechos que trascendieron el tiempo estampándose en muchas de las prácticas, costumbres y hábitos presentes en la cotidianidad de las épocas particularmente durante el periodo virreinal, donde la segmentación social en función de la clase y el sexo marcó las relaciones sociales así como el acceso de oportunidades característica que se complejizó durante el periodo moderno, donde el surgimiento de nuevas clases sociales y nuevas formas de organización de los Estados delimitó inminentemente la concepción de la masculinidad. En este orden de ideas la figura masculina con características y atributos particulares, la relación del los hombres con los otros y las otras, el rol de una paternidad acorde a la masculinidad idealizada, así como el acceso a espacios y oportunidades en función de la clase y el sexo son algunas de las problemáticas que se fueron construyendo a lo largo de la historia de la región. El actuar habitual del hombre y la mujer se ve arraigado a un conjunto de creencias y cánones, principales fuentes perfiladoras del actuar cotidiano

⁶⁴Viveros Vigoya, Mara, “Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad”, *apud.* Hernández, Óscar; *Debates y aportes en los estudios sobre masculinidades en México*, p. 232.

⁶⁵Minello, Nelson, *Masculinidad/es un concepto en construcción*, p. 23.

de las sociedades. En este sentido el varón durante siglos ha contado con una soberanía que legitima su quehacer social y justificó sus prácticas cotidianas.

Julio González Pagés señala el vínculo que existe entre la desigualdad en Latinoamérica y la masculinidad, dada la emulación de género basada en la masculinidad hegemónica. De acuerdo con González Pagés asumir los hábitos y conductas propios de la masculinidad hegemónica patriarcal y en consecuencia descalificar toda diferencia de los parámetros que marca ha sido el principal factor para la desigualdad. Entendida como la diferenciación de oportunidades, acceso y conceptualización de grupos concretos en la sociedad.

Las desigualdades propiciadas por el patriarcado se hacen manifiestas en todas las dimensiones del género. La desigualdad surge al categorizar las características y conductas asignadas culturalmente a los hombres las que se han legitimado en todo momento. El varón ha de ser fuerte, valiente, guía, proveedor, inteligente, heterosexual, capaz de suprimir la capacidad de expresar una gama de sentimientos devaluados, atribuidos solo a lo femenino y a la mujer como sujeto asociado a la debilidad, la abnegación, el cuidado, la ternura y la subordinación.⁶⁶

Cabe apuntar que González Pagés señala la masculinidad, no como una categoría esencialista ni estática, sino como una construcción socio-histórica, en estrecha relación con la temporalidad y diversas categorías como la raza, la clase social, o la opción social, entre otras.⁶⁷ En este orden de ideas, señalemos que en Latinoamérica se encierra múltiples concepciones culturales, donde los imaginarios en función de la masculinidad se presentan en constante confrontación, permeados por el hilo conductor del sistema patriarcal. Por ejemplo, si pensamos en la delimitación social y cultural de la mayoría de países latinoamericanos encontraremos una serie de representaciones particulares de la masculinidad, permeadas por la experiencia particular de cada grupo. Dichas concepciones están en continua confrontación con la concepción de masculinidad que se conforma para delimitar el imaginario general en torno a la masculinidad de un Estado. Dicha problemática se abordará con mayor profundidad en el capítulo dos de la presente disertación.

⁶⁶González Pagés, Julio, *Macho varón masculino. Estudios de masculinidad en Cuba*, p. 10

⁶⁷*Ibid.*, p.13.

A la par de algunas regiones de Sudamérica y el Caribe, en México el interés por el estudio de la masculinidad surge y se fortalece a finales de la década de los ochenta y toda la década de los noventa. En este marco surgen algunas asociaciones como la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres (AMEGH) con el fin de profundizar los estudios sobre los hombres en la región, así como fomentar una red académica con diversas instancias nacionales e internacionales para enriquecer y diversificar los estudios.⁶⁸ Este proceso toma fuerza permeado por diversos movimientos en torno a los derechos de la mujer y el interés generalizado por la equidad de género en el marco de las políticas internacionales y las preocupaciones respecto a la violencia, la equidad, la sexualidad y la salud reproductiva por parte de algunas agencias de Naciones Unidas, particularmente, ONU Mujeres y el Fondo de Población de Naciones Unidas.⁶⁹

A la luz de estos orígenes, los estudios sobre la masculinidad han conformado un carácter regional, que si bien no surge con la pretensión de comparar los diferentes contextos del país, han permitido conocer las diferencias y similitudes en cuanto a los imaginarios sociales respecto al tema, así como sus representaciones, identidades, y relaciones de género.⁷⁰

Los estudios regionales, propuesta metodológica en América Latina, plantearon un referente amplio para identificar la diversidad cultural y rescatar las múltiples identidades respecto a la masculinidad, buscando crear nuevos horizontes conceptuales de la misma. Dicha propuesta metodológica atenta contra la noción esencialista de la masculinidad como expresión nacional única, es decir, rompe con el imaginario de identidad masculina homogénea que define a los hombres y sus relaciones.

Los horizontes conceptuales de la masculinidad que los estudios regionales han ayudado a construir han contribuido a la desmitificación de la identidad masculina homogénea nacional, es decir, se ha puesto el acento en hacer visibles las múltiples caras que surgen al identificar las diversas construcciones de lo que se entiende por ser hombre y

⁶⁸ Olavarría, José, *La investigación sobre masculinidades en América Latina*, p. 317.

⁶⁹ *Ibid.*, pp.318- 319.

⁷⁰ C Hernández, Óscar; *Debates y aportes en los estudios sobre masculinidades en México.*, p. 238.

asumirse y sentirse masculino a lo largo del país, rompiendo con el esquema “del mexicano” mismo que fue plantado en la literatura desde diversas influencias sociales.

Los estudios etnográficos sobre los hombres en México han centrado su atención en mayor medida en el centro del país. Esta realidad responde a la gran diversidad cultural y sus respectivos imaginarios que se vierten en una ciudad con las dimensiones que presenta la Ciudad de México. En estos grandes centros urbanos, propios de la actualidad, podemos encontrar una atmósfera donde se vierten diversas clases sociales, con concepciones ligadas totalmente a las construcciones de género particulares, como se ha mencionado en líneas anteriores, lo que vuelve a las megalópolis un fractal de imaginarios encontrados que han sido descritos en múltiples investigaciones.

No obstante, más allá de la riqueza de información respecto a la diversidad de construcciones respecto a la masculinidad, mucha de la investigación regional presente en México y el resto de Latinoamérica carece de un posicionamiento y uso conceptual definido de la masculinidad. Por nombrar algunos, tal es el caso del estudio regional *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*, elaborado por Martha Ramírez Solórzano⁷¹ como iniciativa del Instituto Jalisciense de las Mujeres, donde a pesar de enriquecer la cuestión aportando numerosos factores y características propias de algunas construcciones de masculinidad, no se retoma un posicionamiento concreto al referirse a dicha categoría. Por su parte como señalan Teresa Valdés y José Olavarría en el estudio regional *Hacia una economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y la homosexualidad masculina en Brasil*, presenta múltiples características presentes en las construcciones de la masculinidad basadas en la experiencia de hombres homosexuales en Brasil, no obstante el posicionamiento desde donde se retoma la masculinidad, vinculada, pareciera, únicamente con las prácticas sexuales no estáticas, y desarticulada de la complejidad histórica que compone la categoría diluyen a la misma en una categoría borrosa⁷², Por tanto, si bien estos estudios aportan referentes regionales que dan cuenta de algunas prácticas vinculada a la categoría de la masculinidad, también es cierto que al hacer

⁷¹Cf., Ramírez, Martha, *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*.

⁷²Cf. Valdés, Teresa y Olavarría, José, *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, pp.106-129.

de su objeto de estudio un referente difuso y de difícil asimilación debilitan el fin de solidificar el campo teórico de la masculinidad

Es importante señalar que los estudios sobre la masculinidad han tenido un impulso las últimas tres décadas en países como México. Dicho impulso en buena parte es consecuencia de la creciente ola de estudios de género que han ganado terreno en el escenario mundial, profundizando en diversas cuestiones que dan cuenta de la diversidad de construcciones de género y su relación con espacios concretos de la sociedad, mismos que cada día con mayor fuerza ceden terreno a otras formas de organización más igualitarias, visibilizando y replanteado las estructuras de organización que durante décadas delimitaron la construcción y acceso de los géneros desde una concepción binaria y jerárquica de géneros idealizados. En dicho marco, la masculinidad es una construcción de género particular articulada con otras categorías de género como la feminidad o la clase social, por lo que el estudio de la misma es una posibilidad para reformular la categoría alejándola de la construcción hegemónica que la definió negando toda construcción alterna de masculinidad. Como se ha expresado en las líneas anteriores, la masculinidad cuenta con cierta independencia en cuanto a la categoría de género, independencia que manifiesta la necesidad por consolidar una línea de estudio particular en relación constante a la categoría de género.

Los estudios de la masculinidad, como se buscó expresar en este capítulo, han cambiado con el venir de los años retomando la cuestión desde diferentes posturas y resaltando diversos elementos, muchos de ellos descartados, conformando así el objeto de estudio de la masculinidad, su sus problemáticas y sus relaciones. Los esfuerzos puestos en las pasadas décadas al retomar la cuestión visibilizaron diversas problemáticas y espacios en torno a la masculinidad. Tal es el caso de la literatura, abordada con detenimiento en los próximos capítulos, espacio de construcción humana que ha dejado una huella del reflejo de las sociedades en periodos concretos. Dichas nociones expuestas a la investigación están ofreciendo una veta de análisis de la categoría, lo que ha permitido entender y profundizar en tanto a la evolución conceptual histórica de la misma así como el alcance y las dimensiones que trastoca la masculinidad en la estructuración de las sociedades. Vertientes que hoy es necesario abordar sin perder de vista el trabajo previo y la premisa de que la

sociedades se conforman desde la diversidad, reconociendo las múltiples formas de expresión de eso que llamamos masculinidad.

CAPÍTULO 2. Género, masculinidad y literatura. Una mirada a dos obras de la literatura mexicana desde las masculinidades literarias

2.1 Género y literatura

Después de realizar una aproximación al campo teórico de la masculinidad, es importante profundizar en la relación de los estudios sobre dicha categoría y la literatura con el fin de acercarnos a las concepciones de masculinidad presentes en la literatura. El abordar las construcciones que se han plasmado en las obras nos da la oportunidad de acercarnos a nuevas lecturas y relecturas, de nuestra historia, nuestras costumbres, y nuestros actos. Al hacerlo, se posibilita la construcción de sentidos que den cuenta de las dimensiones de la realidad, como es el caso de la masculinidad al relacionarnos en sociedad. Es por ello que la construcción y delimitación de los estudios sobre la masculinidad y la femineidad presenta hoy una discusión que de ningún modo podemos dejar pendiente ante la magnitud de sus incidencias y relaciones en los ámbitos del desarrollo y educación de los seres humanos.

Ahora bien, como se señala en el capítulo anterior, el sistema patriarcal ha venido delimitando los imaginarios sociales, permeando a las sociedades con significados concretos de masculinidad y femineidad construidos a lo largo del tiempo desde varios frentes, como la historia oficial, la política, las relaciones afectivas e interpersonales, el modelo económico, las instituciones, entre otros aspectos y espacios. Dicha percepción referente a los géneros ha chocado con el día a día en varios momentos. De allí que la reflexión de los roles, las prácticas y los simbolismos que como seres sexuados manifestamos tomen relevancia. Confrontar la delimitación patriarcal permite vivir y asumir decisiones con mayor libertad y con un sentido más profundo de construcción personal y colectiva.

En este marco, los seres humanos hemos representado de diversas maneras las reflexiones en torno a los géneros, su vivencia y su vínculo con los sexos, y claro, su interiorización y práctica social. Es desde el arte, la ciencia o la filosofía, entre otras manifestaciones humanas para explicar y representar la realidad, que las sociedades han abordado la cuestión al delimitarla y en ocasiones cuestionarla, tornándola como un problema de conformación humana.

En este afán por explicarnos genéricamente han surgido dos imaginarios: realidad y representación, y es con el paso del tiempo que la línea que los divide se ha tornado sumamente tenue. Sumando a la cuestión, Nicole Loraux en su texto *Notas sobre un imposible sujeto de la historia*⁷³ articuló la importancia que cobra la representación y la realidad en la construcción de los imaginarios y discursos ya que al consolidarse, difundirse y aceptarse se asume una idea general de los sujetos en un contexto particular, como demuestra Loraux al abordar algunas representaciones de la feminidad en Grecia, es decir, la relación griega con lo femenino.

Comenzando con el cuestionamiento de las limitadas fuentes históricas en vías de una reconstrucción de los vestigios de la realidad griega del siglo V a.C., la autora apuntó a la utilización del mundo de la representación, donde el hilo conductor que conlleva las tragedias y los mitos que las componen prevaleció hasta periodos posteriores. Así la representación de las mujeres en la teatralidad y posterior obra escrita es una vía que Loraux señala para “detenerse en lo que la tragedia sugiere sobre el cuerpo del hombre y de las mujeres. [...] nada que se aparte sensiblemente del patrimonio griego de las representaciones compartidas.”⁷⁴

Al retomar discursos que representan a la mujer griega Loraux abstrae nociones sobre el sentido de feminidad en el imaginario griego presente en las tragedias donde los sentidos que los autores plasmaron permiten conformar una noción de aquello que pudo ser entendido de mujer y feminidad al retomar personajes como Antígona, Yocasta o Polixena. Para ilustrar la autora delimita algunas nociones en el texto de Homero y la noción de mujer un ser causante de conflictos bélicos; Hesíodo que apunta a la mujer como una trampa para el hombre; Eurípides, Esquilo y Sófocles, señalados por Loraux como los tres grandes poetas trágicos, quienes delimitan los límites sociales que deben evitarse romper respecto a la virtud.⁷⁵

En concreto el texto de Loraux es un referente valioso en tanto que permite apuntar en la historia y la literatura la delimitación del imaginario colectivo respecto a

⁷³ Loraux, Nicole., *Notas sobre un imposible sujeto de la historia.*, pp. 13-24.

⁷⁴ *Ibid.*, p.22.

⁷⁵ *Cf. Ibid.*, pp. 19-24.

concepciones, cualidades y roles concretos de los géneros. Es puntual señalar que la reconstrucción histórica de una realidad pasada en tanto a nociones de género es una labor que implica ensamblar nociones diluidas en el tiempo. En consecuencia el universo de la representación plasmada en el mito difundido puede ser una vía que dé cuenta y acceso a la realidad pasada.

Ahora bien, la realidad y la representación de nuestras diferencias fisiológicas resultó en la primera separación entre los seres humanos. Desde ese punto se generó toda una categoría de lo propio para la mujer y el hombre en las sociedades, misma categoría que ha sido representada, incluso exaltando y enfatizando la idealización de los géneros y las escalas de valor, moral, conducta, educación y posición social. Es decir, idealizamos y construimos a partir de una realidad concreta.

Por tanto, las múltiples representaciones que la humanidad construyó para explicar y así legitimar ciertas construcciones específicas de género quedaron plasmadas en sus mitos. Retomando las líneas anteriores, la diferencia que demarca los cuerpos de los hombres y mujeres no fue la excepción. Los grupos humanos buscaron explicar dicha diferencia plasmando su interpretación en sus creencias colectivas del ser y el deber ser del hombre y la mujer, en otras palabras, el género de cada uno. Dicha interpretación, al igual que otras interpretaciones del medio y la realidad, fueron heredadas y transmitidas a las nuevas generaciones conformándose y evolucionando a la par de las sociedades y su compleja estructura social.

¿En qué medida somos lo que nuestros antepasados explicaron que era el hombre y la mujer? Si consideramos las tradiciones, los mitos y las leyendas un reflejo de la normatividad, los valores y las concepciones de la sociedad, de una u otra manera estamos atravesados por las interpretaciones que nuestros antepasados concibieron al respecto. Por tanto, somos el resultado de una historia y una serie de mitos con una antigua validez que manifestaron el imaginario colectivo de las sociedades al ser retomados e interiorizados posteriormente. En palabras de Loraux, el mito expresa signos del imaginario “porque el

mito es un pasado cumplido que se confronta con el presente.”⁷⁶ Somos una serie de imaginarios en constante confrontación con la realidad.

Ahora bien, las representaciones de los géneros, no en lo individual sino como grupos señalados desde un mismo orden, son una variable identificable en las concepciones culturales de un grupo determinado. Es necesario tener en cuenta que al ser un constructo humano, las representaciones se presentan matizadas de acuerdo a la región, el tiempo histórico así como a una gama de factores internos y externos del grupo al que deseemos enfatizar.

Al ser la tradición oral una fuente inagotable, reflejo del pasado y de la cosmovisión de los grupos humano con el paso del tiempo, no es fortuita su expresión en grafías en cierto momento de la historia, un registro capaz de reflejar la riqueza cultural y la herencia misma de la sociedad. La literatura ha venido perpetuando la sabiduría, costumbres, conductas e ideologías que modelaron a la colectividad en el pasado. Es en un momento concreto que la tradición oral toma a la par carácter de tradición escrita, lo que permitió su rápida difusión.⁷⁷

Es a partir de la herencia cultural que las sociedades han ido modelando sus imaginarios, confrontado los simbolismos y consideraciones del pasado con los nuevos contextos. Nos vemos reflejados en los modelos plasmados en los textos pero es inevitable sopesar nuestro contexto, construyendo y asimilado, o no, una nueva carga simbólica asimilada en el ahora y heredable a las nuevas generaciones. Cuestionar la realidad nos implica una confronte de lo establecido, un proceso que conlleva una forma, otra, de simbolizar, nombrar y representar cuestiones tan arraigadas como la masculinidad y sus relaciones.

Con base en lo anterior, Pierre Bourdieu señala que “en cada sociedad existe una lucha a nivel de la representación, de las valoraciones y concepciones del mundo, una lucha por el poder de imponer tales o cuales representaciones estéticas, éticas o de saber cómo las

⁷⁶*Ibid.*, p. 21.

⁷⁷*Cf.* Ramírez Poloche, Nancy, *La importancia de la tradición oral: El grupo Coyaima – Colombia*, pp.130-135.

únicas legítimas”⁷⁸, mismas que atraviesan imágenes y simbolismos transmitidos, en este caso por la literatura, donde los elementos que conforman la masculinidad y sus variantes diversas, masculinidades, están delimitados desde cierta posición que estructura a la sociedad. En esta misma línea, Judith Butler en su texto *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*⁷⁹ retomando a Monique Wittig, escritora y teórica feminista, señaló que “a través de la literatura las palabras vuelven a nosotros otra vez enteras –ya que- el lenguaje existe como un paraíso formado por palabras visibles, audibles, palpables y degustables.”⁸⁰ Cada construcción de palabras en la literatura conlleva una imagen definida que el lector interpreta de acuerdo a su bagaje contextual. En dicha tónica, las imágenes que la literatura transmite son las bases esenciales de lo que hoy por hoy reconocemos como masculinidad y feminidad, y con dichas categorías, sus conflictos, roles, y jerarquías, así como sus relaciones de poder. Por tanto, directa o indirectamente, la producción literaria, ha contribuido a consolidar en el imaginario colectivo los roles tradicionales asignados a los sexos, y de igual forma a lo largo de la historia reciente han sido un terreno fértil para promover el cuestionamiento y fractura de los roles sedimentados en los estereotipos de género. Podemos decir que la literatura transmite imaginarios que influyen en la conformación del orden de género y al serlo, dichos imaginarios pueden cuestionarse y resignificarse.

La reflexión de los roles de género transmitidos por la literatura abre una línea para la reflexión y visualización de estereotipos de género en la búsqueda de sociedades más igualitarias al identificar el conflicto a partir de la masculinidad hegemónica y su influencia en otras categorías como la feminidad. Los estereotipos de género son ideas construidas a través del tiempo que atraviesan las relaciones sociales y con el tiempo se naturalizan. Hernando Muñoz señala a los estereotipos de género “a modo de representaciones sociales que generan unas imágenes de hombre verdadero basadas en un profundo rechazo hacia

⁷⁸Bourdieu, Pierre, *op. cit.*, p 30.

⁷⁹*Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Publicado originalmente en 1990 y con una segunda edición en 1999 es uno de los textos fundacionales de la *teoría queer* en el marco de la tercera oleada feminista. Para fines de la presente tesis utilizo el texto traducido en 2007 con el título *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad* por María Antonia Muñoz.

⁸⁰Butler, Judith, *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad*, p.239.

cualquier elemento que pueda ser significado socialmente como femenino.”⁸¹ Se caracteriza a los hombres y mujeres desde una perspectiva simple que erradica la diversidad. Asumir como natural esa caracterización de los géneros consolida la idealización concreta que marca la realidad de los géneros y refuerza la estructura binaria que polariza a los hombres mujeres.

Con lo que se apunta hasta ahora, uno de los espacios más fructíferos para la visualización y el cuestionamiento de las construcciones de género, tanto particulares como hegemónicas, es la literatura, dada la naturalidad creativa con que se plasma la vida cotidiana, los deseos y costumbres de distintos grupos sociales al remitirse a referentes y representaciones colectivas implícitas de los grupos sociales a lo largo de las generaciones.

Sumando a la cuestión, el uso metodológico de la literatura en los estudios de género es una herramienta con múltiples posibilidades para el análisis, dadas las aristas sociales que se manifiestan, tales como significados y simbolismos, usos y costumbres así como relaciones con los entornos presentes en la sociedad. Dicha construcción metodológica puede ser una vía para construir y plantear una educación para la equidad práctica entre todos los géneros presentes en las sociedades contemporáneas. En el marco de las principales preocupaciones de los estudios de género, el reconocimiento de las particularidades y diferencias constituye un objetivo a cumplir donde la educación de las sociedades. En función de dicho objetivo, cobra importancia para incidir en las construcciones de género, ya que la literatura nos permite abstraer la evolución de los roles de género y su asignación en los espacios públicos y privados de la sociedad. Hacerlo categóricamente posibilita la reconfiguración y movimiento de los modelos de masculinidad y feminidad, contribuyendo a la formación de sociedades con una visión más inclusiva y equitativa de la diversidad.

Cabe señalar que no han sido pocos los intentos por resolver y señalar el qué entendemos por la literatura, acotando características particulares dentro de todos los textos escritos. Dicho problema lo describe Terry Eagleton al presentar las múltiples consideraciones que se retoman desde las corrientes que abordan la cuestión. En concreto

⁸¹Muñoz, Hernando, *Hacerse hombres: La construcción de masculinidades desde las subjetividades. Un análisis a través de relatos de vida de hombres colombianos*, p.57.

Eagleton distingue entre cuatro criterios para poder acotar y encaminarnos a resolver la pregunta ¿qué es literatura?, los cuales describo brevemente a continuación:⁸² La literatura es todo discurso ceñido a la ficción. En el cual el autor busca construir un efecto de realidad; la literatura es todo texto compuesto por el uso específico del lenguaje, donde se distingue el lenguaje coloquial del lenguaje articulado de forma concreta; la literatura es un discurso que carece de utilidad práctica, donde se define la literatura a partir del uso del texto y no del mensaje concreto; por último, la literatura es un discurso que se valora o estima particularmente, ya que es imposible ceñirla a un concepto concreto, es variable y adaptable al devenir histórico.

Dicha cuestión ha sido una constante que evoluciona con las miradas desde las sociedades y sus particularidades contextuales, por tanto dicho problema no debe preocupar más de lo debido. Consideremos que la literatura nos da la oportunidad de hacer evidentes ciertas problemáticas al abstraer una situación presentada peculiarmente mediante el uso del lenguaje escrito. Ante ello, estamos en condiciones de identificar cuestiones que generan una experiencia sensible ante los valores y simbolismos abstraídos de las obras. Es decir, retomamos ciertas cualidades implícitas en los textos y su lenguaje para pensarlas concretamente.

En dicha lógica, el presente capítulo se ciñe a presentar una serie de miradas de la masculinidad en la literatura, espacio donde las prácticas cotidianas que conforman nuestro entorno se manifiestan por medio del lenguaje, surgiendo reflejos de problemáticas muy concretas a partir de experiencias detonadas en nuestra conciencia por el uso retórico en la construcción literaria, espacio donde se presentan un sinnúmero de matices abstraídos de ideas o prácticas que buscan o emulan la realidad a partir de la delimitación de imaginarios concretos que nutrieron los conceptos.

Apuntando a la cuestión, la conceptualización de la masculinidad y la feminidad es una constante que ha marcado a las sociedades desde sus periodos más tempranos. Asignar valor y sentido a las acciones que cómo seres sexuados (hombre-mujer) se realizan, delimitó la conceptualización que las sociedades construyeron entorno a los géneros, y con

⁸²Cf. Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*, pp.3-14.

ello el acceso y clasificación de múltiples espacios, enmarcando así las condiciones que como sujetos vivimos acorde al estereotipo de género. Dichas concepciones se han heredado y complejizado con el ir de los siglos, los cambios sociales y las dinámicas de la humanidad, permeando sentidos y valores contemporáneo. Cabe señalar que como muchos de los sentidos que buscamos en la idealización y conceptualización de las cosas, la masculinidad y la femineidad no escapan a la sedimentación de su significado y de su práctica. Con ello viene una forma conformada de entender y vivir, nuestro género. Es con el devenir del tiempo que las formas que usamos día a día para asumirnos van ajustándose y diversificándose al ritmo de nuevas formas, otras, del modelo binario de género. Con el paso del tiempo los sujetos podemos percibir en nuestras acciones un choque entre el significado y la realidad.

Con base en lo anterior, la visualización de eso que comprendemos como masculinidad ha dejado una marca en la literatura, misma que al ser delimitada nos proporciona un terreno fructífero para múltiples análisis en diversas líneas.

En cuestiones de género, el pasado siglo representó un balance para reconsiderar la condición social femenina respecto a su contraparte masculina. Pilar Nieva-de la Paz considera que “los enormes cambios en la condición social femenina experimentados durante el siglo XX por las mujeres occidentales han permitido caracterizar la pasada centuria como el siglo de las mujeres, [...] -dado que- desde las primeras décadas las mujeres comenzaron a cuestionar los modelos de género heredados”⁸³, impactando en todas las reivindicaciones al grupo, a su sexualidad y a la idea de lo femenino. Es decir, la realidad y las condiciones generadas a partir de una serie de hechos concretos, chocaron contra una idea de femineidad concreta. Dicho cuestionamiento trajo consigo un fuerte señalamiento a los modelos de género heredados, reconsiderando los roles sociales. Dado que la identidad de género es relacional, la discusión en torno a la mujer trajo consigo las interrogantes por el papel y los roles de los hombres y la identidad masculinidad. Como resultado del proceso, el ser y el hacer masculino se han visto cuestionados, ampliados y transformados en últimas décadas en diversos espacios.

⁸³Nieva-de la Paz, Pilar, *Roles de género y cambio cultural en la Literatura española del siglo XX*, p.9.

Con los estudios de género en proceso de consolidación a partir de la década de los ochenta, el abanico de posibilidades en torno al análisis y categorización de la masculinidad ha abierto una gama de matices poco explorados, mismos que vale la pena profundizar y reflexionar, pasando por la lupa del género las particularidades de la masculinidad en la literatura.

2.2 Masculinidad y literatura

Como se apuntaba en el capítulo anterior, los estudios sobre la masculinidad son una realidad que poco a poco ha ido conformando su objeto y sujeto de estudio desde diversas perspectivas. Más recientemente los estudios de género se han posicionado como el enfoque más fructífero para el análisis de los estudios sobre la masculinidad. Cuestionarla desde una perspectiva que aboga por la diversidad de conformaciones contextuales, pone de antemano la necesidad de delimitar los múltiples ejes que conforman la masculinidad como categoría analítica para así abordarla en casos particulares, es decir, sí bien el ver a la masculinidad como constructo analítico no describe la generalidad y el día a día en torno a ella, si dota de referentes para poder abordarla y con ello poder abstraer las particularidades de su construir cotidiano en contextos determinados.

Los trabajos realizados en torno a la masculinidad, por un lado, han señalado la vastedad de formas de entender, asumir y vivir la masculinidad gracias al acento que pusieron los estudios etnográficos, los cuales se enfocaron en resaltar los significados particulares, ritos y simbolismos contextuales de una comunidad concreta. Los imaginarios acerca de dichas masculinidades arrojados por los estudios conforman una multitud de características y líneas de análisis que sería erróneo señalar como generalidades para conformar un concepto analítico de la masculinidad, ya que desde el carácter anecdótico de un grupo particular no se retoma a la totalidad de los hombres.

Por otro lado, la categoría de género ha sido el eje que unifica la falta de consenso entre las múltiples posturas para abordar a la masculinidad como constructo analítico. Es justo el plantear su construcción desde un campo multidisciplinar, no exclusivo de un cuerpo de conocimiento, lo que generó en un marco teórico donde los acentos son diversos,

y con ello los horizontes sobre el estudio de la masculinidad se amplían exponencialmente, buscando nutrir desde un concepto concreto.

Ambos cortes de estudio sobre la cuestión, muchas veces separados por cuestiones disciplinares, han nutrido el análisis de la masculinidad en espacios concretos, cuestión que permite visualizarla y dar paso a la reflexión y análisis de la misma. En este marco, una de las tareas pendientes es buscar conformar una mirada integral que nos permita pasar de la conformación conceptual a un espacio concreto de análisis. No debemos perder de vista que la masculinidad es una categoría construida por las sociedades para explicar y enfatizar el deber ser de los varones en una sociedad determinada, constructo que marca el ritmo y escala de valor mediante la cual los sujetos parten o se alejan para vivir y construir su masculinidad.

Ahora bien, en México se ha conformado una cultura muy particular en torno a la figura masculina, culto que antepone y crea un imaginario en torno a la figura del macho. La figura del macho, es un constructo particular, regional y concreto a una serie de simbolismos históricos. Por esto, el significado de ser macho varía de región a región. Nelson Minello ejemplifica que el concepto de macho en México antepone una serie de simbolismos y roles particulares y con ello toma un sentido muy concreto en la diferencia de otros países donde el entendido cambia y se aboca a explicar otras cuestiones, que no son ajenas al género.⁸⁴ El concepto será trabajado con mayor detalle al abordar las obras de Juna Rulfo y Octavio Paz más adelante.

Cabe decir que la reproducción del imaginario del macho choca directamente con muchas de las prácticas cotidianas que desempeñan los hombres en diferentes contextos. Dicho de otro modo, el deber ser que permea la educación de los hombres y su desarrollo choca con una realidad, otra, de ese ideal de masculinidad. Por ejemplo, si bien los sujetos pueden asumir actitudes de una idealización concreta de masculinidad, muchas de estas actitudes se enfrentan a la delimitación normativa de la zona, por lo que el actuar de los sujetos entra en conflicto. Dicho proceso queda puntualmente señalado por Matthew Gutmann en su investigación *El ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho*

⁸⁴Minello, Nelson, *Notas de investigación. Los estudios de masculinidad*, p.721.

ni mandilón, disertación con un enfoque de género que plantea la diversidad de concepciones en torno la masculinidad de una zona y periodo particular, donde Gutmann apunta a que en principio “las clasificaciones de hombres mexicanos y hombres latinoamericanos son anacronismos -ya que dichas categorías no coinciden del todo con la situación contextual-. Categorías tan generales como éstas niegan diferencias importantes que existen entre regiones, clases sociales, generaciones y grupos étnicos, en México y en otras partes de América Latina.”⁸⁵ Dichas diferencias son condiciones que, si bien no son del todo determinantes, influyen en la construcción de la masculinidad, lo que implica que la categoría se torne diversa en relación a las realidades y contextos. Por ello, se puede afirmar que “en México la diversidad constituye un elemento preponderante del carácter ambiguo de la masculinidad.”⁸⁶

En este orden de ideas, Gutmann apunta la cuestión de la masculinidad como una categoría conformada desde una realidad género en relación a la clase social y las nociones que los sujetos asumen al respecto. Es importante resaltar dicho señalamiento ya que pone énfasis en la construcción de género pero con un concepto fundamental que Gutmann condensa, la clase, y el matiz que hay entre la conciencia de clase y la falsa conciencia. Al respecto, Gutmann considera que las nociones y significados que los sujetos asumen en torno a la masculinidad se mueven entre los planos de ambas conciencias, implicando una contradicción. Expone que una conciencia de clase es “implícita en su actividad y que en realidad -es- la que une con todos sus compañeros trabajadores -en el caso de un hombre de su muestra-[...] mientras que la falsa conciencia, es superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y ha absorbido sin discriminación alguna”⁸⁷. Gutmann señala que por un lado los sujetos comparten una conciencia que los vincula unos con otros dada la realidad y las condiciones del momento concreto en su práctica cotidiana, y otro lado una conciencia aceptada ampliamente, heredada de generación a generación y difundida.

Por tanto, las consideraciones que Gutmann realiza respecto al constructo de la masculinidad, en este caso la de los hombres obreros del barrio de Santo Domingo en México, permiten identificar dos líneas para visualizar dicha categoría. Una es la que la

⁸⁵ Gutmann, Matthew, *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, p.24.

⁸⁶ *Ibid.*, p.119.

⁸⁷ *Ibid.*, p.37.

sociedad nos demanda, la masculinidad histórica y otra es la que se genera en condiciones concretas. Ambas son fuentes de cohesión en mayor o menor medida en los diversos contextos del país.

Con base en lo anterior, México ha sido el escenario de una construcción idealizada de la masculinidad históricamente particular, donde se han preponderado rasgos y actitudes particulares para conformar dicha idealización. Al respecto, Gutmann considera que en dicho referente “antropólogos de los Estados Unidos y México tienen cierta responsabilidad, puesto que han sido, desde hace mucho, los principales intérpretes y cronistas de las ideas y conductas culturales”⁸⁸ de la masculinidad y sus prácticas. Es pertinente señalar que en buena medida la tipificación que realizó Octavio Paz del hombre mexicano en *El laberinto de la soledad* resulta un ejemplo de dicha contribución, cuestión que abordaré con mayor detenimiento más adelante. Cabe señalar que dicha imagen es un constructo que se generó tanto para el interior como para el exterior. Esto quiere decir que se generó toda una cara de la masculinidad del mexicano que funge como marco de referencia del género masculino, y a la vez, como imagen exportada a otros contextos de los hombres mexicanos durante buena parte del siglo XX y hasta nuestros días.⁸⁹

En este marco, una de los espacios más fructíferos para la visualización y cuestionamiento de la masculinidad es sin duda la literatura, dada la naturalidad creativa con que se plasma la vida cotidiana, los deseos y costumbres, así como los referentes y representaciones colectivas de los grupos. La literatura nos ofrece un espacio para el análisis y formulación de eso que a lo largo de la historia se ha llamado masculinidad, sus significados, espacios y configuraciones. Los estudios de la masculinidad en la literatura se enfocan en delimitar concretamente la evolución o formulación conceptual de la categoría,

⁸⁸Gutmann, Matthew, *Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la ciudad de México*, p.134.

⁸⁹La interiorización de dicha concepción de masculinidad idealizada del mexicano puede ejemplificarse de múltiples formas, pero considero que las experiencias que Matthew Gutmann plantea respecto a su proceso de investigación en México expuestas en *Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la ciudad de México*, son una fuente muy concreta para visibilizar las nociones tanto de mexicanos como de colegas antropólogos en la Universidad de California.

implicando que se retome a la literatura como un “instrumento para el análisis histórico de la misma.”⁹⁰

En la misma línea de análisis Ángels Crabí señala que en el acervo literario como cualquier constructo humano es permeado por cánones patriarcales. Por ello, el análisis de la categoría de la masculinidad en el acervo “ayuda a -identificar y- cuestionar imágenes tradicionales patriarcales de la masculinidad en la literatura.”⁹¹ Dicha cuestión, considero, es una vía que si bien puede mostrar las diferencias y desigualdades entre hombres y mujeres, tiene alcances para delimitar las nociones de la masculinidad así como sus transformaciones.

Por tanto, partiendo de dicha consideración se puede identificar una configuración de modelos masculinos, mismos que los hombres y mujeres han asumido y de los cuales se sienten identificados o no, dada la contextualidad de una región y los procesos de cohesión que se generan en ella. Es relevante señalar que la construcción que encierra una obra, a diferencia del constructo histórico es diferente. La historia encierra un carácter donde la pretensión principal es dar cuenta de sucesos concretos objetivamente. A diferencia de ella, la construcción de una obra literaria, por decir una novela, parte de la construcción de un imaginario, donde la pretensión no es dar cuenta objetiva de la realidad. Se enmarca una realidad con vivencias y tramas donde los sujetos se relacionan, construyen y evolucionan. En dicha lógica, los estudios de la masculinidad en la literatura abren la puerta a la visualización de realidades de la masculinidad que interactúan con los lectores.

Por otro lado, durante las últimas tres décadas los empeños puestos en la reivindicación de las concepciones de género, expresado en políticas concretas, ha puesto de manifiesto el hacer visibles la masculinidad y la feminidad como ejes de construcción delimitados. Es en dicha delimitación histórica donde muchas de las problemáticas que aquejan a las sociedades encuentran su origen. Tal es el caso del machismo o la violencia contra grupos vulnerables. Sumado a la cuestión es puntual tener en cuenta y hacer hincapié de que los géneros son categorías atravesadas por el poder, la clase social, el grupo étnico,

⁹⁰González, Martín, *Literatura y masculinidad en la primera modernidad mexicana: apuntes de investigación en torno a tres novelas del México independiente.*, p.159.

⁹¹ Carabí, Ángels, *op. cit.*, p.17.

el constructo gremial, entre otras categorías concretas. Estas, si bien influyen en la existencia de sociedades diversas, han sido un factor que abre la brecha entre grupos caracterizados por particularidades concretas, mismas que no cuentan con el mismo reconocimiento social o bien legal.

En esta lógica la importancia que toma la visualización de la masculinidad es un factor indispensable para enfrentar, prevenir y erradicar las problemáticas que aquejan a las sociedades en materia de género. Sumado a lo anterior, la necesaria demanda de una reinterpretación de los espacios y las políticas públicas y privadas en las que los seres humanos se mueven día con día, así como los retos que demanda la deconstrucción y reinterpretación del género manifiesta una nueva mirada a las relaciones y sentidos que los hombres y las mujeres se constituyen a sí mismos. Por lo tanto, se revela la posibilidad de visitar la literatura en función de una nueva reconfiguración, personal y colectiva de la masculinidad.

Considerar abordar la masculinidad en la literatura, enmarcada en una realidad concreta, misma que no es estática y genera un imaginario interpretativo entre diferentes grupos en el mundo, nos abre una posibilidad sumamente rica en elementos y matices, que van desde la construcción teórica hasta el desarrollo personal. Buscar visibilizar la masculinidad en una obra literaria expone al lector en cierta medida a los imaginarios e interpretaciones que el autor plasmó y construyó como realidad concreta, en este proceso de visibilidad nuestras categorías acerca de la masculinidad se enfrentan a dicho imaginario, provocando en cierta medida un momento particular para un cuestionamiento de la misma, y con ello una posibilidad para reconfigurar nuestra categoría acerca de ella. Cabe señalar que dicho proceso no se concreta sólo por el hecho de leer una obra. La intención y búsqueda de dicha categoría debe estar presente al acercarnos a ese imaginario construido por el autor.

Considero que el acento que se puso en la construcción literaria nacional del siglo XX es una veta de análisis poco explorada para el estudio de la masculinidad, ya que diversos autores con sus respectivas influencias esbozaron ciertas condiciones de la región, entre ellas la masculinidad. Rescato el acervo de escritores y pensadores, como Octavio Paz

y Juan Rulfo, cuyas obras son reflejo de cotidianidad y desde mi perspectiva una fuente de estudio axiológico de cierta realidad delimitada desde ciertas escalas de valor, mismas que pueden explorarse y categorizarse al pasar por el filtro del género, cuestión que abordaremos más adelante.

Ahora bien, a pesar de que los estudios de masculinidad en la literatura son relativamente nuevos en cuanto a delimitación y nombre, la descripción de la práctica de la masculinidad es un tema señalado ya con anterioridad. En el México del siglo XVII sor Juana Inés de la Cruz en su obra teatral *Los empeños de una Casa* señala puntualmente los rasgos y habilidades propios para cada género establecidos, traducidos en responsabilidades y deseos al interactuar y relacionarse entre ellos, lo que marca una abstracción de la naturalización de los géneros en ese momento concreto. A partir de ello podemos encontrar puntos de partida para retomar múltiples problemáticas que se manifiestan en torno a la herencia cultural y su delimitación binaria de los géneros. A pesar de que sor Juana señalaba dicha realidad, la construcción metodológica de los estudios de la masculinidad en la literatura, no vio la luz hasta la segunda mitad del siglo XX, en el marco de los *Men's studies* concretamente en la obra pionera *Manhood and the American Renaissance* del literato norteamericano David Leverenz.⁹²

Es cierto que los estudios de la masculinidad en la literatura mexicana son escasos. No obstante, existen referentes y experiencias de los cuales se puede partir para abordar la cuestión. En este sentido, Leverenz, basándose en los discursos teóricos del feminismo, el historicismo y el psicoanálisis, analizó las representaciones de la masculinidad en la literatura de autores norteamericanos que escribieron a mediados del siglo XIX previo a la Guerra de Secesión en su obra *Manhood and the American Renaissance* de 1989. Algunos textos analizados por Leverenz son: *La letra escarlata* (1851) de Nathaniel Hawthorne, *Moby-Dick* (1851) de Herman Melville, *La cabaña del tío Tom* (1852) de Harriet Beecher Stowe, *Hojas de hierba* (1853) de Walt Whitman, así como *La desobedecía civil* (1849) y *Walden* (1853) de Henry David Thoreau, entre otras obras, previas y posteriores a la Guerra Civil. Leverenz en sus análisis expone la configuración masculina codificada en la construcción de los personajes, sus inquietudes, conductas y relaciones ante problemáticas

⁹²Carabí, Àngels y Armengol Josep, *La masculinidad a debate*, p.66.

concretas desde una delimitación de la masculinidad propia de las sociedades angloparlantes. Abonando a esta idea, Àngels Carabí y Josep Armengol señalan que “David Leverenz ubica la masculinidad como un tema literario fundamental en los inicios de la literatura estadounidense.”⁹³ Sobre dicho planteamiento, Leverenz desarrolla su análisis citando obras literarias norteamericanas del siglo XIX en estrecha relación a una revisión puntual del contexto histórico en el que se desarrollan las mismas. Con ello, buscó exponer el modo en que los personajes asumen y expresan ideas concretas de la masculinidad Su trabajo es considerado obra fundacional en los escritos sobre la masculinidad en la literatura.⁹⁴

Con base en lo expuesto hasta aquí, problematizar los imaginarios heredados y aceptados que nos presenta la literatura resulta una oportunidad fructífera para visibilizar desde nuestra realidad esos rasgos que nos delimitan, inciden en la construcción de la identidad y en su caso, promover las exigencias contemporáneas en pro de la igualdad y la legitimidad de las nuevas identidades de género. El considerar la identidad masculina, desde una definición ontológica, decantaría en un rasgo acabado estático e inmutable, no obstante se parte de que la identidad masculina es un proceso siempre en cambio y jamás acabado, que se enfrenta a su realidad, pero siempre desde sus referentes históricos y culturales.

2.3 Masculinidad en la literatura. Los casos de *Pedro Páramo* y *El laberinto de la soledad*.

Partiendo de lo hasta aquí planteado, los estudios sobre masculinidad han buscado identificar la construcción tanto explícita como implícita de dicha categoría, explicándola y delimitándola en relación a sus contextos. Ahora bien, la masculinidad al ser un constructo humano problemático, se presenta inherentemente en la construcción de imaginarios concretos de las obras literarias, ya que como señala Raewyn Connell la “masculinidad es entendida como una configuración de las práctica cotidianas -de la vida diaria-, es substancialmente una construcción social. Masculinidad se refiere al cuerpo masculinos (algunas veces simbólicamente e indirectamente), pero no determinada por la biología

⁹³*Ibid.*, p.73.

⁹⁴Carabí, Àngels, *op. cit.*, p.23.

masculina.”⁹⁵. La categoría se compone de un conjunto de referentes interiorizados en las sociedades, los cuales se expresan mediante roles que desempeñan los sujetos enmarcados en una realidad. En este entendido la literatura mexicana no es la excepción. Bajo las líneas de los estudios de la masculinidad en la literatura es factible involucrarnos con una obra para exponer las problemáticas centrales de los estudios de género en diversos contextos.

En dicha lógica es factible el análisis de obras literarias pertenecientes a periodos concretos y movimientos intelectuales y políticos específicos, por decir, alguna etapa del virreinato, algunas obras permeadas por los ideales de México independiente, obras posteriores al movimiento de Revolución, obras situadas en el periodo nacionalista del país, o bien literatura mucho más contemporánea, entre otras muchas posibilidades.

Con base en lo anterior considero las líneas plasmadas en las obras literarias de Juan Rulfo y Octavio Paz, *Pedro Páramo* y *El laberinto de la soledad*, respectivamente, exponen concepciones en torno al tema, mismas que pretendo exponer y complejizar en función de sus momentos, dado el vasto calado de sus imaginarios en la cultura y semblanza nacional.

En función de lo anterior, la identidad masculina que matiza el culto al macho, entendido como el conjunto de ideas comprendidas en reglas no escritas que categorizan a un sujeto como hombre en México, es problematizada por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* describiendo el imaginario de la masculinidad mexicana moderna. Es puntual señalar que la obra comprende un conjunto de ensayos donde se expresan las preocupaciones del autor referente a lo mexicano. Es en particular en el ensayo “Mascaras mexicanas” en el cual me centraré, ya que en dicho ensayo Octavio Paz señala las normas que inciden en lo masculino y en lo femenino. Es en concreto este escrito donde el autor buscó profundizar en las reglas interiorizadas, no normativas, que permean al hombre.

⁹⁵Connell, Robert, *Masculinities*, p. 112. “Masculinity, understood as a configuration of practice in everyday life, is substantially a social construction. Masculinity refers to male bodies (sometimes symbolically and indirectly), but is not determined by male biology.”

Los ensayos que conforman *El laberinto de la soledad*⁹⁶ presentan diferentes problemáticas de la identidad de los mexicanos, su conducta, la interiorización de ciertos simbolismos, así como la lucha con el presente y con el pasado. La modernidad es el gran marco de referencia donde, considero, se lucha por buscar dar respuesta no a qué somos, sino al quién somos en la vida pública y privada en la que los hombres se enfrentan día a día en un mundo que se conformo de cierta manera.

De acuerdo con Manuel Ferrer-Chivite, retomando su crítica del *Laberintero de la soledad*, el texto de Paz manifiesta un planteamiento para entender la forma en la que el mexicano se relaciona con el mismo y con los otros. Ferrer describe el conjunto de ensayos como “una búsqueda de la esencia de lo mexicano, de todo aquello que constituye la base común del espíritu nacional”⁹⁷, análisis que Paz desarrolló a lo largo de nueve ensayos independientes que se articulan en función de lo que el autor interpreta como identidad del mexicano.

El argumento central de la obra sostiene que los rasgos, conductas y problemáticas propias del mexicano⁹⁸, como lo son su concepción de hombría, su relación con la vida y la muerte, su recelo por mostrarse ante los otros, el sentimiento de ser un sociedad fruto de la violación, así como la incorporación de ideales ajenos por medio de la imposición son el resultado del pasado particular de la región, mismo que relegó al mexicano a una condición particular que definió. Paz hace dicha lectura desde una perspectiva de crítica social, analizando la estructura social.

Paz concluye haciendo alusión al laberinto entendido como ese camino tortuoso, difícil y en ocasiones intransitable, donde al final puede hallarse la idea de redención, ya que “toda sociedad moribunda o en trance de esterilidad tiende a salvarse creando un mito de redención, que es también un mito de fertilidad, de creación”⁹⁹. Se conforma un ideal al que aspiramos llegar, un estado que se busca construir. Por tanto, comprendo el texto de

⁹⁶El laberinto de la soledad se publicó en 1950 con los nueve apartados principales, así como una reimpresión en 1969 donde Paz incorpora un postdata con tres ensayos más y otra más en 1975 que incorpora una entrevista que concedió Paz al periodista Claude Fell.

⁹⁷ Ferrer-Chivite, Manuel, *El laberinto mexicano en/de Juan Rulfo*, p.14.

⁹⁸ No debemos perder de vista, que si bien el planteamiento de Octavio Paz buscó expresar rasgos generales en la población, su análisis está enmarcado en las sociedades mexicanas posteriores a la Revolución.

⁹⁹Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p.89.

Paz como una invitación para el futuro. Dado que al identificar o construir ese mito de redención predispone la existencia de un punto al que podemos llegar e incentiva buscar caminos para hacerlo. Tener una idea concreta de sociedad ideal fundamenta las líneas de acción para buscar realizar cambios en las problemáticas que se presentan en la sociedad.

Ahora bien, en concreto el ensayo “Mascaras mexicanas” describe los procesos, conductas y simbolismos de hombres y mujeres ante un ideal establecido. La masculinidad histórica que se conforma en México es un constructo que toma un papel fundamental ya que media la vida de hombres y mujeres, dándole valor y categorías a las acciones y conductas realizadas desde este referente interiorizado. En esta dinámica, la máscara es la defensa que hacen los hombres para conducirse y no exponerse ante los otros. El sujeto es un “ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa”¹⁰⁰ con el fin de ser. Este actuar cotidiano, es un elemento que permite la cohesión de la sociedad. Al ser un referente cotidiano de las sociedades se naturalizan estas acciones y se consolida una masculinidad. Este proceso puede entenderse con mayor profundidad al ser leído como un *habitus* que Bourdieu describe como un esquema estructurado interiorizado, el cual es expresado por los sujetos inconscientemente mediante el actuar de sus cuerpos.¹⁰¹ Al ser expresado, se produce la reproducción ya que este elemento es expresado y adquirido por otros.

Los actos con los que se desenvuelven los hombres encubren todo tipo de masculinidades opuesta a la masculinidad del macho, la establecida, la que confiere fuerza y resistencia y niega al hombre como un ser de sentimientos, un ser que se abre ante los otros. Es decir, el imaginario de la masculinidad que problematiza Paz niega categóricamente toda manifestación de género, limita los roles y las posibilidades de hombres y mujeres a un espacio y momento concreto, ancla los cuerpos a meros instrumentos terminados y por tanto los cuerpos ajenos a esta construcción no son considerados como naturales. Es preciso señalar y considerar que los estudios de las ciencias naturales consideran que los rasgos morfológicos, fisiológicos y conductuales presentes en cualquier organismo, el ser humano no es la excepción, responden a procesos

¹⁰⁰ *Ibid.*, p.10.

¹⁰¹ Bourdieu, Pierre, *op. cit.*, p.59.

evolutivos. Por tanto, las conductas que como especie presentamos no son azarosas, se presentan a causa de un proceso evolutivo específico de la especie. En este marco, lo que las sociedades justifican como natural o no natural, simplemente no puede existir bajo los principios de la vida, ya que al existir y presentar una conducta no azarosa necesariamente se responde a elementos naturales propios de nuestra especie.¹⁰²

Con este planteamiento rescato algunas categorías que el autor expone como ejes que atraviesan la masculinidad histórica en México, misma que representa un patrón de seguridad pero que choca con la naturalidad de nuestro ser. Dicha masculinidad, si bien se ha ido sublimando con los años y varía de región a región, conserva algunos elementos inmersos en nuestras escalas de valor. El “no rajarse”, el secretismo y la confianza, la fuerza y el amor a la forma, son elementos se exponen como ejes fundamentales del constructo de masculinidad histórica.¹⁰³

Primeramente el rajarse constituye el eje central de la hombría que Paz describe como propia del mexicano. Rajarse es un verbo común expresado en nuestro país, muchas veces usado por la inercia del momento, no obstante siempre con una connotación que expone a la persona señalada y la posición como débil y temerosa carente de valor ante una acción. En términos de masculinidad el rajarse adquiere un sentido de vulnerabilidad, una acción que abre nuestro hermetismo, exponiendo algunos actos y emociones ante las personas. Cabe decir que no es una acción exclusiva de nuestros sentimientos, ya que como deja ver Octavio Paz atraviesa espacios y estados económicos, de salud e ideológicos.

Ante esta condición el hombre que se expone a la diferencia está condenado a ser señalado y es juzgado desde diferentes frentes sociales. Por tanto los sujetos se encubren y se envisten de elementos, actitudes para reflejar los rasgos del hombre viril, del macho, el que no “se raja”.¹⁰⁴ El rajarse constituye el eje en torno al perder o conservar la hombría, elemento fundamental para entender la masculinidad que delimita Paz. Ante todo, un hombre debe conservarse y moderarse dentro de los límites que demanda la sociedad en cuanto a su hombría. De lo contrario cae en el estigma de un ser rajado, elemento propio de

¹⁰² cf. Constantino Macías García y Alejandro Valero, “Evolución de comportamiento” pp.368-391.

¹⁰³ Paz, Octavio, *op. cit.*, pp.10-11.

¹⁰⁴ *Idem.*

las mujeres. En este marco cultural “el "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su "rajada", herida que jamás cicatriza.”¹⁰⁵

Este señalamiento es una advertencia clara a las masculinidades otras, y claro a las mujeres que por principio, sin tomar en cuenta la clase social o la efectividad para ejercer el poder en esta sociedad, están marcadas por el estigma de ser seres naturalmente rajados, disidentes de tal constructo de masculinidad. Es una condena que segmenta y categoriza a ser inferiores al hombre que no se raja, o dicho de otro modo el que mejor se enmascara.

Dicha segmentación marcada entre el ideal histórico y todas las construcciones que se alejan de este generaron una dinámica cotidiana que marca las relaciones con el medio. Dicho de otro modo: “El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo, y de los demás. Lejos, también de sí mismo.”¹⁰⁶ Es por tanto un ser que enmascara su realidad encubriéndose y construyéndose. Paz lo nombra como un ser que simula. “El -que-pretende ser lo que no es. Su actividad reclama una constante improvisación, un ir hacia adelante siempre, entre arenas movedizas. A cada minuto hay que rehacer, recrear, modificar el personaje que fingimos, hasta que llega un momento en que realidad y apariencia, mentira y verdad, se confunden.”¹⁰⁷

El proceso que conlleva el enmascarar todo comportamiento ajeno a la masculinidad histórica implica aprender a negar toda diferencia. Dicha máscara es la una construcción que incorpora hábitos y modos de entender y conducirse en la sociedad. No obstante, como se retomaba en líneas anteriores, al basar la construcción de la categoría en un ideal incorporándolo a los actos antepone el conflicto entre dicha construcción y la construcción que se suprime.

Con lo hasta aquí vertido podemos decir que el no rajarse conlleva el ausentarse del ser dada la cara que se busca exponer y la que se busca ocultar. Como consecuencia de tal

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 15.

renuncia y la constante reproducción de la misma, se nutrió la brecha de desigualdad entre los sexos ante el constante señalamiento de las diferencias. Por consiguiente, se arraigó la violencia en diferentes espacios y niveles para los géneros negados por la sociedad.

Ahora bien, el segundo eje que Paz describe para la conformación de la masculinidad histórica alude a que el hombre mexicano debe ser ante todo cauto con los secretos y confianzas guardando celosamente los secretos con el fin de no abrir y exponer a los otros al escrutinio público. Esto es un acto de fraternidad que asegura y protege. Recordemos que “el "macho" es un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz de guardarse y guardar lo que se le confía”¹⁰⁸ como acto solidario. No obstante, la confianza fraterna es una forma de exponerse al abrirse. Partiendo de tal entendido Paz describe que las “relaciones con los otros hombres también están teñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se "abre", abdica.”¹⁰⁹ Paz utiliza el término abdicación, ya que el hombre abdica a serlo ante su confidente, es decir, el hombre que confía su interioridad se vende y queda vulnerable al renunciar a su libertad. Queda vulnerable ante otro que sabe de su debilidad. En otras palabras, en el marco de la masculinidad histórica que describe el autor se deshonra y se raja.

Ante ello, la masculinidad mexicana se vive con un poco de desconfianza, de sospecha, de reserva ante los otros. En este marco, el hombre no puede darse el privilegio de quedar expuesto. Al hacerlo se condena a una vida de inseguridad siempre con el temor a que su confesor revele lo que se encubre o simula. El hombre, consecuentemente, debe medir sus acciones y confianzas y con ello no permitir darle el control a otros de su hombría. Evitando abrirse con los prójimos se preserva por decirlo de algún modo el *statu quo* de lo que significa e implica ser hombre. Al revelar el interior la “integridad masculina corre tanto peligro ante la benevolencia como ante la hostilidad. Toda abertura de nuestro ser entraña una dimisión de nuestra hombría.”¹¹⁰ Es decir la cara que el hombre debe dar ante la sociedad corre peligro ante el ataque de los otros como con la flaqueza de nuestra

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 11.

¹⁰⁹ *Idem.*

¹¹⁰ *Ibid.*, p.10.

apertura. El prevalecer ante estos aspectos manifiesta lo que Paz considera la fuerza mexicana, elemento que será abordado más adelante.

Concluyendo con el elemento vale la pena considera que si bien la masculinidad que describe Paz implica un trabajo de construcción personal, la construcción de la categoría no se restringe al plano individual. Ya que la categoría cobra fuerza al incorporar códigos y parámetros concretos del imaginario social, mismos que contemplan la forma de relacionarse con la misma categoría. La masculinidad histórica contempla la forma en que los hombres, masculinos, interactuaran con otros que comparten y asumen la misma masculinidad.

Por otro lado, el tercer elemento de conformación que Paz esboza radica en la fuerza del hombre mexicano al afrontar con entereza el ataque constante. En esta lógica, la fortaleza radica en el estado emocional y corporal en el que los hombres se posicionan ante los ataques de los otros, ya sea del interior o exterior de nuestras fronteras.

En dicho entendido, Octavio Paz marca una diferencia concreta con los hombres de otros contextos y los mexicanos, donde “el ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; -mientras que los mexicanos- acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque.”¹¹¹ Por ello la distinción de la fuerza que enmarca a la masculinidad del mexicano consiste en la defensiva constante de su ser, mientras que en otros modelos de masculinidad la fuerza radica en el ataque constante como el rasgo principal. Ambas concepciones se retoman como valor que se venera.

Es desde este referente donde muchas de las prácticas cotidianas que marcan la cultura de la sociedad mexicana cobran sentido. Tal es el caso del albur, un elaborado juego de palabras destinado a la defensa de la intimidad al satirizar mediante un ataque verbal las debilidades o brechas que exponen los sujetos de su hombría.¹¹² Ante este ataque, es bien visto y se venera la forma en la que el otro se defiende sin inmutación ante la afrenta contra su hombría. Al hacerlo se responde con un juego de palabras que repele el ataque principal

¹¹¹*Ibid.*, p. 11.

¹¹²Gutmann en *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón* señala el albur en sus análisis de las masculinidades en el barrio de Santo Domingo. Cabe señalar que el albur es una práctica común en gran parte de los barrios populares de la Ciudad de México.

más allá de combatirlo por la fuerza. El albur es un ejemplo perfecto donde se muestra como el mejor ataque es la defensa de la propia intimidad. Sumando a la cuestión, Octavio Paz retoma el albur como un elaborado juego lingüístico que transparenta en las palabras una ambigua concepción entorno a la masculinidad y sus roles. En dicho sentido “el homosexualismo masculino es considerado con cierta indulgencia, por lo que toca al agente -que asume el rol- activo. El pasivo, al contrario, es un ser degradado y abyecto.”¹¹³ Dicha concepción marca los parámetros en la práctica del albur, donde “el homosexualismo masculino es tolerado, a condición de que se trate de una violación del agente pasivo”¹¹⁴ al lograr mantener una defensa del estatus activo.

En este orden de ideas la defensa constante de la masculinidad se asume como una labor constante en la que se valora, como señala Paz, el estoicismo ante el ataque. “El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas.”¹¹⁵ La forma en la que responde la mente y cuerpo ante actos agresivos ante todo debe conducir a enfrentar la adversidad con entereza y dignidad.

La idealización de la masculinidad del mexicano compone nociones particulares de la práctica de la categoría. Dichas nociones están compuestas de representaciones concretas de referentes mitificados. Es por ello que en la sociedad mexicana se valoran referentes de virtudes propias de nuestra historia, mismas que resaltan las vidas y hazañas de sujetos dotados de entereza ante la adversidad. Tal mitificación de personajes como paladines de la nación resalta la imagen hombres que no se rajan ante el peligro, ejemplos de estoicismo ante la adversidad que sufrieron con honor la derrota y en menor medida la victoria. La noción idealizada del género masculino se adaptó en la personificación de la vida de los héroes mexicanos.

Por tanto, el rasgo defensivo que se le atribuye a la fuerza resulta en una actividad constante en la vida de los sujetos que buscan emular la masculinidad idealizada que describe Paz. Si bien dicho rasgo implica adquirir una postura ante el entorno traducida en asumir una concreta respuesta ante un agente que embate, la postura de defensa implica una

¹¹³Paz, Octavio, *op. cit.*, p. 14.

¹¹⁴*Idem.*

¹¹⁵*Ibid.*, p. 11.

constante adaptación y reconfiguración de la misma ante los otros. Ya que el ataque es un factor constante que proviene de diversas fuentes en la sociedad. En otras palabras fuerza masculina implica un medio cuya acción determina los fines de la masculinidad del mexicano.

Finalmente, Paz señala que a la par de los tres ejes expuestos anteriormente, la masculinidad del mexicano se sustenta en el amor a la forma, a lo concreto y al orden, implicando una percepción del mundo desde un resguardo total de las emociones. Por ello la masculinidad se enmarca en una realidad donde se aspira a vivir bajo un orden establecido, mismo que antepone las escalas de valor de lo que es asumido como correcto e incorrecto.

En este orden de ideas, la percepción de las formas establecidas se sedimenta en la costumbre transmitida por las generaciones, lo que conforma la tradición “que es una de las constantes de nuestro ser y lo que da coherencia y antigüedad a nuestro pueblo”¹¹⁶. La constancia de lo establecido en la seguridad de nuestra tradición antepone el seguimiento y veneración de las formas ideales del ser mexicano, carácter que atraviesa a nuestro ser político. La toma de decisiones como parte de un grupo particular inminentemente esta permeado por la idealización de las formas.

Los referentes ideales implican que el sujeto se desenvuelva en un mundo de hábitos, donde dadas las condiciones que conforman el día a día se establece un formulismo concreto, anteponiendo el preservar la imagen pública sobre todo lo demás. En este sentido “no rajarse”, abrirse y exponerse cobra una dimensión desde el orden de lo delimitado y normado socialmente. Dado que “la preeminencia de lo cerrado frente a lo abierto no se manifiesta sólo como impasibilidad y desconfianza, ironía y recelo, sino como amor a la forma. Ésta contiene y encierra a la intimidad, impide sus excesos, reprime sus explosiones, la separa y aísla, la preserva.”¹¹⁷ Se construye todo un código ético del mexicano, donde lo masculino está apuntalado por estos ejes tan endebles, donde la línea entre el abrirse o preservarse juega un papel que media la construcción de la masculinidad del mexicano.

¹¹⁶*Idem.*

¹¹⁷*Idem.*

La línea que separa el abrirse del preservarse resulta en la incorporación y negación de conductas y actitudes que generan un estado de tensión entre lo que es y lo que se busca ser. Retomo brevemente el estado de simulación, construcción que se elabora para buscar ser lo que se espera de un hombre, mismo que está destinado a negar su verdadera condición, ya que “simular es inventar o, mejor, aparentar y así eludir nuestra condición”¹¹⁸

Es tal la interiorización del personaje que se busca exponer, que los rasgos del mismo se asumen hasta las últimas consecuencias. No obstante, dicha construcción se presenta inminentemente en los terrenos de la ficción “parte inseparable y espuria de su ser: -el simulador- está condenado a representar toda su vida, porque entre su personaje y él se ha establecido una complicidad que nada puede romper, excepto la muerte o el sacrificio.”¹¹⁹

Ahora bien, Paz señala que no todos los hombres logran o asumen el estado de simulación de las formas entorno a la masculinidad. Por esto señala un estado alternativo a la simulación, el hombre que disimula. El disimulo es un acto complejo en el que el hombre simplemente no renuncia y sublima su ser, sino que lo guarda para sí, lo oculta a los otros y lo vive en silencio. Paz señala que “la disimulación exige mayor sutileza -que la simulación-: el que disimula no representa, sino que quiere hacer invisible, pasar desapercibido.”¹²⁰ Dicho estado implica un conocimiento concreto de las formas legitimadas del contexto, así como un aprendizaje de las mismas. En otras palabras, el que disimula aprende a resguardarse de la opinión pública.

Si bien el disimulo evita abrirse y exponerse ante los otros, el asumir dicho estado implica un costo sobre la identidad. Al respecto, Paz plantea una sentencia concreta, el disimular es casi dejar de ser, perderse y pasar desapercibido. Simplemente se encamina al mimetismo, ya que “se disimula tanto su humana singularidad que acaba por abolirla; y se vuelve piedra, pirú, muro, silencio: espacio.”¹²¹ Es tal la mimesis, que el sujeto se aparta y

¹¹⁸*Ibid.*, p.15.

¹¹⁹*Idem.*

¹²⁰*Idem.*

¹²¹*Ibid.*, p. 16.

se niega de la vista de los otros, o bien, ¿hasta qué punto no apartamos de nuestra propia óptica?, problema identitario que ha permeado la construcción de los sujetos.

Paz señala al indio, sector que lleva una condena social al disimularse o bien mimetizarse. Particularmente considero que la mimesis no es un estado exclusivo de este sector étnico. Fue y es una constante que nos atraviesa como sociedad y se vive y asume de diversas maneras. Como en cualquier sociedad, en México se conformó todo un ceremonial implícito, enseñado formalmente e informalmente aprendido con la experiencia cotidiana. En ella se vierten múltiples actores todos cargando su máscaras buscando pasar desapercibidos y no exponerse al ojo de la opinión pública. En dicha dinámica las masculinidades alternas se encubren y en consecuencia los sujetos pierden un poco de su ser al retomar un papel prefabricado que rige las relaciones, los criterios y gustos, por nombrar algunos aspectos cotidianos. Al negar su humana singularidad se aparta y se niega ante las personas. Ante ello, ¿realmente se vive bajo estos criterios? Asumiendo que vivir es el acto de irnos conformando en nuestro y otros medios. Es una pregunta que invita a considerar esos vestigios de la masculinidad y abstraerlos, hacerlos visibles.

Concretando el punto, la relación del mexicano con las formas establecidas constituye un eje puntual para visibilizar en las tradiciones arraigadas de la sociedad rasgos que han dado forma a la idea idealizada de la masculinidad. En función de ello, *El laberinto de la soledad* busca exponer concretamente la complejidad de elementos que articularon la idea del mexicano, escavando en la tradición y la historia con el fin de apuntar el porqué de los rasgos que componen dicha idea. Si bien la masculinidad no comprende el eje central de la obra, de ella es posible abstraer vestigios concretos para delimitar la categoría en un momento concreto, como se realizó en las pasadas líneas, dada la naturalidad de las temáticas que describe Paz en torno a la construcción de hombres y mujeres.

Las categorías retomadas anteriormente fueron utilizadas por Paz para señalar la existencia de un ideal de hombre mexicano completo y socialmente legitimado al asumir los elementos expuestos, claramente diferenciado del que no lo hace. Para fines de la presente disertación, dichas categorías son retomadas para abstraer una forma de entender la masculinidad. En este orden de ideas la masculinidad ha sido entendida como un fin y un

medio al importar el proceso cotidiano de construcción tanto como el fin último, el no exponerse. Es decir, la masculinidad toma un carácter que fundamenta la vivencia con el fin de mantener un estatus.

En otras palabras, la identidad masculina que Paz señala es una construcción externa a la condición biológica, ya que es condicionada por interpretaciones humanas arraigadas en las tradiciones y complejizadas por dinámicas sociales a lo largo de la historia. No obstante, el sexo biológico cobra relevancia en las concepciones de género al orientar y conferir ciertos ideales a los hombres y a las mujeres desde sus cuerpos. Paz describe las condiciones concretas mediante las cuales se ha sedimentado a las mujeres como sexo y consiguiente género relegado ante los hombres desde una justificación esencialista arraigada en la cultura. En dicho sentido, Paz apunta que la mujer en la sociedad mexicana es por principio “un ser rajado” siempre vulnerable y expuesta al mundo. Dicha condición encarna el principio de la idealización femenina en México, el de la mujer sufrida, donde la vulnerabilidad se transforma en la más alta de las virtudes propias de la mujer. El ídolo es un ser que “se transforma en víctima, pero en víctima endurecida e insensible al sufrimiento, encallecida a fuerza de sufrir. Por obra del sufrimiento, las mujeres se vuelven como los hombres: invulnerables, impasibles y estoicas.”¹²² Tanto como en la idealización de la masculinidad, la construcción del deber ser de la mujer en México encierra un serie de hábitos y roles que delimitan las relaciones con los otros, en particular con la contraparte sexual, los hombres.

Apuntando a la cuestión, es importante contar con la noción que sustenta el ideal de la mujer mexicana. Al respecto retomo la consideración que Paz destaca. La mexicana es un ser sumido ante la voluntad del hombre, dado que no tiene potencial creador, sino un potencial de continuidad, ya que “en la vida diaria su función consiste en hacer imperar la ley y el orden, la piedad y la dulzura”¹²³, es decir, el fin particular de dicha construcción implica que la mujer vele por sostener las formas establecidas en la sociedad, apeándose a ellas. Dicha noción, independiente de fundamentar la figura ideal de la mujer mexicana, nos aporta vías para delimitar y visibilizar el constructo de masculinidad al exponer las

¹²²*Ibid.*, p. 14.

¹²³*Idem.*

diferencias entre los géneros idealizados, así como las nociones jerárquicas que anteponen a la masculinidad del mexicano en un nicho potencialmente privilegiado en relación a los otros géneros presentes en la región. Dicha consideración está concretizada en las reglas implícitas de conducta de nuestras sociedades, mismas que las luchas y empeños de diversos movimientos e iniciativas, como se retomaba en el capítulo anterior, han buscado desintegrar.

Ahora bien, como se ha apuntado hasta este momento, partir de la clasificación sexual para construir las nociones de los géneros ha sido una constante relevante en los grupos sociales al influir en las formas establecidas, los espacios y las nociones para relacionarse con los otros. Partir de la clasificación sexual binaria para proyectar la construcción de los géneros, considero, no representa en sí el problema central de los géneros hegemónicos. Desde mi perspectiva, la problemática radica en considerar a los géneros como facetas naturales propias de cada sexo y en función de ello establecerlos como marco de referencia único. Por natural me refiero a asumir como factores biológicos propias de la especie a las características, conductas y rutinas asociadas a los géneros.

Sumando a la cuestión, el vínculo entre la categoría sexual binaria y las construcciones de género fue y sigue siendo una constante presente en la mayoría de las culturas del mundo. No obstante, a dicha generalidad cada cultura ha impregnado particularidades específicas a sus construcciones de género vinculadas al sexo, particularidades que responden múltiples elementos que han dado cara a cada cultura en específico. En esta línea, contemplar los procesos de conformación de los género resulta en una labor fértil al abordar problemáticas concretas en relación a las nociones de género, mismas que van desde cuestiones conceptuales hasta dinámicas particulares.

Ahora bien, el género en tanto construcción social responde a cuestiones no azarosas, es decir, es plenamente construido a partir de sistemas particulares de organización social. Judith Butler en *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad* delimitó la cuestión al concebir y pensar la construcción de género alejándola de los principios naturales, afirmando que “el género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas dentro de un marco regulador que se inmoviliza con el

tiempo para crear la apariencia de sustancia.”¹²⁴ El género es un conjunto de estándares maleables que se arraigan y se hacen propios. Es mediante la repetición constante de las conductas, gustos, roles y demás características que conforman el género que en ocasiones pareciera ser una cuestión estática, característica que nutre la consideración del género como atributo natural y acabado. Al respecto, Butler señala que “aunque el género parezca congelarse en las formas más reificadas, el «congelamiento» en si es una práctica persistente y maliciosa, mantenida y regulada por distintos medios sociales.”¹²⁵ Considerar al género como cuestión terminada y estática conlleva una intención puntual que encamina a la configuración de un orden establecido. Sumando a esta idea, *El laberinto de la soledad*, como se presentó en las líneas anteriores, expone implícitamente una noción particular de géneros intencionalmente establecido en México, la cual permeó las relaciones y dinámicas en espacios concretos. Cabe apuntar que la noción idealizada y establecida de los géneros en México debe retomarse con cautela, ya que si bien la idealización de los géneros está presente y unida al rasgo identitario nacional del mexicano, esta idea se ajusta, o no, a la diversidad cultural del territorio que denominamos México.

Es pertinente señalar que la construcción del género e identidad masculina en las sociedades es el acento que busca resaltar los estudios sobre la masculinidad en periodos, obras, acciones, o bien, políticas concretos. En el caso de la presente disertación y para fines de las obras que aborda, el periodo pos revolucionario y su construcción nacionalista.

Ahora bien, existen múltiples referentes que abordan los vínculos entre la construcción de género y el proyecto nacionalista en México. En concreto rescato *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo* de Héctor Domínguez Ruvalcaba, donde se abordan algunas construcciones de la masculinidad inmersas en el imaginario cultural del los mexicanos, retomando la cuestión desde las subversiones, tensiones y negaciones de la categoría en relación con los proyectos de Estado desde finales del siglo XIX. Dicho texto recupera las idealizaciones y negaciones que desde el porfiriato fueron configurando a lo masculino impregnándose en la música y otras expresiones artísticas como referentes

¹²⁴Butler, Judith., *op. cit.*, p. 98.

¹²⁵*Ibid.*, p. 99.

ideológicos que segmentaron la concepción de hombre mexicano, es decir, la escala de valor donde los varones eran más masculinos si se apegaban a ciertos modos de conducta. De igual forma rescato el texto *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934* de Elisa Muñiz, el cual centra su argumento en las prácticas discursivas que dan forma a las construcciones de género articulando la historia política y la historia de las diferencias de género en el periodo denominado maximato, el cual es comprendido por la injerencia de Plutarco Elías Calles en la construcción de un Estado no imparcial en tanto a las relaciones de género. Ya que desde el discurso oficial de dicho bloque político se permeó el imaginario en torno a la masculinidad a partir de nociones consideradas adecuadas.

Delimitar en general los fines del movimiento nacionalista es esencial para concretar un contexto general en el que se expresan y construyen los imaginarios de la masculinidad y con ello apuntar a una visualización de la categoría delimitada en este periodo. En dicho orden de ideas, buena parte del siglo XX en México se buscó construir una identidad homogénea de lo nacional resaltando elementos y matices que dieron sustento a la significación de “lo mexicano”. Así se consolidó un proyecto de Estadonación que hasta hoy podemos identificar en nuestro entorno. El movimiento nacionalista se consolidó como un proyecto integral posterior a la Revolución, donde destacan iniciativas de carácter artístico, institucional y educativo como el muralismo, o bien, el libro de texto gratuito, ya en el clímax del movimiento en el periodo presidencial de López Mateos (1958-1964) con la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (CONALITEG) en 1959,¹²⁶ buscando la homogenización de contenidos en las aulas y la cobertura en todo el país. En este marco, y por primera vez, “el Estado mexicano señalaba sus críticos, no sólo unificaba contenidos, sino que se atribuía funciones de autor, editor, impresor y distribuidor,”¹²⁷ En el marco del proyecto nacional, el Estado homogenizó y monopolizó los fines, significados y contenidos con los que los niños se formaron en las aulas.

¹²⁶Cf. Ixba Alejos, Elizer, *La creación del libro de texto gratuito en México (1959) y su impacto en la industria editorial de su tiempo: Autores y editoriales de ascendencia española*, p.1190.

¹²⁷*Idem.*

Es en este contexto, producto del nacionalismo revolucionario, que buena parte de la literatura sobre “lo mexicano” buscó explicar la identidad del país, desde la filosofía, la historia, la sociología, y el arte. Con base en ello, Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* buscó develar incógnitas que dan sustento al actuar de los mexicanos pariendo del pasado. Pese a la intención y finalidad con la que surgió la obra, el texto fue retomado y “convertido en libro de texto en las escuelas públicas de educación media y superior, contribuyendo a recrear los elementos de identidad”¹²⁸ que buscaba resaltar el nacionalismo en la sociedad mexicana. No obstante, en un segundo momento el conjunto de ensayos de Paz sirvió para hacer explícita la crítica a los fines del nacionalismo y la retórica implícita para fines políticos, noción que se retoma para la presente disertación.

La obra de Octavio Paz otorgó un lugar de honor al arquetipo del mexicano marcado por su pasado colonial y su papel en la historia como oprimido. Retomar dicha consideración es indispensable para entender la delimitación de sujeto, hombre mexicano, que propuso problematizar Paz. Como se realizó en las líneas pasadas, de dicha delimitación es posible abstraer ciertas nociones de masculinidad, categoría particular que atravesó al sujeto que expone la autor, y por tanto implícitamente se arraigó en los referentes cotidianos vinculados al ser hombre en el país. Por ello, *El laberinto de la soledad* es una obra fértil para visibilizar la masculinidad desde un orden categórico del proyecto nacional.

La obra de Paz resulta un trabajo que mira a los sujetos como resultado de una historia. Esta posibilidad resalta los matices y particularidades de los diversos constructos masculinos dentro del país marginados por la construcción hegemónica. Ya que el proyecto nacional referido buscó expresar una cara concreta del ser hombre y ser mujer mexicanos, pasando por alto las dinámicas de los mexicanos y las mexicanas en lo local y en un marco amplio de realidades dentro del país.

En otro orden de ideas, los novelistas mexicanos han construido realidades descriptivas de la realidad nacional, plasmando concepciones concretas de la masculinidad

¹²⁸Vizcaíno, Fernando, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*, p.18.

y la feminidad. La vida la Ciudad de México, las dinámicas del día a día para los adolescentes, los matices de las prostitutas en cierto espacio, la dinámica de la vida del campo, el choque entre lo rural y lo urbano, entre otros escenarios, fueron los marcos en los cuales se desenvuelven las historias construidas por los escritores donde se viven y se exponen ciertos criterios de la masculinidad.

Tal es caso del escritor Juan Rulfo quien construye las realidades de sus obras retomando elementos propios de regiones del México posterior a la Revolución y de su vida misma desarrollando la trama central de sus obras al entretener elementos de corte fantástico,¹²⁹ lo que posiciona al autor como uno de los máximos exponentes del realismo mágico. Tal es el caso de la novela *Pedro Páramo*, publicada en 1955, obra más célebre y revisitada desde diversos ejes, como la lingüística, la historia, o la antropología. En la obra, la trama principal está situada con un contexto posrevolucionario de fondo, que si bien no es parte del elemento central de la trama, constituye un eje que no debemos perder de vista al introducirse en la obra.

La obra está construida por fragmentos separados, donde los cambios de tiempo son abruptos o bien siguen una secuencia, elemento que posicionó a la obra como vanguardista al romper con el estilo literario. La obra presenta diversas historias y momentos que se entrelazan por diversos elementos, sin marcar una cronología lineal, donde los personajes interactúan a pesar de que no corresponden al mismo tiempo. Cabe señalar que en palabras del mismo Juan Rulfo, el personaje central de la obra no es Pedro Páramo, como Rulfo hizo explícito ante Joseph Sommers, “hay que notar que algunos críticos toman como personaje central a Pedro Páramo. En realidad es el pueblo –Comala-. Es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aun quien narra está muerto.”¹³⁰ Dicho supuesto nos permite ir centrado la delimitación de la masculinidad, no como un elemento propio de un individuo, sino de una construcción de sujeto arraigado en un contexto específico.

¹²⁹Sommers, Joseph, "Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)", pp.6-7.

¹³⁰*Ibid.*, p. 6.

Pedro Páramo surge en un momento concreto de cambio muy específico para el país, ya que la dinámica social en México durante la década de los cincuenta encerró procesos de creación y reestructura en diferentes espacios cotidianos. Dichas formas de relación con los espacios, las instituciones y las personas segmentadas en un concreto orden de clases cambiaron radicalmente la cara del país. En este marco, por un lado se consolidaron gran parte de las estructuras del Estado resolviendo muchas de las problemáticas gestadas durante el siglo XIX, como parte de las desigualdades sociales, las nulas garantías individuales para buena parte de la población, la inestabilidad política y finalmente la dictadura porfirista, problemáticas expuestas con los movimientos revolucionarios. Por otro lado, el impulso modernizador del país trajo consigo una reconfiguración de la identidad nacional. Como se ha expuesto anteriormente, esto marcó el ritmo de las relaciones interpersonales e interpersonales de los sujetos, surgiendo problemáticas nuevas entre los vestigios de dinámicas culturales pre y pos revolucionarias y la identidad mexicana moderna.

Ahora bien, como se ha expuesto, el género es una construcción implícita en la realidad de un contexto específico. Por otro lado, el género ha constituido un recurso fundamental para construir un imaginario literario. Es decir, en la literatura el género de los sujetos se vuelve tema al formar parte implícita de las dinámicas en la obra, dando cara al imaginario expuesto al lector. *Pedro Páramo* presenta una construcción de personajes con géneros concretos, abstraídos desde sus relaciones con los otros y las otras. La novela, desde mi perspectiva, muestra diversas problemáticas en torno a la masculinidad, mismas que al ser expuestas construyen ejes que delimitan la realidad de la obra. Es decir, las figuras masculinas que expone la novela pueden revelar una imagen más integral al exponer en acciones concretas la imagen de la masculinidad asumida y llevada a cabo en relación a la norma social del debe ser.

En este marco, las relaciones expuestas en la novela son un eje fundamental para delimitar la masculinidad de los personajes traducidos en acciones concretas que lo caracterizan. Las relaciones que pueden ser expuestas son numerosas y consistentes a la masculinidad nacional buscada por el Estado, la cual se expuso anteriormente con base en el análisis de *El laberinto de la soledad*. En función de ello, en las siguientes líneas se

plantean dos problemáticas que identifico como principales en torno a las relaciones en la novela de Juan Rulfo. Por un lado, la de Pedro Páramo y la tierra y en segundo lugar la relación con su construcción familiar. Esto se expone con miras a identificar algunos ejes que delimitan la conformación y expresión de la masculinidad.

Primeramente, la relación de los mexicanos con la tierra es una característica que ha vertido muchas líneas al respecto. Desde el periodo precolombino la tierra cobra un valor fundamental en los grupos mesoamericanos, característica que delimitó la cosmovisión de los pueblos y ha estado presente a lo largo de la historia de los mexicanos.¹³¹ Con el choque cultural de dos mundos durante la conquista y el posterior virreinato, la concepción de la tierra se enfrenta a un contraste radical de dos imaginarios, uno entendido como el valor que se vincula al control que ejerce quien posee la tierra, en constante con el imaginario indígena que la concibe como el espacio al que pertenecemos no al que dominamos. Dicho contraste fue una de las causas que avivaron los levantamiento de Revolución ante el despojo y explotación del espacio y de la gente que lo habita.

En función de dicho tema, la novela *Pedro Páramo* delimita la trama al manejo y relación con la tierra, misma donde Pedro Paramo es cacique y sus actos y voluntad permean la vida de los habitantes del lugar, situación y posición donde puede influir dado el poder que ostenta sobre la comunidad.

El cacique es aquella persona que ejerce un poder abusivo sobre una comunidad concreta o un grupo de personas en específico al influir excesivamente en los asuntos políticos del lugar. En función de lo dicho, Pedro Páramo cumple concretamente con la definición señalada, ya que ejerce un poder absoluto sobre la economía y la tierra de Comala y al hacerlo ejerce un dominio sobre los habitantes. Ostentar dicho estatus implica asumir todo un conjunto de formas adecuadas para poder mantenerlo. Como se señalaba anteriormente, al retomar el eje planteado por Octavio Paz en cuanto a la forma, la postura del hombre mexicano implica asumir una percepción del mundo desde un resguardo total de las emociones, ya que éstas no compaginan con el ideal establecido del hombre. Pedro Páramo asume las nociones consideradas formas “correctas” del ser hombre

¹³¹Delgado, Gloria, *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*, p.9.

resguardándose del mundo con el fin de no rajarse, o bien, no exponerse a rajarse y abrirse ante los otros, cuestión que afectaría su imagen de hombre y así la sutil línea entre el respeto y el miedo, factores que le permitieron tener control sobre la región.

Sumado a dicha noción, si bien Pedro se aísla físicamente de los habitantes de Comala, él hace explícita su influencia mediante su relación laboral con Fulgor Sedano, quien media las relaciones de Pedro con el pueblo al ser relevado de sus funciones de administrador de la Media Luna. Como se hace constar en los fragmentos veinte, veintidós y veintitrés, la función de Fulgor consiste en hacer las gestiones para que Pedro pueda apoderarse de tierra. Es Fulgor quien arregla el matrimonio de Pedro por bienes mancomunados con Dolores Preciado para saldar su deuda y tener acceso a su tierra, engañándola con un falso interés amoroso por parte de Pedro. El engaño se resume en esta línea de la novela: “Fue muy fácil encampanarse a la Dolores. Si hasta le relumbraron los ojos y se le descompuso la cara.”¹³² De igual forma fue Fulgor quien acomodó la ley para poder apoderarse de otras tierras como se hace explícito en las siguientes líneas “¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. [...]Le levantas un acta acusándolo de usufructo o de lo que a ti se te ocurra”.¹³³

En concreto, la relación que el personaje Pedro Páramo tiene con la tierra, considero es una relación íntima de la cual se retroalimenta para consolidar su masculinidad, ya que al fortalecer su dominio sobre ella surge la necesidad de comportarse de acuerdo a lo que la norma de lo correcto para la masculinidad idealizada del mexicano implica. Como se hace constar, el valor que el personaje da a las personas de Comala es el de meros recursos o medios para perseguir su fin. Por otra parte las personas del pueblo también son vistas como obstáculos que impiden o hacen peligrar su estatus de hombre, en términos de la masculinidad idealizada. Por esto Pedro lida con ellos despojándolos y así dominarlos.

Ahora bien, la segunda problemática radica en torno a las relaciones familiares de Pedro Páramo. En la novela se van articulando diferentes momentos de la vida del cacique que permiten develar aspectos de su conformación masculina. En primera instancia, en los

¹³²Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, 41.

¹³³*Ibid.*, p.43.

fragmento siete y ocho¹³⁴ de la novela se hace explícita la juventud de Pedro a cargo de su madre y su abuela,¹³⁵ ambas viudas, quienes administraban a manera de matriarcado¹³⁶ todos los aspectos en relación a la Media Luna (el cacicazgo de la familia Páramo) y a la vida del joven Pedro Páramo, tal como se muestra en la trama de dichos fragmentos al mediar todas las actividades y tareas asignadas a Pedro.

La novela hace mención a su padre quien es asesinado en una boda por una bala perdida, cuestión que la madre comunica a Pedro durante el fragmento trece, en el cual Rulfo delimita a partir de la narrativa como un momento vulnerable para la madre y para el propio Pedro como se muestra en las siguientes líneas: “Y luego, como si se le hubieran soltado los resortes de su pena se dio vuelta sobre sí misma un y otra vez, una y otra vez, hasta que algunas manos llegaron hasta sus hombros y lograron detener el rebullir de su cuerpo”¹³⁷. Dicho fragmento, desde mi perspectiva, es crucial porque señala el momento de un gran cambio en la vida de Pedro Páramo.

Ante tal situación se expone un descontrol violento por parte de la madre y es allí donde el joven Pedro Páramo muestra su vulnerable condición, es decir, se abre y expresa sus emociones. Este rasgo como veíamos con Octavio Paz es un acto de doblegarse y rajarse implicando una violación emocional en la que se permite que el exterior vea el interior de la persona. Este es el precedente que desencadena una lucha interna en Pedro, misma que lo lleva a buscar resarcir su apertura al mundo, su rajada, por medio de actos violentos como podemos constatar en el fragmento cuarenta y cuatro. En este, Dorotea narra a Juan Preciado en la tumba el suceso cometido contra un grupo de personas y contra unas rancherías destinadas al olvido dos meses después de la muerte de Lucas Páramo: “Y como nunca se supo de dónde había salido la bala que le pegó a él –a Lucas Páramo-, Pedro Páramo arrasó parejo. Esto fue allá en el cerro de Vilmayo, donde estaban unos ranchos de los que ya no queda ni el rastro”¹³⁸. Con esta acción Pedro Páramo recobra su estatus de

¹³⁴ *Ibid.*, pp. 14-17.

¹³⁵ Debido a la cronología difícil de los fragmentos de la novela, y a la nula mención, es casi imposible determinar la edad concreta de Pedro Páramo durante los fragmentos siete y ocho.

¹³⁶ El matriarcado se refiere a un tipo de organización social, particularmente familiar, en el que las mujeres, en concreto la madre de mayor jerarquía, ejerce un rol central en tanto al liderazgo de un grupo específico.

¹³⁷ Rulfo, Juan, *op. cit.*, p. 27.

¹³⁸ *Ibid.*, pp.84-85.

hombre que *no se raja* y consolida su predominio y autoridad sobre la tierra y habitantes de Comala.

Sumado a lo anterior, Pedro como ser humano se retroalimenta de su pasado. Es un ser que responde a las experiencias de interacción con su madre al morir su padre, misma que es presentada como un fugaz recuerdo en la narración que realiza Pedro sobre ella. Al respecto, su madre se caracteriza por el constante sufrimiento en las sombras, en la luz tenue gris donde la posiciona Rulfo, violentándose a sí misma por el dolor de la pérdida. Sumando a la cuestión, Dulce Aguirre Barrera en su texto *Esposas y madres: la sexualidad femenina en Pedro Páramo* analiza las manifestaciones de la sexualidad femenina en relación a los roles sexuados retomando el caso de seis personajes femeninos de novela de Juan Rulfo, entre ellas la madre de Pedro Páramo. Sostiene que un rasgo particular de la madre es el sufrimiento constante por la pérdida violenta de su esposo. Aguirre describe al personaje como “un ser en constante desgarramiento interior producto del dolor, [...] una imagen que se congela en ese estado de sufrimiento inacabable.”¹³⁹ La noción de sufrimiento del personaje es una constante en las múltiples apariciones en la novela, noción que como se ha descrito anteriormente viene acompañada de actos violentos autoinfligidos por el personaje.

En este sentido, Pedro Páramo vive una situación similar, sólo que él a diferencia de su madre, esconde su dolor y externaliza su violencia contra los otros, situación que será constante en la trama de Susana San Juan al morir. Al no presentar los respetos que Pedro esperaba del pueblo decide cobrar venganza de él y sus habitantes: “-Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre. Y así lo hizo.”¹⁴⁰ Pedro Páramo vierte sobre los habitantes de Comala un desprecio y una negación, los hace nadie, los encubre y desconoce. Despreció a la gente que en repetidas ocasiones objetivizó, se cierra en sí mismo para no mostrar su rabia, para no abrirse y mostrar su vulnerable condición de dolor.

En resumen, el desarrollo de las características masculinas de Pedro Páramo se va complejizando a lo largo de la novela, en función de situaciones concretas como la ausencia

¹³⁹ Aguirre, Dulce, *Esposas y madres: la sexualidad femenina en Pedro Páramo*, p.247.

¹⁴⁰ Rulfo, Juan, *op. cit.*, p.124.

de su padre, el amor por Susana San Juan así como la condición violenta de su madre. Dichas situaciones afectan la evolución del personaje, concluyendo con un Pedro Páramo firme hasta su muerte en mantener una postura de capricho por desolar Comala, encubriendo sus sentimientos. Esta situación es muy similar a la masculinidad que exhibe Octavio Paz donde la máscara encubre la debilidad y expone un constructo de masculinidad idealizado.

Con base en lo hasta aquí vertido, quedan delineados rasgos con los que se puede identificar un figura masculina sustentada en el poder, mismo que se ejerce sobre los objetos y sobre las personas siempre desde una cara pública que encubre lo privado. Se exteriorizan ciertas conductas con el fin de preservarse en función de una idea de masculinidad dominante de lo diferente.

El poder que ejerce Pedro Páramo pareciera desde una primer lectura un mecanismo que sólo se hace valer para llevar a cabo una venganza, no obstante desde una lectura de la masculinidad es un mecanismo que ejerce para protegerse a sí mismo del juicio público, dado que la masculinidad en el marco de las acciones del personaje no es natural, ya que Pedro Páramo no nace buscando realizar dichas acciones, se construyen a partir de la percepción que cada uno de los personajes tiene sobre él.

Ahora bien, dada la articulación de situaciones y ejemplos que se han venido realizando en las líneas anteriores podemos hacer una categorización de la construcción de masculinidad del personaje Pedro Páramo. En función de los elementos que se han hecho explícitos tenemos herramientas que nos permiten identificar la masculinidad del personaje como acorde a la masculinidad idealizada, fruto de los ideales nacionalistas en México. Pedro Páramo es un hombre que se encubre para preservarse, que reacciona con acciones encaminadas a encubrirse al sentirse expuesto y rajado, valora los estándares correctos, las formas, de la masculinidad y actúa en consecuencia y al asumir las formas de la masculinidad idealizada despoja y domina sobre lo diferente.

Si bien el análisis de la masculinidad que se realiza en la presente tesis se centra en las relaciones con la familia y la tierra del personaje Pedro Páramo, me gustaría señalar brevemente, y a modo de contraste, una construcción alterna en la novela presente en la

trama de Juan Preciado. Dicho personaje es hijo de Pedro Páramo. Es un personaje con rasgos de una masculinidad, otra, que contrasta al pasarlo bajo la lupa del género. En la novela es presentado en una segunda narración paralela a la de Pedro. Interviene y cuenta sus encuentros con la muerte, muerte que le presenta un pueblo de Cómala devastado por los actos directos de su padre. El fragmento treinta y siete sintetiza la trama de Juan Preciado, ya que en él se hace explícita su intención en el pueblo en una conversación con Dorotea en la tumba. Dice “Vine a buscar a Pedro Páramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión.”¹⁴¹ Esta línea nos revela mucho sobre el personaje. Juan en este caso se raja y revela su interior a Dorotea. No cumple la norma implícita de la masculinidad idealizada. Él, desde los cánones de la masculinidad basada en el hermetismo, busca mantenerse cerrado ante los otros. En este caso Dorotea quien lo desenmascara. Es justo con este acto como comienza dicho fragmento donde Dorotea increpa “¿Quieres hacerme creer que te mató el ahogo, Juan Preciado? Yo te encontré en la plaza, [...] ya bien tirante, acalambrado como mueren los que mueren muertos de miedo.”¹⁴² Al ser cuestionado se encubre argumentando su muerte a causa del ahogo por el calor, pero Dorotea lo confronta en la intimidad de la tumba que comparten y lo revela, murió de miedo. Ante tal confrontación, Juan nuevamente se abre: “Sí, Dorotea, me mataron los murmullos. Aunque ya traía retrasado el miedo. Se me había venido juntando, hasta que ya no pude soportarlo. Y cuando me encanté con los murmullos se me reventaron las cuerdas.”¹⁴³

Sólo desde la tumba Juan se revela al lector, se libera de la carga de esa masculinidad que buscaba encubrir y me aventuro a decir que lo sofocaba tanto como el aire seco de Comala. Juan se libera de la compleja estructura social y puede ser él, puede cuestionar y preguntar sin miedo como lo invita hacer Dorotea “ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo.”¹⁴⁴ No obstante, se libera desde lo privado, desde la intimidad que le brinda junto a Dorotea, en esta trama fantástica, la tumba.

Juan Preciado es un hombre que simula fallidamente los paramentarios de la masculinidad idealizada. Al no conseguirlo y mostrar su interior, lo que realmente es, se

¹⁴¹*Ibid.*, p. 64.

¹⁴²*Ibid.*, p.62.

¹⁴³*Idem.*

¹⁴⁴*Ibid.*, p.65.

abre y se presenta como es, un hombre con miedo. Es Dorotea quien lo invita a liberarse y asumirse en lo privado.

Abundando en la construcción del texto, dadas las características contextuales sobre las que se construye la trama de la novela podemos intuir que Juan Rulfo retomó elementos de la forma de vida cotidiana de la región de la mesa central mexicana, en particular Jalisco, de donde es originario. Podemos tener certeza de este elemento originario en la novela *Pedro Páramo* ya que es el mismo Rulfo quien concede que la construcción de la realidad social y geográfica en la novela tiene un origen concreto en el medio en el que él se desarrolló. Dicha concesión fue expresada al ser cuestionado por Joseph Sommers sobre si la novela refleja la visión del mundo que tiene Rulfo. Éste contesta: “Tal vez en lo profundo haya algo que no esté planteado en forma clara en la superficie de la novela. [...] viví en una zona de devastación. No sólo de devastación humana, sino de devastación geográfica.”¹⁴⁵ Juan Rulfo, como hace explícito en dicha entrevista, creció en un periodo violento en la región de Jalisco donde perdió a toda su familia indirectamente a causa de los movimientos revolucionarios y las posteriores guerras cristeras, las cuales dejaron la región devastada.

En medida de la inquietud del medio de su infancia, Rulfo plasmó en la novela costumbres inherentes a la escala de valores y simbolismos de los habitantes. En sus palabras, en la trama de *Pedro Páramo* “se niegan algunos valores que tradicionalmente se han considerado válidos.”¹⁴⁶ El autor considera fanáticos en concreto refiriéndose a la fe, pero como se ha visto al desglosar algunos ejes de la masculinidad en la novela, las escalas de valor también se encuentran presentes en la idea idealizada de la masculinidad. Esto implica que dichos elementos vertidos, no corresponden en exclusivo a la realidad que Rulfo construye y delimita en la novela, sino que son abstraídos de ese día a día, de lo cotidiano. Cabe señalar que el autor deja una advertencia concreta para hacer la lectura de dichos valores presentes en la novela, mismos que en la realidad dieron personalidad histórica a la zona. Rulfo nos dice: “hay que entender la historia para entender este

¹⁴⁵Sommers, Joseph, *op. cit.*, p. 6.

¹⁴⁶*Ibid.*, p. 7.

fanatismo”¹⁴⁷, cuestión que no es ajena a los estudios sobre la masculinidad, ya que se parte de que toda noción de masculinidad es histórica y se ha construido a partir de hechos concretos en las zonas.

Para terminar dicho apartado considero relevante señalar que el culto a la masculinidad idealizada consolidada durante la década de los cincuenta, caracterizó al hombre masculino como un sujeto privilegiado en las dinámicas sociales. Dicha idealización implicó que hombres y mujeres asumieran ciertos elementos en sus relaciones, una ética puntual donde la recompensa fue, y en algunos casos sigue siendo, un elemento para pertenecer a cierta sociedad. Como se ha reiterado, esta noción de la masculinidad, al igual que otras construcciones alternas de la categoría, no son inherentes al ser humano, todo lo contrario conllevan una construcción, una perfilación social de las costumbres.

A dicha perfilación social Butler la llama performatividad entendida como “la forma en que la anticipación de una esencia provista de género origina lo que plantea como exterior a sí misma. La performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente.”¹⁴⁸ La preformatividad implica que se vincule a una idea inicial, en este caso al hombre sexualmente hablando, a otra idea construida y legitimada socialmente la cual con el tiempo se normaliza produciendo la ilusión de ser un elemento natural. Por tanto, la masculinidad es una categoría que la sociedad construye, se aprende y se incorpora. Dicho de otro modo, es un papel que se interpreta en la vida y personifica marcando el ritmo de las acciones.

Finalmente, cabe señalar que las múltiples nociones de la categoría de la masculinidad responden a una historia de condiciones muy concretas en las que cada una de ellas fue conformándose. La tarea de identificar cada una de ellas resulta una labor abrumadora. Sin embargo, dicha labor poco a poco ha ido tomando forma dado que existe mayor acuerdo en tanto a considerar a la masculinidad como una categoría analítica y a partir de de ello profundizar en el estudio en tanto a orígenes y presencia de cada una de las

¹⁴⁷ *Idem.*

¹⁴⁸ Butler, Judith, *op.cit.*, p. 17.

construcciones de masculinidad presentes. En función de lo dicho, los espacios para la visualización de la categoría son diversos. En el caso de la presente disertación las obras literarias seleccionadas sirvieron como espacio concreto para explorar, identificar y visualizar la categoría en relación a un contexto muy concreto. Como se ha hecho constar en las líneas anteriores los textos ofrecen imágenes de la masculinidad que responden a una realidad temporal y contextual del país.

Si bien la visualización de la masculinidad en la literatura es una tarea fundamental que aporta referentes a los estudio sobre la masculinidad, las posibilidades que ofrece dicho ejercicio es tema del cual podemos ocuparnos. En función de dicha inquietud el siguiente capítulo buscará explorar las posibilidades que lector tiene al acercarse a los textos y realizar una visualización de la categoría de la masculinidad, partiendo de la oportunidad que ofrece la lectura al abstraer significados y provocar un detonante que lleve a la reconfiguración de sus imaginarios en torno a la masculinidad.

CAPÍTULO 3. Educación y masculinidad. Las posibilidades de la literatura en la formación de la masculinidad

3.1 Literatura y educación

Las representaciones en torno a la masculinidad se han conformado desde referentes culturales a lo largo de la historia de las sociedades como hemos visto en los capítulos anteriores. Las diversas concepciones en torno a esta categoría son un eje fundamental para explicar y problematizar al ser humano y sus relaciones, ya que por un lado la masculinidad es un concepto interiorizado que delimita el día a día de hombres y mujeres en contextos específicos transmitido de generación en generación como parte de los referentes culturales de cada sociedad. Por otro lado, la masculinidad es una característica personal y colectiva que consciente o inconscientemente forma parte de la construcción emocional y corporal de las personas y sus relaciones interpersonales intrapersonales.

En dicha lógica, la masculinidad, al marcar la construcción de múltiples aspectos de la vida de los seres humanos, trasciende los espacios en los que hombres y mujeres se relacionan, los roles propios a cada sexo, clase y edad, las escalas de valor que se asignan a los bienes y desde luego el registro escrito histórico, filosófico y artístico de los seres humanos como veíamos en el capítulo anterior de la presente disertación al abordar textos con características propias en cuanto estilo, uso e interpretación.

En este sentido, la literatura es un espacio donde se exponen imaginarios particulares con acentos diversos sobre múltiples problemáticas. En dicho marco la masculinidad no es la excepción. El espacio que ofrece la literatura se presenta al lector de diversas maneras, siendo una oportunidad para transmitir ideas particulares que generen una respuesta ante las posibilidades que ofrece la lectura de textos particulares. Dicho de otro modo, las relaciones que se generan entre la obra literaria y el lector encierran una posibilidad potencial para generar procesos educativos, relaciones que buscaré plantear en este capítulo.

Ahora bien, la literatura ha sido uno de los resultados creativos de múltiples procesos culturales al dar cuenta de los fenómenos y problemáticas que el ser humano

observa y vive. El papel que toma la literatura como un posible espacio en el que las personas se encuentran y se construyen nos lleva a preguntarnos cuál es el sentido que tiene la lectura de estos textos al encontrarse con el lector.

Buscando señalar posibles vías para responder a la anterior pregunta, es puntual abordar algunas posibilidades formativas que pueden sucintarse al encontrarse con un texto. En función de ello, Jorge Larrosa en su texto *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación* nos ofrece algunas vías para ir delimitando la cuestión a partir de tres temáticas centrales: formación, lectura y experiencia. Por otro lado, Larrosa resalta algunos posibles vínculos que se construyen entre dichos ejes y el encuentro con los textos exponiendo así vías para consolidar una propuesta formativa de lectores capaces de revivir la experiencia implícita en un texto más allá del momento práctico que ofrece la lectura al comprometer la propia subjetividad, es decir, lo que el lector es.¹⁴⁹ Al hacerlo, Larrosa nos ofrece una crítica a los modelos pedagógicos que han privilegiado el sentido utilitario y efímero de la lectura al despojar la oportunidad que ofrece la experiencia formativa del ejercicio y el potencial de la imaginación del lector.

Es puntual señalar que la lectura de literatura ha sido un eje particular que ha sustentado los contenidos específicos de todo proyecto formativo que busca la cohesión entre individuos pertenecientes a un espacio, siendo utilizada para delimitar escalas de valor, sentidos y significados dentro de un marco cultural. La literatura es retomada con fines particulares al dirigir el contenido que la obra puede ofrecer, convirtiéndose así en lo que Jorge Larrosa, retomando a Basil Bernstein, señala como un texto pedagógico, el cual “mediante la aproximación de otros textos que han sido seleccionados, descontextualizados, transformados y recontextualizados [...] se reconsideran como parte del discurso pedagógico.”¹⁵⁰ Por tanto, los textos seleccionados quedan sometidos a otras reglas al ser utilizados como herramienta concreta al tener potenciales enseñanzas que los sujetos deben aprender. Esto, en el marco pedagógico de un proyecto nacional hace que el texto toma carácter de herramienta que ideologiza.

¹⁴⁹ Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, pp.25-26.

¹⁵⁰ Bernstein, Basil, *apud* Larrosa, Jorge, *op.cit.*, p. 523.

Sumando a la cuestión, *EL laberinto de la soledad* es un texto que ejemplifica pertinentemente el proceso de creación de un texto pedagógico. Fue a partir de una descontextualización de su fin original al ser retomando con fines muy particulares en el marco del proyecto nacionalista mexicano de mediados del siglo XX, que la obra, tal como se expresó en el capítulo anterior, sirvió para recrear y transmitir elementos de la identidad nacional delimitada por el proyecto nacional del Estado al ser retomado a modo de libro de texto en las escuelas públicas de educación media y superior.

Ahora bien, es importante tener en cuenta que desde inicios del siglo XX hasta nuestros días la producción de referentes culturales se ha diversificado y de igual forma el acceso a otras formas y espacios de acercamiento que la sociedad consume, relegando el papel de la literatura ante otros espacios y expresiones. Dicha condición de las sociedades actuales es considerada por Michèle Petit en el texto *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, donde delinea puntualmente los sentidos que ha cobrado la lectura en un mundo cambiante. Ahondando en la problemática, Petit no es ajena a la emancipación de múltiples prácticas coercitivas a partir de las revoluciones culturales, sociales y tecnológicas del XX. No obstante, señala que dichos cambios acarrearán problemáticas en torno al valor que los jóvenes asigna a las cosas, “hoy en día, en casi todo el mundo, la juventud preocupa porque los carriles ya no están trazados, porque el porvenir es insaciable.”¹⁵¹ A propósito de dicha preocupación, considero que si bien es cierto que la falta de certezas respecto a los caminos establecidos para las nuevas generaciones lleva consigo un futuro incierto respecto al quehacer en sociedad, considero que la ausencia de caminos delimitados en cuanto lo que se espera de la juventud, puede ser una posibilidad que reivindique tantos otros problemas que nuestra cotidianidad presenta. En concreto las problemáticas relacionadas con los fantasmas que persisten de la masculinidad hegemónica.

Sumando a la cuestión en torno a la problemática, Petit señala que “se han perdido muchos puntos de referencia que daban un sentido a la vida.”¹⁵² Las dinámicas propias de nuestro tiempo han apuntado el privilegiar el valor utilitario de las cosas y de las prácticas. El sentido utilitario inmediato de las cosas es una consideración que rige muchas de las

¹⁵¹Petit, Michèle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, p.14.

¹⁵²*Ibid.*, p.15.

actividades cotidianas desde un sistema económico de consumo inmediato. Ante tal panorama la lectura de literatura hoy por hoy se ha posicionado en dos vertientes. Por un lado, el acceso a la información y a la literatura se ha diversificado en cuanto a formas, modalidades y espacios en gran medida, facilitando el acceso de las personas a dichos materiales. Algunos ejemplos concretos son el libre acceso de un vasto compendio de obras en línea, la creación de bibliotecas físicas y digitales así como la creación de espacios públicos creados con el fin de vincular la práctica lectora, entre otras iniciativas. Por otro lado, a pesar de la diversificación de espacios y modalidades vinculados a la lectura, así como a los esfuerzos para aumentar su práctica a escala mundial, la lectura de literatura es considerada una práctica exclusiva del contenido escolar o de entretenimiento práctico e inmediato. Es decir, la actividad lectora es relegada en el imaginario a un público escolar muy concreto al ser considerada una actividad exclusiva de los estudiantes y sin mayor utilidad formativa para sectores que no pertenecen a este espacio, o bien es considerada una actividad que solo brinda un momento de entretenimiento efímero que no trasciende en la formación humana.

Cabe señalar que la delimitación educativa a la que se somete la literatura con el fin de conformar a los sujetos bajo cierta lógica y ciertos espacios, es una de las vías de estructuración que los Estados contemporáneos han utilizado para fortalecer su estructura. Dicha delimitación manifiesta desde un posicionamiento concreto iniciativas encaminados a transmitir todo el conjunto de significados que conforma la estructura del proyecto de nación. Cabe apuntar que el nacionalismo mexicano que se proyectó y sistematizó como proyecto del Estado durante buena parte del siglo XX se ha ido diluyendo a favor de otros proyectos de Estado en relación con la apertura global propia de nuestros días. No obstante, muchos de los conceptos que buscaron dar cara a identidad nacional siguen presentes en nuestro entorno.

En este marco, el proyecto pedagógico que sustenta el sistema educativo del Estado lleva consigo la concepción de la literatura como un aporte utilitario para la educación personal y curricular de los sujetos. Es desde dicho fin que la literaria propia de una cultura pasa por un tamiz donde sólo se buscan rescatar elementos muy concretos de las obras,

desde una lectura enfocada en encontrar dichos elementos, negando, ocultando e incluso suprimiendo los diversos recorridos que las obras pueden ofrecer

En contraste con dicho marco donde el sentido de la lectura de los textos responde a fines determinados, la educación puede ser una vía fértil al ser un fenómeno que construye lectores que exploten la libertad de los textos y las posibilidades que presentan. El texto, según Larrosa, “es un campo textual abierto y múltiple que suscita recorridos diferentes,”¹⁵³ ya que cada lector puede encontrar caminos de interpretación al cruzarse con las inquietudes particulares que él conlleva. De tal suerte que los textos nos ofrece una mirada particular a nuestra subjetividad al trazar un camino de interpretación al interactuar con nuestra experiencia.

No obstante, no basta considerar a los textos con dichas características, es necesario despertar la intención y el hábito por explorarlos con dicha mirada. En este orden de ideas, buscar formar a los sujetos como *homo legens*, seres humanos que leen, implica pensarlos como entidades en movimiento en el campo abierto de la literatura y el lenguaje particular que compone las obras.¹⁵⁴ Sumando a lo anterior, Bolívar Echeverría acota la idea de este hombre que lee, considerado por él una especie en extinción, entendiendo que el *homo legens*

no es simplemente el ser humano que practica la lectura entre otras cosas, sino el ser humano cuya vida entera como individuo singular está afectada esencialmente por el hecho de la lectura; aquel cuya experiencia directa e íntima del mundo, siempre mediada por la experiencia indirecta del mismo que le transmiten los usos y costumbres de su comunidad, tiene lugar sin embargo a través de otra experiencia indirecta del mismo, más convincente para él que la anterior: la que adquiere en la lectura solitaria de los libros.¹⁵⁵

Las posibilidades que ofrece formar sujetos como *homo legens* permiten que el lector sea capaz no solo de descifrar el mensaje compuesto por el autor, sino también de administrar el contenido del mensaje. Este punto encierra la posibilidad para el lector de poder enfocar la mirada en matices inesperados que surgen al encuentro con específicas composiciones del lenguaje y su imaginario particular.

¹⁵³ Jorge Larrosa, *op. cit.*, p.521.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p 520.

¹⁵⁵ Echeverría, Bolívar, *Homo legens*, p 12.

Ante este ideal, el texto educativo¹⁵⁶ toma un nuevo alcance y sentido, más allá de la delimitación de sus fines y contenidos particulares y específicos. Retomar la literatura desde una modalidad en la que se lee más allá de los fines útiles e inmediatos que ofrece, conlleva abrirse a enseñanzas desconocidas para el lector, donde los efectos de tales descubrimientos impactan profundamente en los hábitos, concepciones, y escalas de valor de los lectores.

A propósito de dicha apertura ante los textos, valdría la pena ejemplificar con los referentes literarios seleccionados para la presente tesis. Tanto Juan Rulfo en la novela *Pedro Páramo* como Octavio Paz en su conjunto de ensayos *El laberinto de la soledad* abordan cuestiones específicas en relación con dinámicas concretas con las que los mexicanos se relacionan. Cada uno de los autores plasma su imaginario con características muy específicas acordes al género literario desde el que escriben. No obstante, ambos realizan una delimitación de la realidad a partir de la abstracción de significados específicos que concretan en mensajes para el lector. Por un lado, Juan Rulfo, construyendo una realidad específica en su obra, nos traslada a las dinámicas sociales en el pueblo de Comala, donde en una doble trama se hace explícito la devastación causada por el cacique Pedro Páramo al dominar violentamente toda la tierra productiva del pueblo. Por otro, lado Octavio Paz refiriéndose a condiciones específicas de la realidad, va delimitando una serie de conceptos y prácticas que responden al actuar cotidiano de los mexicanos. En concreto en el ensayo “Mascaras mexicanas”, aborda la realidad del ser hombre mexicano. Ahora bien, a la par de los mensajes planteados por los autores, la lectura de las obras, como se hizo explícito en el capítulo anterior, nos ofrecen un espacio de encuentro con otras enseñanzas. Ninguno de los dos textos aborda la masculinidad concretamente. No obstante, la estructura del lenguaje, la composición de los personajes, la realidad construida, la temporalidad, entre otros elementos, en ambas nos permite encontrarnos con la categoría y visualizarla al revelar una imagen más detallada de lo que es ser un hombre masculino mexicano.

¹⁵⁶Es puntual señalar que la noción de texto educativo es trabajada por Michèle Petit en el texto *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. No obstante, dada la tradición a la que pertenece la autora la noción de texto educativo es expresada como texto pedagógico.

Concretamente se ha esbozado la posibilidad que encierra la formación de lectores capaces de encontrarse con otras posibilidades cifradas que puede ofrecer un texto. Pero ciertamente como reconoce Petit, “la proporción de lectores asiduos entre los jóvenes ha disminuido en los últimos veinte años, pese a la expectativa de que aumentara, debido a la mayor escolarización”¹⁵⁷, preocupación que si bien el autor refiere a Francia, considero una tendencia mundial. Ante tal panorama, surge la pregunta: ¿qué queda debiendo la lectura a las personas? Buscando dar respuesta, más allá de las estadísticas que categorizan y diferencian a los buenos y malos lectores entendiéndolos como personas que leen mucho o poco, valdría la pena buscar identificar la finalidad de la lectura de literatura en relación a la construcción personal y colectiva, es decir, como un atractivo particular en el que se encuentran herramientas para afrontar la realidad.

En este planteamiento, la finalidad de la lectura lleva consigo el transmitir una idea que se asume, o no, de diferentes maneras. Por ejemplo, en un “inicio la lectura fue una actividad prescrita, coercitiva, para someter, para controlar a distancia, para aprender a adecuarse a modelos, inculcar identidades colectivas, religiosas o nacionales.”¹⁵⁸ Podríamos mencionar una larga lista de ejemplos pero pensemos en concreto en la lectura propia que se manda en un espacio de catequesis, o bien como veíamos en el capítulo anterior al abordar el movimiento nacionalista, sus fines e ideales y como el Estado en su afán por fomentar la cohesión de la nación y transmitir una ideología cargada de ciertos simbolismos en torno a categorías como la masculinidad, abordó ciertas obras literarias para hacerlo.

Concebir la lectura de obras literarias como un mero ejercicio de adoctrinamiento es una constante en la que se ha comprometido la formación de los sujetos desde una lógica, traducida en simbolismo, conductas y referentes propios a los intereses del Estado. No obstante, dicha concepción no es una sentencia totalitaria respecto a los fines de la lectura, ya que a pesar de dicha barrera impuesta a los textos hay elementos que se filtran y llegan al lector “ayudando a construirse, a imaginar otros mundos posibles, a soñar, a encontrar un sentido, a encontrar movilidad en el tablero de la sociedad, a encontrar la distancia que da

¹⁵⁷Petit, Michèle, *op. cit.*, p.15.

¹⁵⁸*Ibid.*, p. 16.

el sentido del humor, y a pensar, en estos tiempos en que escasea el pensamiento”¹⁵⁹ En las obras se encuentran múltiples oportunidades para re pensarnos y buscar otras posibilidades, sentidos, conceptos e ideales. En palabras de Michèle Petit a ser sujetos de nuestra propia vida.¹⁶⁰

Con base en lo hasta aquí vertido, es posible observar dos formas de abordar los fines de la lectura desde el posicionamientos que delimitan su finalidad. En este sentido, retomaré las dos vertientes que propone Petit para abordar los fines y posibilidades de la lectura, el poder absoluto de los textos y la libertad del lector.

Michèle Pertit plantea que la lectura se ha visto y utilizado como poder absoluto, es decir, una herramienta a partir de la cual se transmiten una gama delimitada de concepciones respecto a ideas concretas que los sujetos debieran tener en el marco de un proyecto social. Es a partir de tal vertiente que la lectura de textos concretos en espacios delimitados toma el carácter de herramienta formativa, ya que a través de ella el Estado y sus instituciones controlan la formación de los sujetos al transmitir ideas concretas, resultando en sujetos conformados en cierto marco cultural desde una ideología dominante a partir de textos específicos. Con mayor facilidad podemos identificar esta vertiente en periodos concretos del pasado, considerando los momentos donde unos pocos controlaban el acceso e incluso la producción de textos bajo ciertos fines. Como se ha reiterado, en México se ha utilizado la literatura de obras concretas y seleccionadas para un fin en el marco de los proyectos de Estado, un eje fundamental de formación de los mexicanos en diferentes espacios institucionalizados.

Ahora bien, a pesar del papel coercitivo con el que se utiliza la lectura, que el lector puede encontrar en ella una oportunidad desde su interpretación, vertiente que Petit traduce como la libertad del lector ante los textos. La lectura como un ejercicio de encuentro y de significación pone al lector como un imaginario cargado de subjetividad ante un mundo delimitado por el autor del texto, resultando en un encuentro entre ambas partes, lector y texto, que propicia la conformación de nuevos imaginarios ante diversas cuestiones, ya que “en efecto, los lectores se apropian de los textos, los hacen significar otras cosas, cambian

¹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 17-18.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 18.

el sentido, interpretan a su manera deslizando su deseo entre líneas: se pone en juego toda la alquimia de la recepción.”¹⁶¹ Es decir, en la literatura se puede encontrar un espacio íntimo donde se produzca la reflexión y la crítica de nuestro mundo, de nuestras relaciones con los otros, de nuestros conflictos y preocupaciones internas, y a la par de esta oportunidad, un encuentro con lo desconocido, una visibilidad de cuestiones que pueden encaminar a un aprendizaje al interiorizar y asumir como propias otras formas que encontramos en la literatura.

Cabe decir que los lectores se mueven entre ambas vertientes. Ambas dan un resultado particular que se traduce en el actuar cotidiano, así como en la forma en la que los seres humanos se relacionan inmersos en una cultura específica, misma que se perpetúa o transforma. Consideremos por tanto el ejercicio de la lectura de la siguiente manera:

Entre esa época en la que unos cuantos controlaban el acceso a los textos impresos y sacaban de ellos formulas para inculcar a los demás, sometidos y en silencio, una identidad religiosa o nacional -no en exclusivo-, y esa otra época donde se toma un libro, en que se apropia uno de él, en que se encuentran palabras, imágenes a las que se les asignan significados al gusto de cada quien.¹⁶²

Ante esta diferencia, la posibilidad de retomar los textos como un recurso con capacidad y oportunidad para intervenir en el proceso formativo de los sujetos toma aristas particulares. Por un lado, el pensar a los textos como un instrumento cargado de elementos necesarios que permite la conformación a partir de ciertas características delimitadas, transmitiendo conocimientos específicos que respondan a cierto ideal. Por otro lado, el pensarlos como una herramienta que mueve fibras concretas en un proceso donde la lectura está enmarcada en la libertad del lector, comprometiendo su subjetividad ante el encuentro y descubrimiento del texto.

Pensar la literatura como herramienta formativa, alejándola de las restricciones impuestas, implica pensarla desde los vínculos necesarios que se construyen entre el texto y la subjetividad del lector, cuestión que tanto Michèle Petit como Jorge Larrosa señalan. La lectura, como un trabajo que se realiza y conforma entre el lector y el texto, implica una predisposición del lector, viviendo plenamente la libertad que el momento de la lectura

¹⁶¹ *Ibid.*, p.25.

¹⁶² *Ibid.*, p. 21.

ofrece comprometiendo sus experiencias. Es decir, el lector es trabajado por sus lecturas problematizando sus experiencias “al llevar a cabo un trabajo productivo, reescribe. Hace desplazarse al sentido, hace lo que se le ocurre, desvía, reutiliza, introduce variantes, deja de lado los usos correctos.”¹⁶³ En esta tónica, la literatura toma fuerza como un espacio que se abre al lector para su formación, al encontrar en ella significados y simbolismos que puede producir una significación nueva al comprometer nuestros sentidos y la percepción de los sucesos que nos rodean. Se abre la posibilidad de conformar nuevas experiencias.

En dicho orden de ideas, Larrosa señala que los lectores que se entrega a un texto y su contenido tiene la posibilidad de construir nuevas experiencias al “dejarse abordar en lo propio por lo que les interpela, entrando y sometiéndonos a ello, -y así transformarse- por tales experiencias, de un día para otro o en el transcurso del tiempo.”¹⁶⁴ Por tanto, escuchar lo que la literatura puede decirnos implica abrir nuestros imaginarios con el fin de ampliar nuestras experiencias y conocer nuevas posibilidades respecto al entorno que nos rodea. Pero no sólo como información que se conoce, se retoma y se olvida, sino como intercambio que nos lleve a significarnos y ampliar los horizontes respecto a lo que se conoce, buscando aprender y con ello formarse plenamente con elementos que puedan aportar nuevas facetas personales, en contraste con las sociedades contemporáneas donde la utilidad de los textos esta concretizada sin posibilidad de expansión a otras oportunidades.

En concreto, es a partir de dicho posicionamiento que entiende la lectura como un encuentro formativo creador de nuevas experiencias, desde donde considero la lectura de literatura una vía fértil para la reconfiguración de múltiples categorías que delimitan nuestras relaciones sociales y con ello las prácticas coercitivas interiorizadas. La posibilidad que tiene la lectura como un ejercicio de abstracción y construcción es precisamente la vía que posibilita la crítica de la concepción establecida e impuesta de la masculinidad.

En este orden de ideas, recordemos que la masculinidad es una categoría que da cuenta de la construcción de los sujetos desde un imaginario cultural concreto. Si bien el imaginario general de la sociedad en torno a la masculinidad juega un papel crucial en la

¹⁶³*Ibid.*, p.28.

¹⁶⁴Larrosa, Jorge, *op. cit.*, p. 31.

formación de los sujetos, también es cierto que dicho referente se enfrenta y resignifica de acuerdo a las experiencias que permean en lo personal y colectivo. Es justo en dicho enfrentamiento que la lectura puede ser el medio para el encuentro de concepciones, otras, que visibilicen nuestros procesos y conflictos ya que “leer le permite al lector, en ocasiones, descifrar su propia experiencia. -El texto por tanto- es el que lee al lector, en cierto modo el que lo revisa, [...] las palabras del texto constituyen al lector, lo suscitan.”¹⁶⁵ En dicho sentido, la literatura es, a modo de metáfora, un espejo en el cual nos podemos reflejar y al mirarnos visualizar elementos cifrados de ser. Al tener noción de dichos elementos tenemos la posibilidad de encaminarnos para trabajar sobre nuestros sentidos y acciones.

Para cerrar este apartado es puntual señalar algunos elementos a tener en cuenta al aproximarnos a la visualización de la masculinidad en la literatura. Actualmente, permeados por un modelo económico basado en el consumo, la utilidad de las cosas en corto plazo es una constante que ha venido caracterizado a las sociedades posmodernas. Dicha consideración permea el sentido desde el cual se considera a los bienes culturales, retomándolos a modo de mercancías que se consumen por el simple gusto de un momento que pareciera efímero, más allá de pensarlos como creaciones legadas por los autores que ciertamente es disfrutable, pero a la par de este momento el sentido de dichos bienes encierra herramientas o espacios de construcción personal y colectiva. Pensar a la literatura como una dimensión que rompe la normalidad de lo establecido es, desde mi perspectiva, una oportunidad de encontrar y generar preguntas que lleven a enriquecer las oportunidades y horizontes del ser humano. Dicha vertiente es una posibilidad de encontrar sentidos que nos lleven a reconfigurar otras realidades más allá de la que nos rodea, ya que el sentido, en palabras de Petit, es “algo a lo cual se tiende, un movimiento, una disposición, una capacidad de acoger, una forma de estar atento”,¹⁶⁶ a los estímulos y fenómenos que nos rodean.

Ante tal panorama, las imágenes y sentidos sobre la masculinidad que nos ofrece la literatura como un bien cultural son referentes con los cuales el lector al encontrarse con ellos se posiciona en un espacio óptimo para el cuestionamiento crítico de la categoría

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 36-37.

¹⁶⁶ Petit, Michèle, *op. cit.*, p. 40.

desde un referente proyectado desde cierta cúpula de poder, o bien la que se construye resultado de la experiencia individual y colectiva del contexto, la región y el grupo social. Por tanto, en la literatura es posible encontrar un espacio formativo en torno a la masculinidad para aprender más allá de los que se espera socialmente de ella y construirse uno mismo dando sentido a las experiencias, ideales y deseos de eso que llamamos masculinidad.

3.2 Literatura y masculinidad

Como se retomaba en el apartado anterior, la literatura manifiesta múltiples significados y representaciones desde su construcción retórica en torno a las realidades que configura el autor. Dicha representación del mundo se encuentra con el lector desde dos vertientes concretas, la que presenta concepciones acabadas y la que implica la libertad del lector para encontrarse con múltiples significados partiendo de su experiencia y encamina a una reformulación formativa para el lector.

En este orden de ideas, la masculinidad es un campo que ha sido abordado en la literatura de forma implícita, como se manifestó en el abordaje del ensayo “Mascaras mexicanas” de Octavio Paz. El texto tiene la posibilidad de retomar múltiples aristas sobre la masculinidad del mexicano construida a partir de referentes ideológicos, culturales e históricos manifestados en acciones concretas. Cabe señalar que la aproximación a la categoría implícita en las obras se enfrenta a un ejercicio de visibilidad en el cual el lector enfoca a partir de sus sentidos las tramas cifradas que puede contener la obra. Al hacerlo y pasar por el tamiz de los sentidos del lector las conductas, motivos, roles y concepciones de la trama, se exponen rasgos sobre la masculinidad, mismos que pueden ser una vía para el ejercicio formativo de los sujetos respecto al tema. Para ilustrar dicho ejercicio retomemos el caso de la obra *Pedro Paramo* de Juan Rulfo donde las múltiples tramas que acontecen en la realidad creada para dicha novela ofrecen al lector referentes contextuales propios de una zona del país, usos y costumbres generales propios de la tradición de la zona, así como las relaciones entorno a la tierra y a los sujetos. Dichas temáticas en muchos casos no son ajenas al lector mexicano ya que él comparte dichos rasgos en su imaginario. Al realizar la lectura de la novela haciendo de esta acción un ejercicio formativo de encuentro

y generación de experticias, desde mi perspectiva, la experiencia puede contribuir a la conformación de múltiples referentes de masculinidad al expresar sentidos en torno a ella y su construcción.

Retomar dichos ejemplos enmarca la posibilidad para el encuentro con concepciones de la masculinidad en la literatura, que como hemos visto es una vía fértil para conformar nuevas categorías, borrando, reformulando o bien construyendo nuevos referentes en torno a ella que den cuenta de su diversidad, sus problemáticas y sus posibilidades.

Los elementos expresados en la literatura respecto a la masculinidad, en este caso desde la visión plasmada por Paz y Rulfo, considero, son una vertiente que expresa otra cara de sus textos, puesto que ambos autores exponen una realidad en torno a la masculinidad. Dichas realidades al ser expuestas reflejan la crisis y conflictos ente la masculinidad idealizada y la dinámica social. Es decir, en ambos textos es posible identificar nociones de la categoría idealizada, el cómo se asume, se vive y como se proyecta en espacios y dinámicas concretas de la sociedad, en contraste con la diversidad de manifestaciones a la sombra de dicha idealización de la categoría. Dicho conflicto ha sido una constante a lo largo de la historia de las sociedades. No obstante durante la segunda mitad del siglo XX, y hasta nuestros días, el conflicto se presenta con más claridad ante la emergente presencia de diferentes modelos de masculinidad que luchan por el reconocimiento y legitimidad en la sociedad.

En este orden de ideas, el conflicto entre modelos de masculinidad interiorizados en la sociedad suscita problemáticas de las cuales nos somos ajenos. Por ejemplo, la violencia producida ante el choque de diversos modelos antepone la necesidad de buscar espacios que intervengan en la educación y la formación de los sujetos y sus imaginarios en torno a la masculinidad propia y ajena.

En otro orden de ideas, los proyectos educativos han respondido durante siglos a modelos educativos que sustentan la construcción de género desde dimensiones

“heteronomativas y de diferenciación binaria entre los sexos,”¹⁶⁷ es decir, la formación de hombres y mujeres se ha construido y separado a partir de lo socialmente considerado como masculino y femenino, desde múltiples referentes que transmiten, no azarosamente, contenidos que fortalezcan dicha delimitación. En este orden de ideas y buscando ejemplificar, Valeria Sardí, en el marco de las *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, retoma y problematiza el uso de lecturas concretas en el contexto argentino, donde a partir de una iniciativa nacional se publicaron antologías con contenidos particulares para niños y niñas, retomando lecturas de personajes emblemáticos de argentina y asignando en cada antología contenidos de acuerdo al sexo del personaje para cada caso. Vinculando así las categorías de género con ciertas ideas estandarizadas y características sociablemente aceptadas.¹⁶⁸ Dicho caso, uno entre tantos, ejemplifica concretamente la delimitación contextual de los géneros y su transmisión a partir de la literatura seleccionada intencionalmente, lo que conlleva el encontrar fines y significados concretos de lo que idealmente debe ser masculino y femenino en un Estado-nación. Como se planteaba al abordar las aristas del texto educativo, la selección y uso de contenidos traza una nueva ruta de para los aprendizajes, los cuales respondan a fines del proyecto identitario de las naciones.

Si bien la delimitación escolar de la literatura en cuanto a referentes de la masculinidad ha contribuido a la formación de sujetos que responden a cierta lógica para vivir y asumir su masculinidad, las grietas que presenta la delimitación de los contenidos y finalidad de los textos permite ver formas desde la vertiente que plantea Petit sobre la libertad del lector. Considero que dichas grietas son una vía que invita al cuestionamiento de lo establecido. Sumando a dicha consideración el identificar los fines establecidos de la literatura, permite tener una visión más clara respecto a la construcción de la masculinidad en diferentes contextos.

Considerar la masculinidad y las relaciones que conlleva su construcción a partir del uso de la literatura es una vía que puede “abrir espacios de discusión que otorguen sentido a la enseñanza y desoculten sexualidades –hábitos y costumbres- silenciadas bajo la

¹⁶⁷ Sardí D’Arielli, Valeria, “El género en tensión. Masculinidades hegemónicas y sexualidades en clases de Literatura”, p. 2.

¹⁶⁸ Cf. *Ibid.*, pp.3-5.

violencia simbólica de la norma hegemónica”¹⁶⁹, es decir, den cabida a otras formas de construcción de la masculinidad negadas y censuradas por los géneros idealizados impregnados en la sociedad. En este orden de ideas, utilizar la literatura como un campo del que se pueden abstraer elementos concretos de la masculinidad en vías para entender la categoría como una construcción dinámica que responde a una historia puntual compuestas por sujetos sexuados, lejos de la consideración natural acabada de la misma, es una vía que posibilita la crítica de lo directa e indirectamente aprendemos y enseñamos.

Ahora bien, a la par de la valiosa experiencia formativa personal y colectiva que puede suscitar la literatura respecto a la masculinidad, es puntual señalar que los aportes y líneas de análisis del campo teórico de la masculinidad encuentran en ella un espacio cargado de elementos que nutren y abren nuevas consideraciones respecto al estudio de la construcción social de la masculinidad al igual que al concepto analítico que dé cuenta de las dimensiones de la misma.

En este orden ideas, los estudios sobre la masculinidad se han diversificado en cuanto a metodologías y posicionamientos al respecto. Es cierto que aún quedan pendientes miradas a espacios que confluyen con este constructo. En la última década se han publicado múltiples estudios, la mayoría en países anglosajones, respecto a la masculinidad y sus imaginarios en el cine, la publicidad, los medios masivos de comunicación y en menor medida la literatura, quizás por el aumento y consumo de los primeros y su alcance en las sociedades contemporáneas.¹⁷⁰ No obstante, la literatura representa una un espacio fértil para visualizar múltiples representaciones culturales de la masculinidad que dan cuenta de las problemáticas en torno a la construcción social de la misma.

En concreto, en Estados Unidos, como se retomaba en el capítulo anterior David Leverenz, en la década de los ochenta abordó la masculinidad en la literatura en su obra *Manhood and the American Renaissance*, donde el autor aborda la masculinidad al retomar obras literarias de exponentes norteamericanos del siglo XIX. La obra de Leverenz abrió las pautas para abordar la categoría en las construcciones de realidades delimitadas por los autores, al ubicar la hombría como un tema literario fundamental en de la literatura

¹⁶⁹ *Ibid.*, p.9.

¹⁷⁰ Carabí, Ángels, *op. cit.*, pp. 8-9.

estadounidense.¹⁷¹ La obra pionera de Leverenz anticipa en buena medida el espacio que ofrecen los textos para explorar constructos tan cotidianos en la realidad como lo es la masculinidad, ya que si bien dichos constructos no son el eje central en las tramas, cobran un valor al caracterizar la dinámica con la que los personajes, el lenguaje usado, los espacios y demás elementos de una obra se desarrollan.

El campo de las masculinidades literarias ha buscado reconstruir a partir de los elementos propios que arroja una novela ensamblar las nociones de masculinidad particulares de un personaje o una comunidad, abstrayendo así constructos de la categoría cifrados en las obras. Cabe apuntar que resulta en cierta medida problemático al buscar analizar literatura de otras regiones impregnadas de diversas cargas culturales ajenas a los contextos que pertenecemos. Si bien no es una labor imposible, el acercarnos a literaturas que responde a otros contextos implica para el lector una mayor sutileza al encontrarse con elementos tan ajenos. No obstante, dicho acercamiento a otras formas puede ser una experiencia de contraste entre categorías que contribuye a esclarecer la noción de la masculinidad como una categoría diversa.

Ahora bien, el abordar la masculinidad en la literatura mexicana conlleva un ejercicio de abstracción que expone la construcción histórica de la categoría en la región, es decir, dar cuenta del imaginario y su construcción a lo largo de los diferentes periodos nacionales y su respectiva ideología, así como los referentes culturales tan diversos que dan sentido a las manifestaciones en torno a ella. Es importante apuntar que México es una región multidiversa en tanto a construcciones culturales, por lo que resulta indispensable acotar el contexto en el que la obra nace, la zona en la que trama se desenvuelve y el tiempo histórico en que se desarrolla. Al hacerlo, se exponen usos y costumbres que dan paso a un escrutinio de realidad en torno a la masculinidad a partir de lo expresado en la realidad que construye el autor en la obra.

Abordar la masculinidad en la literatura pueden ofrecer explorar la evolución conceptual de la masculinidad en la literatura y en las sociedades, característica que abre las puertas a múltiples referentes para los estudios teóricos de la masculinidad y las

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 45.

masculinidades. Asimismo conforman nuevas miradas para una relectura de las obras literarias que den cuenta de múltiples referentes históricos y sociales que dieron cara a la dinámica actual en cuanto al tema. Por otro lado visualizar los modelos de masculinidad en la literatura aporta una visión más amplia para el cuestionamiento de imaginarios tradicionales de la masculinidad y así dar paso a la construcción de nuevos modelos a partir de la experiencia formativa de la lectura de literatura en torno a la masculinidad.

3.3 Educación: un fenómeno que conforma la masculinidad

La masculinidad a lo largo de la historia ha estado vinculada a los discursos que sustentan la estructura social como un constructo relevante en los imaginarios de hombres y mujeres inmersos en las dinámicas generadas a partir de diversos ejes que conforman su entorno cultural. Si bien la idea de masculinidad se perfila a partir de múltiples experiencias recabadas a lo largo de la vida delimitando su constructo en entornos muy concretos, también es cierto que la construcción de la misma está permeada a partir de un modelo hegemónico, mismo que delimita concretamente la idea de lo masculino y se proyecta a partir de referentes ideológicos aprendidos en diferentes entornos formativos.

Como se ha señalado en el capítulo uno de la presente tesis, los estudios sobre la masculinidad han apuntado a la existencia de varias construcciones de masculinidad, es decir, las masculinidades múltiples, donde la diversidad radica en las diferentes formas de asumir y vivir esta categoría. Sobre esta idea hay aclarar que lo largo de la historia dichas construcciones han sucedido unas a las otras, o bien, coexisten entre ellas. En este orden de ideas, en función de la diversidad de construcciones es pertinente señalar que cada noción está conformada con frontera conceptual que delimita la acción de quienes asumen dichas concepciones. No obstante, como señala Nelson Minello en *Masculinidad/es. Un concepto en construcción*, es a partir del alcance de interiorización que las múltiples concepciones de la categoría se han jerarquizado, es decir unas son más aceptadas que otras.¹⁷² Dicha jerarquización resalta al retomar modelos históricos de la categoría en contraste con otras construcciones alternas, lo que ha generado por un lado, un reconocimiento de otras formas de masculinidad al hacerse visibles. No obstante, por otro lado tal confrontación expone

¹⁷²Nelson, Minello, *Masculinidad/es. Un concepto en construcción*, p.22

numerosas manifestaciones de prácticas violentas contra grupos que asumen un constructo alterno al modelo hegemónico.

Sumando a la cuestión, Raewyn Connell en su texto *Gender and Power* de 1987, ya postulaba la existencia de hombres poderosos, con capacidad para legitimar y reproducir un modelo de masculinidad asumido y seguido socialmente como ideal.¹⁷³ Dicha dinámica sería la base para desarrollar lo que Connell comprendió como masculinidad hegemónica. La idea general de la masculinidad hegemónica se contempla con el concepto que años más tarde la autora desarrolló en su texto *Masculinities* de 1995 donde delimita la masculinidad hegemónica como “la configuración de prácticas de género que incorpora la respuesta comúnmente aceptada al problema de la legitimación del patriarcado que garantiza (o es tomada para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.”¹⁷⁴ Dichas prácticas son asumidas en mayor o menor medida por los varones, así como también interiorizadas por las mujeres.

Dicho modelo de masculinidad es una construcción que se gestó a partir de las dinámicas económicas y la estratificación social. No obstante, no basta con gestar un modelo hace falta difundirlo e implementarlo. En dicho sentido, como señala Minello, el modelo supone una persuasión a partir de distintos medios, como la escuela o la familia, difundiéndolo como una referente cultural e ideológico de las sociedades ¹⁷⁵

El estudio de las múltiples ideas en torno a la masculinidad es una fuente que considero indispensable para comprender los procesos y relaciones que el ser humano manifiesta y transmite, ya que, al ser un referente que responde a un imaginario en las sociedades, conlleva un conjunto de prácticas y hábitos en torno a dicho concepto interiorizado, el cual marcan las relaciones de los sujetos en situaciones y espacios concretos. Asimismo, al ser una categoría propia de los seres humanos, marca de manera concreta los procesos educativos que atraviesan la socialización, la construcción y apropiación de sentidos y significados de los sujetos. Por tanto, el estudio de la

¹⁷³Connell, Robert, *Gender and Power*, p.95.

¹⁷⁴Connell, Robert, *Masculinities*, p.77. “the configuration of gender practice which embodies the currently accepted answer to the problem of the legitimacy of patriarchy, which guarantees (or is taken to guarantee) the dominant position of men and the subordination of women.”

¹⁷⁵ Minello, Nelson, *Masculinidad/es. Un concepto en construcción*, pp. 22-23.

masculinidad no sólo busca dar respuesta a qué es la masculinidad. También busca delimitar los procesos mediante los cuales los sujetos aprenden y apropian un constructo particular de la masculinidad.

En este orden de ideas, pensar los referentes desde los cuales los sujetos conforman el constructo de masculinidad nos invita a explorar los discursos que sustentan la educación de grupos concretos pertenecientes a un espacio delimitado. Abordar la masculinidad desde la educación implica pensar a los sujetos inmersos en una cultura donde se transmite un bagaje en torno a la masculinidad, mismo que con el paso de las generaciones es nutrido por nuevos elementos que se articulan y se aceptan por la sociedad, legitimando así otras formas de pensar lo masculinos.

Si bien las personas tienen la posibilidad de conformar su masculinidad desde lo personal, como abordaré más adelante, la concepción de la misma es un constructo que inminentemente es socializado en espacios concretos donde las personas interactúan, lo que promueve el acercamiento de ideas entorno a la masculinidad en espacios como la familia, sitios de esparcimiento colectivo y la escuela lo que promueve un constructo colectivo que conduce a la cohesión. Cabe decir que ese concepto colectivo en torno a la masculinidad generalmente ha venido replicando conductas en torno a la masculinidad hegemónica que señala Connell, donde la exclusión es el corazón de tal concepto ya que al no presentar las características propias del modelo de masculinidad la sociedad señala y segrega lo diferente. No obstante, considero que un concepto en torno a la masculinidad que busque la cohesión, también puede estar sustentado en el respeto e inclusión a otras formas de masculinidad, alejando el concepto de la concepción unidimensional de la masculinidad hegemónica.

Ante este punto la lectura de “Mascaras mexicanas” resulta esclarecedor al señalar concretamente las formas en las que la masculinidad hegemónica, asumida por la sociedad, se conforma y mantiene así como el destino de los hombres que no quieren o simplemente no pueden asumirla, siendo condenados a la exclusión, o bien, a ser incluso negados en su propia sociedad. Para ilustrar, como se retomaba en el capítulo anterior de la presente disertación, Octavio Paz identificó los rasgos que conforman al ideal de hombre mexicano interiorizado en él imaginario cultural. “No rajarse” el secretismo y la confianza, la fuerza y

el amor o veneración a las formas establecidas, son los ejes en los cuales, de acuerdo con Paz, los hombres se desenvuelven para consolidarse como, valga la expresión, hombres mexicanos ideales. A partir de dichos ejes, Paz categorizó a los hombres mexicanos como los que simulan, disimulan o mimetizan en función de la habilidad para desenvolverse en relación a dichos ejes. Cada categoría conlleva una renuncia a ser en favor de lo que el hombre mexicano debe ser. Dichas nociones legadas por Paz son un referente que nos ayuda a abstraer y visualizar de esa idea de hombre ideal mexicano, la idealización de la masculinidad ideal en el imaginario, en otras palabras, la masculinidad hegemónica en México.

Por su parte, Juan Rulfo plasma ciertas condiciones, a partir de la realidad conformada en su novela, respecto a la pérdida y búsqueda de ciertos elementos que se tipifican a partir del modelo de masculinidad hegemónico en contraste con otras masculinidades que se alejan del modelo. Es decir, la novela *Pedro Páramo* es una obra que en sus líneas esconde el conflicto interno que Pedro Páramo vive al mostrar elementos en sus comportamiento que no son acordes a la masculinidad hegemónica, esto lo lleva a realizar actos violentos en contra de la comunidad que lo rodea con el fin de proyectar nuevamente el ideal masculino mexicano.

Tanto la obra de Paz como la de Rulfo manifiestan diferentes modelos de masculinidad permeados por un modelo predominante que marca la dinámica social en torno a las relaciones y a la misma construcción de otros modelos de masculinidad. El abordaje de ambas obras expuso las dimensiones y alcances de la masculinidad hegemónica que se configuró en el país a partir de diferentes procesos y discursos concretos, es decir, la masculinidad idealizada que ha venido configurando los modelos concretos de masculinidad ha quedado plasmada en dichas obras como un punto de referencia que considero puede ser la vía para visualizar las múltiples problemáticas que dicho modelo produce y con ello pensar en la transformación y reconfiguración de la categoría de masculinidad.

El constructo de la masculinidad idealizada ha sido un frente concreto para reafirmar la permanencia del sistema patriarcal, es puntual señalar que la masculinidad hegemónica no puede concebirse como universal ya que cada sociedad, ha conformado un

ideal particular que dé cuenta del marco cultural de la sociedad; la masculinidad hegemónica ha ido evolucionando y adaptándose a nuevas condiciones que enfrentan las sociedades. En este marco el visualizar las manifestaciones de dicho modelo de masculinidad resulta una labor relevante en la formación de sociedades que buscan en la equidad una nueva organización de espacios y oportunidades donde las construcciones de género alternas al modelo hegemónico cuenten con un reconocimiento y goce de oportunidades.

Es a partir de las luchas por los derechos igualitarios así como de los estudios en torno a la masculinidad hasta llegar a los estudios de género durante el siglo XX, que muchas prácticas en torno a la masculinidad se hicieron visibles y con ello otras formas de asumir y vivir la masculinidad comenzaron a ser cotidianas. No obstante, la confrontación entre los modelos hegemónicos y las formas alternas a éste, han sido punto de conflicto en sociedades que viven una transición para el reconocimiento de otras formas de masculinidad. En este orden de ideas la educación de las sociedades cumple un papel fundamental al buscar conformar sujetos que por un lado, puedan identificar las prácticas coercitivas que conlleva el modelo tradicional de la masculinidad y por otro lado, hagan de la construcción de su masculinidad un punto de encuentro en lo personal y colectivo.

Garantizar la formación de sociedades que apuesten por la diversidad es una labor sumamente compleja que probablemente no se resuelva pronto. No obstante, las nuevas generaciones encontrarán nuevas herramientas y espacios para formarse a partir de los esfuerzos que hoy se construyen. Pensar la masculinidad como un constructo predeterminado puede ser sustituido por constructos que apuesten por modelos que conlleven la libertad y que por tanto, proyecte acciones concretas de los sujetos para disminuir las consecuencias coercitivas de los modelos hegemónicos de masculinidad. Dichas acciones en principio pueden ser pensadas como actos que no segreguen o señalen a otra forma asumida de masculinidad; mostrar apertura al principio no natural de la masculinidad, es decir, asumir la categoría como un constructo en constante formación; asumir que toda construcción de masculinidad responde a una historia concreta regional; realizar un balance respecto a las acciones coercitivas producto de la construcción de la masculinidad que se asume. Concretamente, las acciones que busquen el reconocimiento de

los múltiples constructos de la categoría deben tomar en cuenta el valor que tiene cada individuo como persona más allá de su construcción de masculinidad.

Ahora bien, la formación de sociedades basadas en la diversidad, considero, pierde sentido si en el discurso que sustenta la convivencia, reconocimiento y respeto de otras manifestaciones de masculinidad se reproducen hábitos y costumbre que arraigan la concepción de la masculinidad hegemónica. A la par de los contenidos encaminados al reconocimiento de otros modelos de masculinidad, es fundamental fomentar el ejercicio de visualización del modelo hegemónico interiorizado. Es decir, los proyectos educativos que buscan fomentar la formación de sujetos basada en la equidad de género requieren retomar pautas que contribuyan a reconocer los limitantes y alcances que encierran los modelos de masculinidad hegemónica dadas las dimensiones de dicha noción en la sociedad.

En este sentido la formación de sociedades que reconozcan en la masculinidad una categoría no restrictiva toma un papel fundamental en la búsqueda de sociedades que reconozcan en la diferencia un punto de encuentro. Abordar la masculinidad como una categoría que ha delimitado las relaciones de la sociedad implica abstraer los sentidos y simbolismos desde los discursos en los cuales se sustenta la formación de la sociedad hoy en día. A partir de dicho ejercicio se tiene un punto de referencia para discernir en torno a las experiencias, en vías para una recategorización de la masculinidad hegemónica. Dicho ejercicio ha sido retomado en diversos espacios que manifiestan simbolismos en torno a la masculinidad, por ejemplo en literatura uno de ellos, ya que al ofrecer un punto referencial que plasma diversas nociones y prácticas en torno a la masculinidad desde una realidad construida por el autor, en la literatura encontramos una herramienta fértil para contrastar a partir de las categorías personales.

Si bien la literatura ofrece un espacio idóneo para contrastar y a partir de ello formar a los sujetos en torno a la masculinidad, quedan múltiples preguntas respecto a al acercamiento de los sujetos a esta posibilidad, esto ante los índices de lectura de los cuales no podemos ser ajenos, o bien el uso de la misma como un mero entretenimiento cuya utilidad recae en el momento más allá del espacio formativo que puede ofrecer señalado en las líneas anteriores.

El uso de la literatura para visualizar la masculinidad y dar paso a una experiencia formativa requiere una reconsideración de la misma, es decir, es necesario buscar reconsiderar las nociones que se tienen en torno a la práctica lectora alejando la noción práctica que ofrece únicamente un momento de diversión efímero encaminado la noción del ejercicio de la lectura como un acto reflexivo. Cabe decir, que dicha reconsideración del ejercicio de la lectura no es una labor sencilla al vivir en inmersos en una realidad que celebra y valora el sentido práctico de las acciones. ¿Qué vías pueden tomarse para reconsiderar, por ejemplo, la noción de entretenimiento que tiene las novelas literarias o la consideración dada a la literatura científica resumida en saber más sobre algo? Reconfigurar las nociones del ejercicio lector es una problemática tan profunda que debe ser atendida con mayor detenimiento y considerada como un eje fundamental desde diferentes iniciativas que fundamenten en el ejercicio lector una oportunidad muy concreta de desarrollo personal y colectivo, más allá de un mensaje difundido a nivel nacional que señala que el ejercicio lector te hace mejor persona.

Ante dicha problemática, el texto educativo ofrece una alternativa viable en ámbitos escolares. Como se retomaba en las líneas anteriores, su uso estuvo vinculado con la difusión y transmisión de categorías que alimentaron el proyecto nacionalista al realizar una descontextualización de los textos para transmitir algunas nociones generales en el marco del Sistema Educativo Nacional. No obstante, encuentro en dicha herramienta una alternativa que retome en la libertad de lector un eje que promueva nociones para despertar iniciativa en el lector por ser el arquitecto de sus propias lecturas. Es decir, pensar en la creación de textos pedagógicos que antepongan la curiosidad por explorar libremente las posibilidades que los textos ofrecen.

Ahora bien, concediendo que la lectura de los textos esté sustentada en la libertad que el lector tiene para encontrarse con los textos desde su subjetividad, podemos considerar a la literatura una vía para la reconfiguración de la categoría de la masculinidad al sugerir algunos puntos posibles presentes en las obras literarias.

La visualización de la masculinidad a partir de textos requiere de una selección y delimitación de los fines del mismo, es decir, más allá de la selección de obras literarias concretas que pueden variar en cuanto a corriente periodo o temática, los discursos que

sustentan al mismo deben contemplar la existencia de múltiples construcciones de género en torno a la masculinidad, ya que como señala Jorge Larrosa: “lo pedagógico debe buscarse secundariamente en el texto y principalmente en la pedagogía, es decir, en el discurso que se apropia del texto para su utilización educativa con vistas a la expresión de alguna enseñanza del tipo que sea.”¹⁷⁶ Ante ello pensar en la formación de sujetos en torno a la masculinidad como una categoría que rompa con viejos cánones requiere de un sustento teórico que sostenga los fines de tal proceso. Por tanto, pensar la literatura que como un medio para cubrir tal cometido requiere enmarcar las obras el discurso pedagógico afines a las nociones que se busquen encaminar con la lectura.

En este orden de ideas encuentro en la perspectiva de género y los estudios sobre masculinidad en el marco del paradigma constructivista una base teórica favorable para sustentar la lectura con fines formativos en torno a la construcción de género y por tanto de la masculinidad, ya que por un lado son contundentes al contemplar la construcción de dicha categoría desde diferentes contextos, partiendo del sexo biológico y negando la existencia binaria única de géneros, masculino y femenino, totalitarios. Por otro parte, la visualización que realizan para explicar la construcción de género está basada en ver a los sujetos como resultado de intereses concretos, lo que implica una visualización clara de las problemáticas en torno a la masculinidad hegemónica, haciendo explícitas dichas problemáticas en contextos contemporáneos. Ambas características en torno a los estudios de género y de la masculinidad son puntos referenciales para delimitar la categoría y fomentar una valoración de la propia categoría de masculinidad.

El texto educativo, retomado desde los criterios de la perspectiva de género, supondría por tanto la formación de sujetos que puedan conformar una idea más integral de los géneros en relación con la diversidad de manifestaciones, es decir, nociones alejada de los estándares idealizados que en principio son inalcanzables, no obstante median las relaciones al ser referentes que se emulan y se buscan cumplir.

Si bien las obras de Juan Rulfo y Octavio Paz no son los únicos referentes de la literatura mexicana que pueden aportar nociones que lleven a la visualización de la

¹⁷⁶Larrosa, Jorge, *op. cit.*, p 542.

masculinidad, considero que son dos referentes que pueden aportar numerosos elementos que al confrontarse con las experiencias del lector conduzcan a una posible reformulación de la masculinidad y con ello construir aprendizajes de los cuales se desprendan otras formas de socialización, de hábitos y costumbres alejados de las diferentes manifestaciones violentas que conllevan los modelos de masculinidad hegemónicos tradicionales.

Cabe mencionar que México, al igual que otros países, vivió una apertura al mundo posterior a la década de los setenta, lo que transformó en cierta medida el modelo de masculinidad hegemónico mexicano.¹⁷⁷ No obstante, muchos de los rasgos de dicho modelo encuentran su origen en el nacionalismo. Dada la temporalidad en la que Rulfo y Paz fundamentan sus obras, los matices que exponen respecto a la dinámica de las relaciones sociales y la cercanía con referentes culturales, corresponden al periodo de consolidación del proyecto nacional que cambió la cara del país. Por ello sus obras son un referente concreto para visibilizar el origen y consolidación del modelo de masculinidad que trascendió adaptándose a los tiempos hasta nuestros días.

Considerar la formación de sujetos que asuman la categoría de la masculinidad como un elemento no estático es una vía que los estudios de género han señalado como necesaria en la búsqueda de sociedades más equitativas, ya que en la formación de sujetos en torno a dicha categoría se gesta la conformación de significados que se manifiestan en las relaciones con los otros, con uno mismo y con los espacios en los que los sujetos se mueven. Es decir, a partir de la formación se pueden implementar significados que rompan con los esquemas que perfilan la categoría restrictivamente y apuesten por entender la categoría como un constructo, no único, no natural y en contante configuración dentro de los lineamientos legales. Ante esto, pensar en los fines de la formación se torna en una labor indispensable tanto para visualizar la construcción de la masculinidad en diferentes contextos, como para pensar y proyectar nuevos referentes que den frente al constructo hegemónico y las prácticas que se desprenden del mismo.

Apuntando al cierre del presente apartado es conveniente señalar que los esfuerzos puestos en visualizar y delimitar la categoría de la masculinidad han expuesto numerosos

¹⁷⁷Guevara, Elsa, *op. cit.*, p.19.

elementos respecto a conductas y hábitos arraigados en las sociedades y las culturas en torno a ellas. No obstante, los procesos mediante los cuales la categoría se construye y se transmite requieren una profundización de estudio que por un lado proyecte las realidades en torno a la formación de sujetos, es decir, profundizar el conocimiento de las condiciones, de los espacios, las herramientas y los referentes educativos que permiten proyectan la formación de los sujetos en tanto a la masculinidad. Por otro lado, queda pendiente en el marco de los estudios de la masculinidad la delimitación y creación de ejes para la formación pertinente en torno a la diversidad y los nuevos modelos emergentes que en las sociedades actuales se manifiestan.

En las últimas décadas ha habido una evolución considerable respecto a las formas en la que nos relacionamos con los otros. Es innegable el avance en cuanto derechos y oportunidades respecto a los inicios del siglo XX. No obstante, a pesar de dichos cambios aun se tiene un largo camino para reivindicar los estereotipos de género, mismos que encierran en ellos mismos una línea de criterios patriarcales que se extienden al futuro a partir de conductas que la sociedad peligrosamente normaliza. Esta normalización, como se ha resaltado a lo largo de la presente tesis, antepone la el modelo de masculinidad idealizada como referente único en tanto forma de ser, negando toda noción diferente e imponga sobre ello.

La crisis en torno a modelos masculinos tradicionales es una realidad que hoy se vive ante otros modelos y sus manifestaciones en sociedad. Los nuevos modelos de masculinidad han buscado el reconocimiento a partir una serie de procesos de creación o resignificación de la realidad, así como de las prácticas específicas resultado de una lucha por el reconocimiento que la sociedad ha atravesado durante las últimas décadas, por ejemplo, la resignificación del sentido de algunos roles de género, la paternidad, el rol de esposo, el de pareja, por nombrar algunos de ellos. También es posible señalar las necesidades particulares que demandan estos nuevos modelos de masculinidad, traducidos en reconocimiento legal de los sentidos y prácticas que conllevan los nuevos modelos.

Dicha crisis ha hecho visibles las manifestaciones patriarcales en torno a la masculinidad y a la par ha emancipado grupos excluidos, negados e incluso erradicados en

momentos muy concretos de la historia. Por estas razones ha quedado pendiente valorar la educación de sociedades que día con día se presenta más ajenas a modelos tradicionales de masculinidad. Ante dicha realidad la crisis de la masculinidad permea a la educación, si partimos del entendido de que el hombre y la mujer aprenden a serlo mediante los procesos educativos en espacios concretos. La educación en torno a la masculinidad debe buscar revalorar sus fines ante la posibilidad de educarnos con nuevas concepciones en torno a la masculinidad.

Al abordar los procesos que intervienen en la conformación de la masculinidad no podría resumirse a las dinámicas específicas de un espacio como la escuela o la familia, ya que como se ha planteado anteriormente la masculinidad se va conformando a partir de ideas arraigadas en el bagaje cultural de la sociedad, ideas manifestadas en aspectos cotidianos que se aprenden, se interiorizan y se replican al socializarse con los otros. Dicha dinámica delimita las experiencias de los sujetos y por tanto conforman ideas muy concretas de masculinidad. Al enriquecer las fuentes que conforman experiencias se abren las posibilidades para cuestionar la masculinidad y los discursos que la sustentan y con ello valorar la construcción interpersonal.

Retomar la masculinidad como un constructo transmitido y aprendido capaz de transformarse y construirse invita a pensar su construcción a partir de las relaciones educativas que van delimitándolo. Al visibilizar la masculinidad desde dichas relaciones se da vía para construir iniciativas, intervenir en espacios y contribuir en las transiciones formativas que den paso a sociedades donde el rajarse y abrirse ante los otros, como exponen Paz y Rulfo, deje de ser la medida que niegue y excluya a los sujetos ante referentes idealizados de masculinidad.

Por todo lo aquí planteado, asumir la construcción de la masculinidad y con ello resignificar nuestras categorías de género implica pensar en otros modelos de educación que rompan con las diferencias irreconciliables entre los géneros que no atienden al sentir, al actuar y al vivir de otras formas de expresión de masculinidad.

Consideraciones finales

La visualización de la categoría de la masculinidad a partir del análisis educativo que la presente tesis buscó realizar ha expuesto dimensiones que nos permiten profundizar respecto a las nociones y referentes que los sujetos van conformando e interiorizando sobre esta categoría que ha marcado las dinámicas en las relaciones sociales. Los significados que se le han asignado a la noción de ser masculino han delimitado la forma en la que se entiende a la mitad de la población, los hombres. No obstante, dada la condición binaria de la masculinidad ha retroalimentado la noción de lo femenino, por tanto la forma en la que se ha clasificado al ser humano.

La pedagogía ha buscado explicar y construir en torno al hecho educativo a partir de una serie de nociones que dan cuenta de los seres humanos como educados, educables y educadores. Es usual abordar las nociones que se han conformado en torno a sujetos como niños, adolescentes, las mujeres, los grupos indígenas, los antiguos atenienses, los mestizos y muchos otros, siempre desde una respectiva lectura del contexto en el que han estado inmersos. Esta labor explicativa ha buscado tener claridad de los sujetos de estudio, para poder así intervenir. Es innegable que los acentos puestos en el entendimiento de todos estos sujetos han abierto líneas de investigación, y concretización de iniciativas para intervenir en una serie de problemáticas que a lo largo del tiempo se han hecho visibles.

Si bien es cierto que los estudios sobre la masculinidad son relativamente nuevos ya que hasta hace unas décadas no se problematizaba la injerencia por esclarecer esa categoría que la humanidad había valorado durante siglos y había considerado de diversas maneras. También es verdad que hoy los estudios han hecho visible los alcances de la categoría de la masculinidad en las sociedades como una serie de nociones construidas y aprendidas que impactan directamente en los sujetos al delimitar sus acciones, prácticas y referentes en sociedad.

Por tanto, la pedagogía no puede seguir ignorando la importancia que la categoría de la masculinidad tiene en la delimitación de los sujetos de estudios que aborda, ya que hoy por hoy es una noción que agudiza el análisis educativo de algunas problemáticas en las que la pedagogía busca incidir. ¿Cómo creamos iniciativas encaminadas a resolver

problemáticas si dejamos de lado la complejidad de sentidos y significados que interviene en el problema? A manera de ilustración, hoy la creación de planes de estudio y de proyectos educativos incorporan fines encaminados a una cohesión social basada en la equidad, basta con señalar concretamente el *Modelo Educativo* para la educación obligatoria en México donde se plantean como ejes fundamentales en el ejercicio educativo la inclusión y la equidad en función de los rezagos históricos. Los planteamientos básicos que se realizan giran en torno a la noción de un sujeto en el cual incidir, mismo que delimita su acción con los otros a partir de una serie de nociones incorporadas, entre ellas la masculinidad.

Como se plantea en la presente tesis existen distintas aproximaciones teóricas al estudio de la masculinidad. No obstante, la propuesta en términos de género, considero, es la más integral dado que nos permite situar a la categoría en las dimensiones social y personal de los individuos. Estas responden a una historia y construcción específica de las normas, hábitos y significados culturales que las sociedades han ido incorporando en sus dinámicas cotidianas y legando a las nuevas generaciones. Por otro lado, la vertiente que los estudios de género incorporan al vincular la relación que la categoría de la masculinidad tiene con otras categorías como la etnicidad y la clase social, posicionan a la masculinidad en un plano articulado con la estructura social en un periodo determinado.

La delimitación de la masculinidad como categoría analítica es una labor que los estudios han ido conformando en los últimos años. A pesar de los esfuerzos, aun quedan matices que la categoría debe concretar dada la característica multidisciplinaria que la compone. No obstante, es un gran paso desvincular a la masculinidad de las nociones relativas al tener claridad y puntos de acuerdo para abordar diferentes nociones de la construcción, lo que ha permitido abordar las diferentes expresiones de la masculinidad (masculinidades) desde un referente con fronteras definidas, estudios con mayores líneas de análisis, así como visibilizar otros espacios donde la categoría está presente, por ejemplo la literatura.

Ahora bien la literatura ha constituido un referente donde el ser humano ha plasmado a partir de la realidad una representación de los géneros, una idealización que refleja las nociones que un grupo cultural concibe de lo masculino y de lo femenino en

relación a los sexos. Dicha cuestión se ha problematizado a lo largo de la tesis al retomar la literatura como un referente concreto que manifiesta algunas nociones de la categoría de la masculinidad implícitas en las obras literarias a partir de sus tramas y sus líneas argumentativas. El acento puesto en las obras literarias nacionales posrevolucionarias, se decantó en la selección del ensayo crítico *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y la novela cúlpe del realismo mágico *Pedro Páramo* de Juan Rulfo cuyas obras son reflejo de la cotidianeidad y en efecto exponen líneas argumentativas fundamentadas en ciertas nociones de masculinidad.

La lectura de los textos elegidos ha revelado que la categoría de la masculinidad es una construcción que responde a una delimitación de Estado, es decir se gestó una construcción de género masculino idealizado a partir de la delimitación del proyecto nacional que buscó resaltar ciertos elementos de la identidad de los hombres mexicanos. Dicha noción como reflejan los textos al exponer dinámicas concretas de los mexicanos, se interiorizaron en el imaginario social y se expresan en las prácticas cotidianas marcando las relaciones que los hombres tienen con los otros y con el espacio que habitan.

Las dos obras literarias arrojaron nociones puntuales en torno a la masculinidad idealizada de los mexicanos, mismas que responden a una temporalidad puntual reflejando algunos elementos de la realidad de su tiempo. El periodo nacionalista sigue siendo una fuente no agotada de referentes en los cuales se podría enfocar la mirada para visualizar la categoría de la masculinidad. Recordemos que la categoría está vinculada a la clase, y en relación a ello quedó en el tintero buscar relaciones con la idealización de la clase obrera la cual fue impulsada como bandera de desarrollo durante el periodo nacionalista.

En dicho entendido, la masculinidad responde a una construcción de género concreta, no a un atributo con el que las personas nacen, sino que depende de la noción social donde el sujeto se desarrolla y aprende a ser masculino al incorporar elementos de su medio para conformar su género. Tal como señaló Octavio Paz, en toda sociedad existe todo un referente ideológico, legal, artístico y conceptual que se traduce en reglas de lo que implica ser hombre masculino. Es inminentemente la existencia de un proceso educativo y formativo que perfila a los sujetos como masculinos.

A partir de la visualización de la categoría de masculinidad presente en las obras, es claro que en ellas se cifran distintas nociones de lo que implicó y en algunos casos sigue implicando ser masculinos. Dichas nociones conforman aportes significativos al cuerpo de estudio de la masculinidad al retroalimentar por un lado los distintos modelos de masculinidad en la sociedad reflejados en las obras, y por otro lado, contribuir a la evolución conceptual de la categoría en tanto referente conceptual. No obstante, el espacio para visualizar la categoría en la literatura no sólo se resume a una cuestión que aporte al cuerpo teórico de la masculinidad, ya que como hemos visto la literatura nos ofrece una oportunidad para construir, criticar y reformular nociones de masculinidad.

Encontrar en la lectura de la literatura un espacio formativo implica retomar los textos como espacios de encuentro que nos lleve a comprometer nuestra subjetividad al encontrarnos con formulaciones del lenguaje expresadas por el autor. A partir de ello, visualizar sentidos que trastocan nuestra experiencia. Pensar en la literatura como un espacio de encuentro formativo implica alejarnos de la consideración de obras entendidas como productos temáticos acabados que nos transmiten conocimientos específicos. Si bien las obras están delimitadas por una temática, los conocimientos que podemos encontrar en el encuentro de experiencias entre lector y los textos se amplían exponencialmente.

La lectura de literatura nos ofrece un campo de análisis, confrontación y crítica de la categoría de la masculinidad en relación a la educación. No obstante, queda preguntarnos por qué hemos renunciado a la lectura de cierto tipo de literatura en la formación de los profesionales que abordan la educación. ¿Por qué se ha privilegiado cierta literatura que encumbramos como pedagógica sobre otros textos que nos ofrecen nociones con valor formativo? Esta pregunta queda pendiente por abordar ya que considero se requiere un diálogo profundo con estos cuestionamientos.

La posibilidad que encierran los textos para la formación de la masculinidad abre una vía para enfrentar múltiples problemáticas presentes en nuestra sociedad y a la par nutrir los estudios de la categoría. No obstante, considero que para abordar las posibilidades que presenta el visualizar la categoría de la masculinidad como profesionales de la educación, es vital incorporar el estudio de ésta y otras categorías de género en la formación pedagógica, ya que como usualmente hacía hincapié en clase el profesor

Bernardo Lagarde, profesor de la asignatura de Educación y Diversidad del Colegio Pedagogía, cómo pretendemos abordar las nociones de género en la sociedad si no tenemos certeza de nuestro género.

Obras consultadas

- Aguirre, Dulce Isabel, "Esposas y madres: la sexualidad femenina en Pedro Páramo", en *La ventana. Revista de estudios de género.*, Vol. 3., Núm. 28., Guadalajara, enero-junio, 2008, pp.233-269.
- Amorós, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos. 1991.
- Amuchástegui, Ana y Rivas, Marta, "Las construcciones culturales de la masculinidad", en *Letra S*, Núm.16., México, 1997, p. 11-13.
- Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores. 1981.
- Benería, Lourdes y Roldan Martha. *Las encrucijadas de la clase y el género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de unidad domestica en la ciudad de México*. México, FCE, 1992.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Tr. Joaquín Jordá. Barcelona, Anagrama. 2000.
- Butler, Judith. *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós.2001.
- Carabí, Ángeles; Andrés, Rodrigo; Phillips, Bill; *et al.*, *Construyendo nuevas masculinidades: la representación de la masculinidad en la literatura y el cine de los Estados unidos*. Barcelona, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 2006.
- Carabí, Àngels y Josep M. Armengol, *La masculinidad a debate*, Barcelona, Icaria. 2008.
- Clatterbaugh, Kenneth. *Contemporary Perspectives on Masculinity. Men, women, and politics in modern society*, Washington, Boulder Westview Press, 1999
- Coltrane, Scott, "La teorización de las masculinidad en la ciencia social contemporánea", en *La ventana. Revista de estudios de género*, Tr. Moisés Silva, Vol. 1., Núm. 7., Guadalajara, julio-diciembre,1998, pp.7-48.
- Connell, Robert. *Masculinidades*, México, PUEG-UNAM, 2003.
- _____ *Short Introductions. Gender*. Cambridge UK, Polity Pres, 2009.
- _____ *Gender and Power*. Cambridge UK, Polity Press-Blackwell Publishers, 2003.
- _____ *Masculinities*. Cambridge UK, Polity Press, 1995.
- De Barbieri, M. Teresita. *Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género* [en línea]. México, CIEG UNAM .12 de noviembre de 2012. Recuperado de:

http://www.cieg.unam.mx/lecturas_formacion/genero_y_migracion/Sesion2/Teresa_de_Barbieri_Certezas_y_Malos_Entendidos.pdf

- Delgado, Gloria, *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*. México, Pearson Educación, 2008.
- Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*, Tr. José Esteban Calderón. México, FCE, 1998.
- Echeverría, Bolívar. “Homo legens”, en *Revista de la Universidad de México*, Núm. 626, México, julio-agosto, 2003, pp 12-19.
- Ferguson, Ann. “Psicoanálisis y feminismo”, En *Anuario de Psicología*, Tr. Mircia Bofill, Vol. 34., Núm. 2., Facultad de Psicología Barcelona, 2003, pp.163-176.
- Ferrer-Chivite, Manuel. *El laberinto mexicano en/de Juan Rulfo*. Naucalpan, Editorial Novaro, 1972.
- Flores Palacios, Fátima. *Psicología social y género. El sexo como objeto de representación social*. México, 2001. Tesis, UNAM.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2.El uso de los placeres*. Tr. Martí Soler. Madrid. Siglo XXI. 2012.
- Fuller, Norma. *Masculinidades, cambios y permanencias*. Lima, Fondo Editorial de la PUC, 2002.
- García Macías, Constantino y Alejandro Valero. “Evolución de comportamiento”, en Arturo, Becerra, (comp)., *Evolución orgánica*. México, Facultad de Ciencias UNAM, 2015., pp.368-391.
- González Pagés, Julio, *Maculindades en movimiento, Manual instructivo para el trabajo con grupo de varones*, La Habana, Red Iberoamericana de Masculinidades, 2009.
- _____ *Macho varón masculino. Estudios de masculinidad en Cuba*. La Habana, Editorial de la Mujer, 2010.
- González, Martín. “Literatura y masculinidad en la primera modernidad mexicana: apuntes de investigación en torno a tres novelas del México independiente”, en *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*,. Vol. 1., Núm. 1, México, septiembre, 2015, pp. 157-169.
- Guevara, Elsa, “La masculinidad desde una perspectiva sociológica. Una dimensión de orden de género”, en *Sociológica*,. Vol. 23., Núm. 66., México, enero-abril,2008, pp. 71-92.

- Gutmann, Matthew. "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad", en *La ventana. Revista de estudios de género*, Tr. Patricia Prieto, Vol.1., Núm. 8., Guadalajara, enero-junio, 1999, pp.47-99.
- _____. "Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la ciudad de México", en *La ventana. Revista de estudios de género*, Tr. Pastora Rodríguez Aviñoá, Vol.1., Núm. 7., Guadalajara, enero-junio, 1998, pp.118-163.
- _____. *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. Tr. Nair Anaya Ferreira, PIEM, COLMEX, México. 1998.
- Hacking, Ian. *¿La construcción social de qué?*, Tr. Jesus Sanchez Navarro. Barcelona, Paidós, 2001, pp. 3-48.
- Hawkesworth, Mary. "Confundir el género", en *Debate feminista.*, Núm.20., México, octubre, 1999.
- Hernández, Oscar. "Debates y aportes en los estudios de masculinidad en México", en *Relaciones*, Vol. XXIX., Núm. 116., México, otoño, 2008, pp. 230-253.
- Hernando, Muñoz. *Hacerse hombres: La construcción de masculinidades desde las subjetividades. Un análisis a través de relatos de vida de hombres colombianos*. Madrid, 2015. Tesis, Universidad Complutense.
- Ixba Alejos, Elizer, La creación del libro de texto gratuito en México (1959) y su impacto en la industria editorial de su tiempo: Autores y editoriales de ascendencia española" en *RMIE*. Vol.182013., Núm.59, México, enero-marzo, pp.1189-1211.
- Lagarde, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madre, esposas, monjas, putas, presas y locas*. México, UNAM, 2005.
- Lamas, Marta. "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", en *Papeles de Población.*, Vol. 5., Núm. 21, México, julio-septiembre, 1999, pp. 147-178.
- _____. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Porrúa y PUEG UNAM, 2013.
- Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México, FCE, 2003.
- Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Tr. Mónica Tusell., Barcelona, Editorial Crítica, 1990.
- Loraux, Nicole. "Notas sobre un imposible sujeto de la historia", en *Enrahonar: quaderns de filosofia*, Tr. Rosa Rius Gatell, Núm. 26, Barcelona, 1996., pp.13-24.
- Mallon, Florencia. *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*. México CIESAS-El Colegio de San Luis, 2003.

- Minello, Nelson. "Masculinidad/es. Un concepto en construcción", en *Nueva Antropología*, Núm.61., México, 2002., pp. 11-30.
- _____. "Notas de investigación. Los estudios de masculinidad", en *Estudiosociológico de el Colegio de México.*, Vol. XX., Núm. 60., México, septiembre-diciembre, 2002., pp. 715-732.
- Nieva-de la Paz, Pilar. "La evolución de los roles de género en las representaciones literarias: un camino abierto hacia el cambio social", en Nieva-de la Paz, Pilar, (comp.), *Roles de género y cambio cultural en la Literatura española del siglo XX*. Nueva York, Rodopi, 2009., pp.9-21.
- Olavarría, José. *La investigación sobre masculinidades en América Latina*. Caracas, Flacso, 2003.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, FCE. 2009.
- Petit, Michèle. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México, FCE, 2003.
- Ramírez, Martha, *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. Guadalajara, Instituto Jalisciense de las Mujeres, 2003.
- Ramírez Poloche, Nancy. "La importancia de la tradición oral: El grupo Coyaima–Colombia", en *Revista Científica Guillermo de Ockham.*, Vol. 10., Núm. 2., Cali, julio-diciembre, 2012, pp. 129-143.
- Ramos Escandón, Carmen. *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, México, 1991. Tesis, UAM Iztapalapa.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. 23.^a ed. 2014. Consultado en: <http://dle.rae.es/?id=6ZP63uo>
- Rulfo, Juan; *Pedro Páramo*, México, Editorial RM, , 2005.
- Sardi D'Arielli, Valeria. "El género en tensión. Masculinidades hegemónicas y sexualidades en clases de Literatura" [en línea] En Memoria Académica de las VII Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre de 2012, La Plata, Argentina.. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1675/ev.1675.pdf.
- Schunk, Dale. *Teorías del aprendizaje. Una perspectiva educativa*. México, Pearson Educación. 2012.
- Scott, Joan. "El género, una categoría útil para el análisis histórico", en Amelang, James. y Nash, Mary, (comp.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Tr. Eugenio y Marta Pórtela Valencia, Edicions Alfons el Magnánim 1997., pp.1053-1075.

- Segal, Lynne, *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, New Jersey, Rutgers University Press, 1990.
- Seidler, Victor. *Man Enough. Embodying Masculinities*. Londres, Sage, 1997.
- _____ "Los hombres heterosexuales y su vida emocional", en *Debate feminista*, Núm. 11., México, 1995., pp. 78-111.
- Sommers, Joseph, "Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)", en *Siempre! La cultura en México*, Núm. 1051., México, 1973., pp. 6-7.
- Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile. ISIS Internacional y FLACSO, 1997.
- _____. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile. FLACSO, 1998.
- Vizcaíno, Fernando, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. México, IIS UNAM, 2004.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*. Tr. José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eugenio Ímaz, Eduardo García Máynez y José Ferrater Mora. México, FCE. 1974.